

17

FA 02412

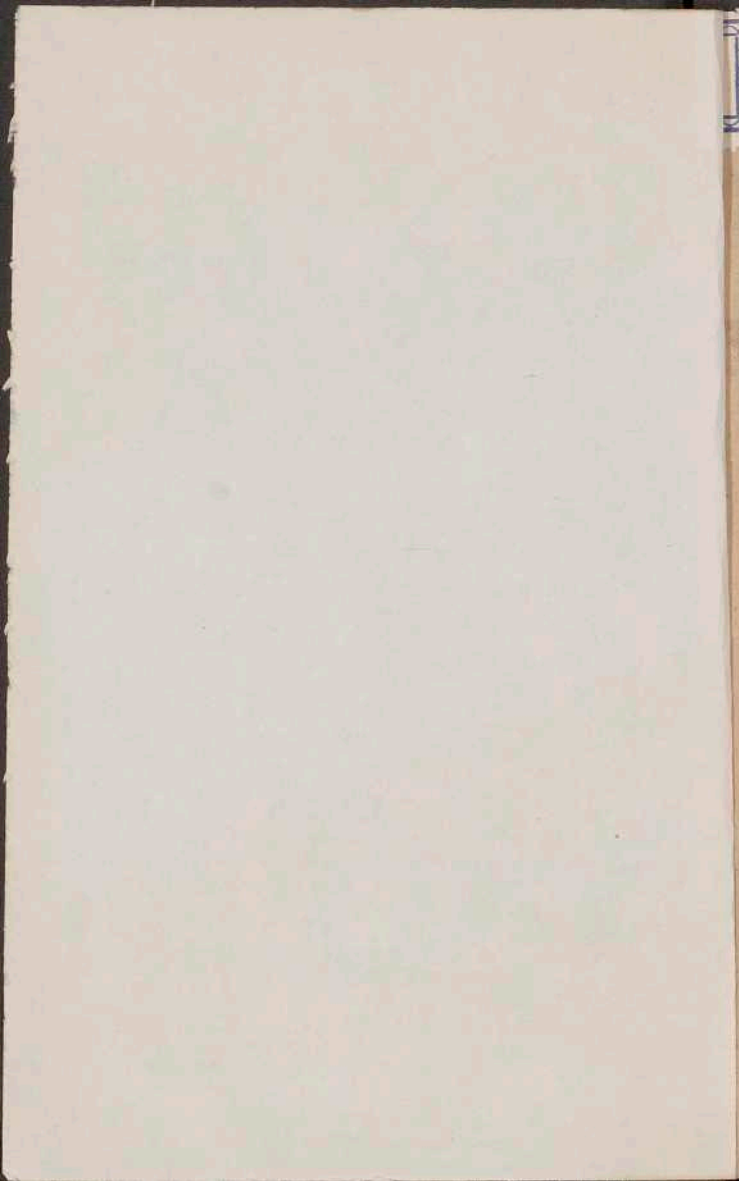
860-5"18"

PAR

in

193.54

40173754





LAS VIRTUDES

Antonio Panja
Senada

Antonio Louisa



LAS VIRTUDES

REMEDIO

CONTRA LOS VICIOS

CUADROS MORALES

para lectura en las Escuelas de instruccion
primaria

POR

D. ANTONIO PAREJA SERRADA



R. 51795

LA AURORA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE D. ANTERO CONCHA
MAYOR ALTA, número 45, GUADALAJARA

1881.

ADVERTENCIA.

Este libro ha sido subvencionado por la Excm. Diputacion de esta provincia de Guadalajara, previo informe favorable de la Junta de Instruccion pública, por su utilidad para la lectura de la niñez.

ES PROPIEDAD
del autor y del editor D. Antero Ciencha.

IMP. PROVINCIAL.

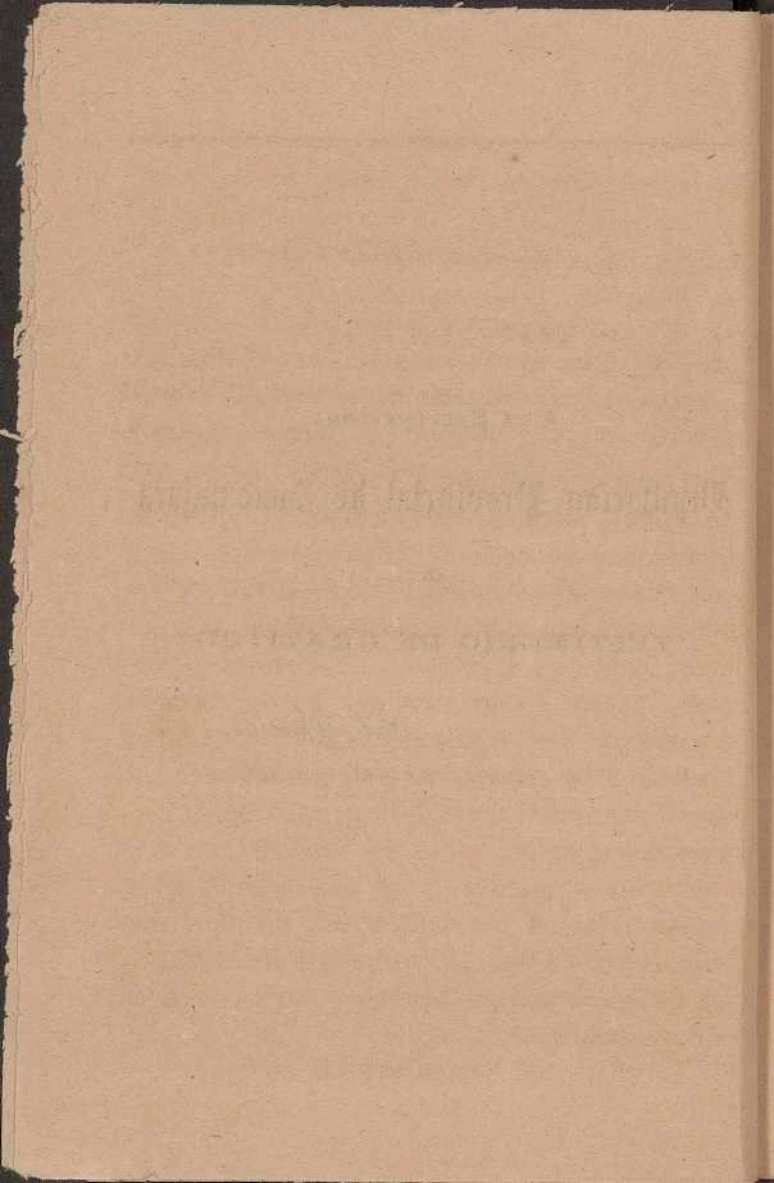
A LA EXCELENTÍSIMA

Diputacion Provincial de Guadalajara

EN

TESTIMONIO DE GRATITUD

El Autor.



PRÓLOGO.

Las obligaciones del hombre, mis queridos niños, pueden, como sabeis, dividirse en tres clases: deberes que el hombre tiene para con Dios, deberes para *consigo mismo*, y deberes sociales, ó sea para con los demás hombres. Todos se encierran, no obstante, y se compendian en la primera clase, porque amando á Dios se guarda su ley y el hombre no falta á la sociedad ni á sí mismo; pero como el enemigo mayor le llevamos dentro de nosotros mismos, como es preciso que nos conozcamos, esto es, que nos analicemos y comprendamos perfectamente, de aquí que debamos ante todo fijar nuestra atencion en las obligaciones que tenemos para con nosotros mismos.

La principal de todas ellas es conocer y

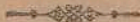
remediar nuestros vicios capitales con las virtudes que les son opuestas: hé aquí la idea que me ha movido á escribir este librito, en el cual, por medio de ejemplos prácticos, deseo llevar á vuestras almas el convencimiento y la persuasion, á fin de que, no dejándoos engañar por falsas apariencias, os hagais fuertes en el campo atrincherado de la virtud, contra la batalla que al hombre presentan continuamente sus propias inclinaciones.

Vuestros profesores, con laudable y generoso celo, os habrán explicado más de una vez las cualidades inherentes á estos vicios y estas virtudes; pero acaso, por falta de tiempo material, que tienen que dedicar á otros ramos de la instruccion, no se han detenido á exponer ejemplos que os faciliten el aprovechamiento de sus explicaciones. Esto es lo que yo he querido hacer en obsequio de esa dignísima clase á quien debemos la vida del alma, la instruccion; á ello va encaminado mi pobre trabajo, muy insignificante para su profunda ciencia, pero muy sencillo y tal vez de muy fácil comprension para vuestras nacientes inteligencias.

Os hablo, pues, con la conviccion de la experiencia, con la fé del que dice la verdad y con la esperanza del que aguarda de vosotros la regeneracion de su pátria: creo que no me equivocaré asegurando que habeis de aprovechar mis consejos, y bajo este punto de vista os felicito y me felicito. Si así es, si viviendo bajo la salvaguardia de la virtud sois algun dia el orgullo de nuestro país, apareciendo en él como una generacion fuerte y muy ilustrada, vuestra será la gloria de atesorar tanta virtud, y mio el consuelo de haber llevado un grano de arena al gran edificio del progreso humano.

Leed, mis pequeños amigos, leed más con el alma que con vuestra vista este libro, no os separeis de su moral ni un solo instante, y estad seguros que esta atencion os la agradecerá siempre

EL AUTOR.



PRIMER VICIO.

Si el corazon del hombre no fuera por naturaleza inclinado al mal; si pudiésemos tener la suficiente fuerza de voluntad para huir del camino que nos traza cegado por la pasion, ¡cuán diferente sería el mundo, y cuánto mayor nuestro progreso!

Ahora bien: ¿cuál es el móvil que más domina en el corazon humano, que más le trastorna y le equivoca en sus apreciaciones?

LA SOBERBIA. ¿Qué es *la soberbia*? El exceso de nuestra propia estimacion: la creencia errónea que en nosotros existe de que nos sobra, ó por lo ménos nos basta con nuestra iniciativa y fuerza moral para resolver todas las cuestiones de la vida sin necesitar el auxilio y cooperacion de nuestros semejantes. La soberbia suele ser tambien efecto de nuestra posicion social, porque es tal la pequeñez del hombre y tanta su nécia presuncion, que cree ménos digno de consi-

deracion á su semejante cuanto más le aventaja en bienes de fortuna, y se hace la ilusion de que estos bienes, siguiendo una progression sucesiva, han de ser de eterna duracion.

Conviene no confundir la soterbia con la *ira*, pues aun que en el lenguaje vulgar se emplean las dos palabras como sinónimos, la *ira* es, como veremos más adelante, una pasion distinta, y de efectos tambien diferentes, por más que sea hermana de la soberbia.

¿Y tendremos algun medio para precavernos de este vicio, ó para corregirle? Si por cierto: el Divino Hacedor, que nos dictó su ley inmortal, nos ha dado eficaces antídotos del mal, señalando, al par que los preceptos, las armas de que nos hemos de valer para cumplirlos. Contra el pecado capital de la Soberbia, nos dió la virtud de LA HUMILDAD, y á ella debemos acudir en demanda de ayuda contra este primer vicio.

¿Qué es, pues, la *humildad*? El conocimiento de nuestra pequeñez y de la insignificancia de nuestra personalidad. Virtud principalísima en la religion cristiana, presenta el ejemplo más palpable de su divina esencia en la vida humilde y sencilla de N. S. Jesucristo; identificado con ella y con la sencillez, su inseparable compañera, vi-

vió todo un Dios practicándola como si fuese exclusivamente hombre, y por esto es tan agradable á sus ojos. En la sociedad nos hace dignos de alabanza, y le dá su premio realzando á los ojos de todos el que es humilde y sencillo: en nuestra conciencia, el alma humilde se reviste de sus mejores galas para sonreír á la felicidad; en el cielo, nos reserva una inmarcesible corona, porque Jesús dijo que *el que se humilla será ensalzado*. Estos son los efectos que la humildad produce en el hombre; vengamos á los ejemplos prácticos.

SOBERBIA.

El baron de Renonville.

I.

Sobre la enhiesta cumbre de una montaña en el Mediodía de la Francia, existia el año 1410 un fuerte castillo almenado, propiedad del señor de Renonville, baron feudal, que á sus inmensas riquezas unia fama de valiente, cien veces merecida en la guerra que Fran-

cia sostenia contra Enrique V de Inglaterra. Próximo á los muros de este castillo, y cercado por una pared de piedra y argamasa, se veia un extenso y cerrado bosque poblado de toda clase de caza, ejercicio á que el noble baron se dedicaba en tiempo de paz, si paz podia existir en aquella época de continua lucha y sangrientas represalias.

Esparcidas aquí y allá entre los árboles del risueño valle que serpenteaba entre las faldas de la montaña, asomaban algunas blancas casitas pertenecientes á los colonos del *feudo*, y en el centro, cual si los colonos representando las místicas ovejas, pacieran al rededor de su aprisco, levantábase el redil cristiano, la Iglesia, extendiendo su benéfico y protector influjo sobre sus amados hijos. Al extremo Norte de la aldea, y formando horrible contraste con la pacífica torre-cilla de la iglesia, alzábase una columna de piedra con las armas de la *baronía* esculpidas en su centro, y terminada en un madero horizontal, cuyos extremos estaban adornados con argollas de hierro: aquel aparato, cuya figura se parecia á una T, constituia la infamante horca en que Gaston de Renonville colgaba á los infelices colonos, siempre que le parecia oportuno, á pretexto de que merodeaban en sus bosques cazando furtiva-

mente sus ciervos, ó murmuraban de su justicia, pocas veces recta.

Gaston tenia un carácter terrible: acostumbrado á que sus vasallos le sirviesen sin murmurar, y viendo que en el campo del rey Cárlos era atendido y considerado por su valor, riquezas y noble linaje, creia que habia nacido de naturaleza distinta á los demás hombres, y no podia sufrir la más leve contradiccion. En vano su madre le predicaba la benevolencia con la palabra y el ejemplo; en vano le exhortaba á la piedad y á la modestia:

—Soy rico, muy rico,—le contestaba Gaston,—soy jóven, y quiero gozar de mi juventud y mis riquezas. Si vos no teneis ilusiones, si habeis perdido el gusto al placer, dignaos no molestarne con vuestros sermones, y dejad siga el camino que mi corazon me traza.

La pobre madre, traspasada de dolor, retirábase á la capilla del castillo, y en ella, arrodillada ante los piés de un hermoso Crucifijo, vertia amargas lágrimas pidiendo al Señor que ablandase el corazon de Renonville. Pero Dios no quiso concederle lo que tan de veras le pedia, y la noble dama bajó al sepulcro cuando apenas si la nieve de los años empezaba á sembrar su cabeza de algu-

nas hebras de plata. Lloróla su hijo los primeros dias; pero cuando se vió libre de sus amonestaciones y santos consejos; cuando observó que sobre sus actos no pesaba la inexorable censura de su buena madre, enjugó sus lágrimas diciendo:

—Vayan al diablo los lloriqueos, y quédense aquí las penas para el que las desee: yo soy rico, inmensamente rico, y el oro es el talismán de la vida. Negaré mi bolsa al mendigo y mi amistad al que no sea mi igual, porque no quiero fomentar la vagancia, ni elevar á mi nivel á esos pobres hidalgüelos que no tienen más que aire en sus escarcelas. La vida es corta, y con mis tesoros me basta para gozar ámpliamente de ella: ¡á la corte, pues, y basta de estúpidas lágrimas!

Hecha esta impía reflexion, llamó á su escudero Martin, y le mandó que preparase lo necesario para el viaje, llevándose gran cantidad de oro y alhajas, sin respetar los vasos sagrados que para el culto existian en la capilla, ni los valiosos relicarios que contenian restos de mártires, ó recuerdos traídos de Tierra Santa por sus antecesores. La noche antes de la partida, Gaston de Renonville se encontraba sentado á la mesa, donde acababa de servirsele un succulento banquete, repasando en su imaginacion el empleo que da-

ria á sus primeros dias, cuando el Padre Albert, capellan del castillo, anciano sacerdote que le habia visto nacer, interrumpió sus meditaciones diciéndole con suave tono:

—Un ruego quisiera haceros, Monseñor, y creedme que su concesion llenaria de júbilo mi alma.

—Decid, padre,—contestó Gaston con desabrimiento.

—Monseñor: vais á entrar en el mundo casi sin conocerle; vais á pisar un suelo fangoso y resbaladizo en que podeis hundiros, y, por más que me habeis impuesto el silencio, os debo rogar que reflexioneis un instante. Os llevais vuestros tesoros, y no me opongo porque vuestros son; pero en la baronía existen pobres que no tienen pan que llevarse á la boca: ¿por qué no repartís algo de ese caudal entre estos infelices que os bendecirían siempre y rogarían por vos?

—Porque yo no tengo la culpa de que hayan nacido pobres ú holgazanes, y porque para nada necesito de sus bendiciones ni de sus ruegos, contestó Gaston.

—Observad, Monseñor, que ellos con su trabajo os han creado el capital que disfrutais.

—Tanto peor para ellos, padre, porque si su trabajo es la base de mi fortuna, para eso

nacieron en mis dominios y son mis súbditos. No tienen derecho á quejarse porque yo gaste mi dinero en lo que me parezca.

—En hora buena, Monseñor: yo os pido una limosna, no discuto derechos.

—Pues bien, no os la quiero dar, ¿ois? y no me molesteis más, porque soy capaz de hacerlos azotar por mis arqueros.

—Hacedlo, Monseñor, si gustais: Nuestro Señor Jesucristo sufrió este tormento por vos y por mí, y yo me creeré dichoso si por mis hermanos alcanzo la dicha de imitarle.

—Si no os mezclerais en asuntos que no os son propios,—respondió el baron con ira,—no me pondriais en el caso de hacerlo; en lo mio puedo disponer libremente.....

—Mas nó en lo de Dios;—le interrumpió el sacerdote con santa indignacion.—Habeis saqueado vuestras arcas, y nada os he dicho porque eso era vuestro; pero al ver que os llevais los vasos sagrados y los relicarios del culto, os mando, en nombre de Dios, que los volvais á su sitio.

—Y yo, en nombre del diablo,—repuso ciego de cólera Gaston,—te mando... ¡al infierno, á cenar con Satanás!

Y tomando un cuchillo de la mesa, lo arrojó con fúria contra el sacerdote, claván-

doselo en el pecho. El anciano extendió los brazos, y cayó desplomado al suelo.

Al rayar la aurora, Gaston de Renonville salia de su castillo al frente de una lucida escolta en direccion á Reims, donde tenia que asistir á la coronacion del Rey Cárlos. Momentos despues, el escudero Martin, cargado con el cuerpo del capellan Albert, llamaba en casa de sus padres y les decia:

—Aquí os entrego, padres míos, este sagrado depósito: no ha muerto aún; curadle, cuidadle como á mí mismo, y si vive, rogadle que pida á Dios por mí y por el baron Gaston de Renonville.

Y montando á caballo, aplicó los acicates al ijar del noble animal, y partió como el rayo á reunirse con la comitiva del baron.

II.

Han trascurrido muchos años, y la misera aldea donde empieza nuestra narracion se ha trasformado en una hermosa villa rodeada de feracisimos campos, acariciados por el sol de la independencía. El castillo de Renonville, convertido en ruinas, se alza como el espectro del pasado, reflejando sus rotos

muros en el limpio azul del horizonte, y guareciendo entre sus quebradas almenas un enjambre de aves nocturnas, que hacen estremecer con sus graznidos los ámbitos de sus antes lujosas cámaras. La mano de la guerra ha tendido sobre la fortaleza sus crispados dedos, desmoronándola como un terron de arena, mientras su dueño, el fastuoso baron, gime prisionero en Inglaterra, acusado tal vez de los remordimientos, y sin tener donde reclinar su cabeza.

Gaston de Renonville habia llegado á la corte de Cárlos VII precedido de su fama, y una continua orgía señaló su estancia en ella. El escándalo era su íntimo compañero, la audacia su carácter distintivo, el amor propio su máspreciado blason y el orgullo su inexpugnable fortaleza. Trataba con desprecio á los nobles que no tenían otro patrimonio que su espada; ultrajaba á las doncellas, y escarnecía á los sacerdotes; rugía de ira cuando intentaban contrariar sus ideas, y llevado de la más refinada crueldad, castigaba en su escudero Martin la oposicion que á sus proyectos encontraba, ó las observaciones que el mismo Rey le hacia respecto á su nada edificante conducta. Martin, lleno de heridas á veces, pedia prestado cuando las liberalidades de su señor agotaban los

recursos, y le contestaba con la mayor humildad:

—¡Oh, Monseñor! Es por vos, por vuestro bien, por conservaros vuestros estados y que no caigan en manos de la usura.

Y Gaston le golpeaba de nuevo, y le insultaba sin cesar, no recordando que en más de una batalla el pecho de su leal escudero habia resguardado el suyo de las lanzas inglesas.

Pero llegó un día, ¡día aciago para la Francia! en que Juana de Arco, la heroína de Orleans, cayó prisionera en la sangrienta batalla de Copiegne, y con ella la flor de los caballeros del Rey Carlos. Entre estos, livido de furor, rota por mil partes la armadura, y vertiendo sangre de innumerables heridas, se encontraba Gaston de Renonville: allá, en el puente, sobre el campo de batalla, el escudero Martin yacia tendido sobre el caballo de su señor, derramando torrentes de sangre por una herida de hacha que le cruzara la frente. Pero Martin tenia una Providencia que velaba por él, y fué recogido, curado de su herida, y abundantemente socorrido por un compañero de armas, que no se separó de él hasta dejarle en la casa de sus padres.

Martin, viejo ya, y padre de dos hijos,

está, en el momento que reanudamos nuestro relato, sentado á la puerta de su casa y viendo á los mancebos elegir semillas de trigo para la próxima siembra, mientras un rayo de sol, quebrándose en la honrosa cicatriz de su frente, la hace semejar á una diadema de rubíes y diamantes. De pronto aparece en el extremo de la calle un pobre anciano, que camina con dificultad, cual si sus andrajos le causasen enorme peso: el mendigo tropieza y cae al suelo; Martin y sus hijos corren á él, le levantan, entran en la casa llevándole en brazos, y siéntanle en el sillón de baqueta en que su padre descansa del trabajo. Instalado allí, y despues de volverle al conocimiento, le hacen tomar un refrigerio y se enteran con solicitud de su estado. Entonces el anciano mendigo alza los ojos, mira fijamente á Martin, y arrojándose en sus brazos dice:

—¡Perdóname, honrado Martin, los malos tratamientos y las heridas que por mi causa has sufrido! Te reconozco, sí, te reconozco por esa terrible herida que honra tu frente, y que es el sello de tu valor y tu patriotismo.....

—Pero ¿quién sois, hermano? pregunta Martin lleno de asombro.

—¡Quién soy! Quien ha puesto mil veces

su sacrilega mano sobre ti; quien, ciego por su orgullo y su soberbia, hizo de estos aldeanos sus esclavos: quien desde esas ruinas se lanzaba como el buitre sobre los bienes de sus colonos, para aumentar con ellos sus tesoros: ¡Gaston de Renonville, antes personificación de la soberbia, y hoy pobre, oscuro y miserable!

—¡Monseñor! ¡Monseñor!—esclamó el escudero postrándose á sus piés.—Mi casa es vuestra, vuestros son mis hijos, vuestra es mi vida: mandad, disponed de nosotros...

—¡Ay, Martin! ¡Amigo mio! ¡Mi fiel Martin! ¡Cuán bien me decías que las riquezas son perecederas, y que nada hay tan eterno como la virtud! ¡Triste de mí! ¡Cuán tarde conozco mis yerros!

En tanto el antiguo escudero hacia que sus hijos, de rodillas ante su antiguo señor, le desnudasen de los andrajos que mal encubrian sus carnes, y le preparasen el mejor lecho de la casa. Gaston se oponia, protestando que queria morir en la pobreza y en la humillacion, y diciendo entre lágrimas y suspiros:

—¡Olvidais que soy un miserable asesino? ¡Olvidais que soy el verdugo de vuestro padre? ¡Atrás! Dejadme que bese los piés de mi víctima....

Y luchando por cumplir su deseo, fatigado del camino, y extenuado por las privaciones, cayó Gaston de Renonville desmayado, murmurando:

—«¡Destronó á los poderosos y ensalzó á los humildes!».(1)



CONTRA SOBERBIA, HUMILDAD.

Martin el escudero.

I.

Veamos lo que habia sucedido en el castillo desde el dia fatal en que el baron se separó de él para ir á la córte: el escudero nos lo vá á decir, si escuchamos una conversacion que sostiene con su antiguo señor, enfermo de gravedad en el lecho que debe á las virtudes de Martin.

(1) San Lucas—I, vers. 52.

—Desde aquel momento, Monseñor, en que dejándoos llevar por la ira pusisteis la mano en *el ministro de Dios*, yo concebí la idea de salvarle, y hasta pensé, por un momento, abandonar vuestro servicio. El venerable sacerdote, casi espirante, fué conducido por mí á esta casa y entregado á mis padres para que le asistiesen, interin yo me reunia con vos, cumpliendo los deberes de mi cargo. El capellan curó al cabo de algun tiempo, pero no le fué posible volver una sola vez al castillo, porque á ello se oponia Hugo, vuestro mayordomo, temiendo sin duda que su infame conducta llegase á vuestros oídos por el leal capellan, y no le fuese posible en adelante gastar el oro que mermaba de vuestras rentas para sus deleites y placeres. Despues de la sangrienta jornada de Copiegne, volví á Renonville herido y casi moribundo, más atormentado por la incertidumbre de vos, que por las heridas de mi cuerpo: mis ancianos padres y el santo sacerdote que con ellos vivia, me colmaron de cuidados y atenciones, y mi salud empezó á mostrar su risueña faz, alentando las esperanzas de mis enfermeros. Por fin pude dejar el lecho, y subí al castillo para presentarme á vuestro mayordomo y ofrecerme al que simbolizaba entónces vuestra autoridad:

Hugo me recibió con adusto semblante, me llamó *traidor y miserable*, y me arrojó de Renonville, prohibiéndome en absoluto pisar el *rastrillo* y sentarme á descansar á la sombra de los árboles del parque.

—¡Oh! ¡Miserable!—murmuró Gaston.—
¡Y tú, mi buen Martin, le obedecias!

—Monseñor,—contestó, el escudero: no obedecía al mayordomo Hugo de Gontrán, sino que acataba en él la autoridad del baron Gaston de Renonville: mas permitid que continúe.

—Prosigue, mi leal amigo, prosigue.

—Hugo, desde entonces, me cobró un odio terrible. Cuando mi anciano padre me enviaba al castillo con las rentas, el mayordomo me hacia subirlas á hombro hasta el granero; me reprendia porque la especie no era tan buena como yo mismo hubiera deseado, y me imponia nuevos gravámenes y nuevas exacciones cada año. Yo me decia: «El re-
»presenta á mi señor, él acaso se vé preci-
»sado á ser duro é inflexible con nosotros
»para poder mandar á Inglaterra el rescate
»de nuestro amo, y yo debo ayudar á ello
»con todas mis fuerzas, en vez de crear obs-
»táculos.» Pero llegó un dia en que la muerte llamó á las puertas de mi casa, y el cadáver de mi padre bajó á la tumba: mi madre, afli-

gida con tan irreparable pérdida, le siguió al poco tiempo, como la espiga cortada por el huracan, y yo.... senti rasgarse de nuevo mis heridas, y me encontré en el lecho del dolor al despertar del letargo en que tres dias estuve sumido. Traté de coordinar mis ideas, y me vi solo en el mundo.... ¡Miento! No estaba solo: á la cabecera de mi lecho velaba el padre Albert, el antiguo capellan, acariciándome con su dulcísima sonrisa, y mostrándome con el índice una imágen de la Virgen, mientras me decia: «Mira si tu dolor es comparable á sus dolores.»

Calló un momento Martin y secó una lágrima que por sus mejillas corria, mientras Gaston oprimia entre sus manos la de su leal escudero, que repuesto de la emocion que sufriera, continuó:

—Una noche, la campana del castillo tocaba á *rebato*, y la voz de los clarines de guerra sonaba en el valle como un eco de luto y destruccion. Los ingleses penetraban en la fortaleza á *escala franca*, y degollaban á vuestras gentes de armas que, medio dormidas, querian en vano defenderse: el castillo cayó arrastrando en sus escombros el cadáver de Hugo de Gontran, y las llamas del incendio, como una serpiente de fuego, se enroscaron por los muros destruyendo lo que

las armas habian respetado. Yo, en tanto, inmóvil en mi lecho, retorcia mis manos con la desesperacion de mi impotencia, y el padre Albert, arrodillado ante un Crucifijo, pedia á Dios perdonase á los moribundos de aquella sorpresa: de pronto la puerta de esta casa saltó en mil pedazos, y algunos soldados ingleses penetraron hacha en mano en esta sala, dispuestos á quitarme la vida. El padre Albert les salió al encuentro, les amonestó á la paz y á que respetasen mis heridas, y como insistiesen de nuevo en destrozar mi cabeza, el anciano sacerdote, colocando sobre mi frente el Crucifijo, exclamó: «¡Insensatos, tocadle si os atreveis!» Poco despues caia sobre mí, hendido su cráneo de un hachazo, y rogándome que si algun dia os encontraba, os manifestase que habia muerto perdonándoos y rogando por vos. Ahora bien, Monseñor: descansad tranquilo en este lecho, no tan suntuoso como le mereceis, pero aunque pobre, honrado, y dormid con la seguridad de que Dios abre su cielo á los que sufren.

Y besando la mano de Gaston, rebujóse Martin en su *tabardo*, y preparóse á velar aquella noche por su ilustre enfermo.

II.

Cuatro semanas han trascurrido desde la noche en que Martin referia á Gaston de Renonville los acontecimientos que ocasionaron la ruina del castillo, y el noble no habia podido dejar un momento su lecho, postrado en él por los excesos de su juventud más que por la edad y las fatigas de la guerra.

Antonio, el hijo mayor de Martin, vela á su lado hasta la media noche, á cuya hora le reemplaza su hermano José, que al rayar el dia deja el puesto á su padre para empuñar la azada que les ha de proporcionar el pan, puesto que no cuentan con otros recursos que lo que les rinde el cultivo de una cortísima hacienda. Padre é hijos se desviven por cuidar á su antiguo señor, y este, tocado en el corazon por estos ejemplos de humildad, ruega á Dios por sus bienhechores, comparando su anterior conducta con la que siempre llevó y ahora practica su escudero.

Una noche en que el insomnio se habia apoderado del enfermo, en que la excitacion interior de Gaston le auguraba su próximo

fin, hablaba así con Antonio, que velaba á su cabecera:

—Siento, hijo mio, que la vida me abandona por momentos, que mis fuerzas se atenúan, y el soplo de la muerte paraliza mis helados miembros, trasformándome en una masa inerte y rígida. Dios me castiga en vida por mi soberbia, hijo mio, y yo bendigo á Dios que en mis últimos momentos me ha reservado la dicha de conocer mis yerros, poniéndome en el caso de apreciar vuestras virtudes.

—¡Oh, Monseñor!—decía Antonio;—cumplimos un deber sagrado impuesto por Dios y reconocido por nuestro padre; somos vuestros vasallos, y deber es nuestro sacrificarnos por vos.

—Ya lo hizo tu padre en mejores tiempos, vertiendo por mí su sangre en cien combates; y yo, infame y cruel, aún tenía la fiereza de cruzar con mi látigo su rostro y golpear su cabeza con el pomo de mi espada.

—Recuerde, Monseñor, que mi padre era pechero de su baronía: sufrir por su señor es la obligacion del vasallo que nace pegado á su *feudo* como la ostra á la roca de la playa.

—Nó, Antonio, nó: el deber de ese á quien tu humildad llama *señor*, era velar por sus súbditos como padre cariñoso; no esgri-

mir sobre su espalda el látigo del verdugo.

—Sin duda alguna que sí,—respondió el honrado labrador;—pero ¡cuántas veces la torpeza ó el atrevimiento de mi padre no provocaría con justicia vuestro enojo! ¿Debemos, pues, quejarnos si en uso de vuestro derecho castigabais sus desmanes ó corregiais su ineptitud?

—¡Su torpeza! Su hidalguía dirías mejor, hijo mío: yo estaba ciego de orgullo, yo no veía sino por los ojos de mi soberbia, y tomaba sus amonestaciones por descarada imposición, y su humildad por vergonzosa cobardía. Y hoy, hoy que no puedo indemnizarle con aquellos bienes que ¡insensato! arrojé en el lodo de los vicios, le encuentro pobre, pero honrado, y le debo hasta el lecho en que mis miembros descansan. ¡Ah, Providencia, Providencia! ¿Cómo puede existir quien se atreva á negarte?

—Esa Providencia que invocais, Monseñor, y en la cual mi santa madre me enseñó á esperar en los pocos años que á mi lado vivió, os ha traído á vuestra casa y puéstoos bajo la guarda de vuestros vasallos para que os cuiden, os cierren los ojos, y bajeis tranquilo á la tumba, umbral del cielo para el que llora en la tierra.

Al rayar el alba de aquella última noche,

el baron Gaston de Renonville recibia los auxilios espirituales de mano de un sacerdote, y asistido de algunos testigos, redactaba su testamento cediendo los restos de su *feudo* á Antonio y José, é instituyendo su heredero universal al honrado Martin.

Los tres, de rodillas al pié del lecho, elevaban al cielo sus preces rogando por el moribundo, el cual incorporándose, exclamó con voz débil como un gemido:

—¡Martin! ¡Antonio! ¡José! Oid mi última súplica, y cumplidla cuando haya entregado mi espíritu al Dios que ha perdonado mis culpas por boca de su ministro. En primer lugar, mi honrado Martin, te suplico me otorgues tu perdon....

—¡Oh, Monseñor!.... interrumpió llorando el escudero.

—Despues, cuando mi cuerpo.... sea cadáver, os ruego le lleveis.... al panteon.... de mi castillo.... y allí.... en la sepultura.... de mi santa.... madre.... le depo....siteis.... por una eternidad.... Y adios, ami....gos míos.... Dios.... premie.... vuestra humildad.... y os ... haga.... fe....lices en.... la tierra.... ¡Je....sús.... Je....sús.... Je....

No pudo concluir; la muerte, tocándole con su dedo helado, cortó el hilo de su existencia, y el humilde lecho del escudero con-

virtióse en túbulo del soberbio baron de Renonville.

A la caída de la tarde, cuatro hombres subian el áspero sendero que guiaba á las ruinas, llevando los dos de delante un sencillo ataúd, y rezando los que les seguian *el oficio de difuntos*. Llegados que fueron á las ruinas, deslizarónse en ellas como reptiles, y momentos despues, Antonio y José dejaban sobre el pavimento del panteon el cadáver de su señor, mientras Martin repetia con devocion el *De profundis*, que por última plegaria rezaba el sacerdote.

La voluntad del baron estaba cumplida; pero al remover la losa del sepulcro donde yacian los restos de su madre, surgió una dificultad: un trozo de bóveda desprendido en el incendio descansaba su arista inferior sobre la piedra, y para levantarla era preciso demoler aquel pedazo de muro. Antonio y José no dudaron en poner manos á la obra; marcharon á la villa, y provistos de herramientas y una antorcha, empezaron su tarea con decision. Los golpes resonaban con pavoroso eco en aquella mansion de la muerte, despertando de su sueño á los buos y lechuzas que la habitaban: la argamasa cedia por momentos, se rajaba y desmoronaba por todas partes, y un golpe cer-

tero bastaba para hacerla pedazos. El golpe se dió: Antonio, haciendo un supremo esfuerzo, giró el pico sobre su cabeza y lo dejó caer sobre la juntura de dos piedras, que al choque, despidieron un sonido argentino, mientras el labrador retrocedía asombrado. Un verdadero río de oro se escapaba entre los restos del paredon, tan duramente combatido, y los enterradores, estupefactos, miraban las *doblas* rodar á sus piés sin atreverse á tocarlas.

—¡Hijos míos!—exclamó Martin:—Ved ahí que los tesoros de nuestro amo salen al encuentro de su cadáver. ¡Enterradlos con él!

—¡Jamás!—dijo el sacerdote, conteniendo á Antonio y José que se disponían á obedecer la órden de su padre:—Esas riquezas son vuestras, Martin, porque habeis sido nombrado por el baron su heredero. Disfrutadlas con vuestros hijos, puesto que Dios os las dá.

—Pues bien; acepto la mitad para mis hijos, y del resto haré dos partes: una para los pobres de la villa, y otra para reconstruir siquiera este panteon, á fin de que en él descansan tranquilos los restos del que fué mi soberano.

Y depositando el ataud en el sepulcro,

besó por última vez la mano rígida del baron, mientras el sacerdote, cruzando las manos y elevando los ojos al cielo, decia con voz solemne:

—Bendice, ¡oh Dios mio! á estos honrados hijos del trabajo, como has premiado su humildad, y recuérdales con tu continua asistencia, tus propias palabras: «¡Arrojé á los »SOBERBIOS de mi corazon y de mi mente, y »ensalcé á los HUMILDES!»

SEGUNDO VICIO.

Nuestra miserable naturaleza, creyéndose dueña y árbitra de nuestra alma, la combate de tal manera con miserias terrenales, que no parece sino que la materia lo es todo y el espíritu nada es. Atendiendo más al regalo y comodidades del cuerpo que á las necesidades inmateriales, se finge nuestra enferma imaginacion una existencia risueña, debida al poder de las riquezas, que domina muchas veces nuestro corazon, anteponiéndose á la dicha que ofrece la tranquilidad de la conciencia.

Hé aquí la fuente de donde nace el segundo vicio ó pecado capital: LA AVARICIA. ¿Y qué es *la avaricia*? El apetito desordenado de adquirir y retener riquezas.

Una pasion maldita, que seca en el alma las fuentes del bien; que desarraiga del corazon los sentimientos nobles y elevados; que hace al hombre arrastrar por el suelo

su dignidad para recoger la migaja de oro que se oculta entre el fango, ó que sustrae al sustento de sus semejantes de una manera criminal. La avaricia ha engendrado la *usura*, ese robo disfrazado de favor que nuestras leyes se ven precisadas á tolerar: la avaricia, que solo desea acumular bienes sin saciarse nunca de ellos, no repara en medios á tal de aumentar su capital; y si para ello es preciso el crimen, al crimen va ciego por la codicia.

El avaro empieza por desnudarse de la misericordia, y nunca le preocupa que su semejante sufra privaciones ó hambre; él tiene dinero en abundancia para sí: ¿qué le importa de los demás? Ese mismo caudal, es su tormento y su castigo: por no tocar á él, por no disminuir su cantidad, el avaro llega á sentir frío y hambre, mientras sonrie hundiendo sus manos en el vil metal con que habia de conquistarse una existencia de placer y abundancia. Hidrópico de su tesoro, goza viéndole y contándole incesantemente, sin llevar á sus lábios ni una gota de agua adquirida con su valor: es verdad que el agua comprada de esta manera, estaria mezclada con las amargas lágrimas de una víctima. ¡Cuántas noches el avaro vela en su lecho, temiendo que le arrebatan su tesoro! ¡Cuán-

tas veces la fiebre le hace soñar que, pobre y miserable, se ve obligado á implorar la caridad pública para comer!

Si se le exige que por unos cuantos céntimos vierta una calumnia ó fragüe una intriga que cause la perdicion de una familia, la calumnia ó la intriga, se llevarán á efecto. Si le ofreceis un puñado de monedas á cambio de la vida de un hombre, armará su brazo del puñal homicida para adquirir ese bien que, segun él, supera á todos los bienes. Si acudís á su casa, generalmente pobre y desprovista de muebles, y le pedís una insignificante cantidad, os pedirá en recompensa el doble, el triple, el cuádruplo, ú os lo negará abranzándose cariñosamente á sus talegos, cual si temiera que vuestra vista solamente ha de mermarlos..... ¿Quereis idea más pobre del hombre? Misero reptil que se arrastra ante al áureo becerro; ¡huye de nuestra vista, y no manches la sociedad con tu nauseabunda baba!

Como dulce compensacion á este vicio, existe en el corazon una virtud: LA LARGUEZA ó LIBERALIDAD, que consiste en desprenderse de los bienes innecesarios en provecho de los demás, sin esperar recompensa alguna.

¡Qué hermosa virtud! Por ella el hombre á quien su trabajo produce más utilidades que

las que desea y necesita para cubrir sus gastos, hace parte á su hermano de este capital sobrante, y no lo gasta en cosas supérfluas mientras un semejante suyo carezca de lo necesario. En oposicion al avaro, que todo lo quiere para sí, este lo quiere hacer extensivo á los demás, y goza viendo gozar á otros de los bienes que á él le sobran.

Siempre propicio á ejecutar el bien, encontrareis su casa abierta si le necesitáis, y su bolsa á vuestra disposicion si le pedís ayuda para alguna obra de utilidad general. Si solicitáis su concurso para fomentar la instruccion y el progreso del pueblo, para conjurar una crisis ó remediar una calamidad, contad de seguro con su apoyo moral y material. Su felicidad se cifra en hacer bien á sus semejantes, y duerme tranquilo en su lecho, con esa dulce satisfaccion que proporcionan las buenas obras, y con la seguridad de que cada uno de sus convecinos es un centinela que vigila por su bienestar y su descanso.

¿Quereis dos ejemplos? Pues leed.

AVARICIA.

Isaac el hebreo.

I.

El viajero que desembarca en el muelle de Nápoles, dirige su vista en primer lugar hacia una montaña cónica que, dominando la ciudad, parece cobijarla en su falda, como la madre cariñosa adormece en su regazo al hijo de su corazón. A cortos intervalos, y semejando la chimenea de una inmensa fábrica, la cima de la montaña arroja columnas de negro humo que se disipan en la atmósfera, volviendo en cenizas á la tierra; y por la noche, cuando la oscuridad ha reemplazado á la luz, véanse envueltas en aquel humo denso y pesado, chispas y llamaradas fugaces que, iluminando el paisaje con un tinte rojizo, demuestran que bajo los piés del hombre, se agita y lucha la masa incandescente que forma el *núcleo central* de nuestro planeta. La montaña que domina á Nápoles es, pues, un *volcán*, y la ciudad duerme

á los piés del Vesubio, como un imprudente niño entre las fauces de un león.

A veces se oyen detonaciones subterráneas, acompañadas de trepidaciones ó movimientos en la tierra, que grietése y abre en caprichosas direcciones, mientras el terremoto hace oscilar en sus cimientos las rocas, árboles y edificios: entonces el volcán ruge en su álveo, conmuévase la montaña que le encierra, y tras de horribles estallidos, semejantes á nutridas descargas de potente artillería, el cono arroja espesas nubes de humo, eleva inmensas columnas de fuego en el espacio, y deja correr de sus dislocados bordes ríos de betún y metales fundidos, á cuya composición se llama *lava*, y cuyas corrientes abrasan y destruyen cuanto encuentran al paso. El aire se enrarece por momentos, la luz solar se debilita, envuelta en una densa nube de humo, cenizas, piedras y escorias, y las aguas de los ríos se evaporan al ardiente beso de la lava, produciendo ruidos tan extraños como terribles. Después, cuando la *erupcion* cesa y el aire recobra su temperatura habitual, esas corrientes de fuego se detienen, espesan sus olas, y se solidifican poco á poco, formando una masa compacta y negruzca parecida á los guijarros ó cantos rodados que en sus corrientes arras-

tran los rios; y sin embargo, al pié del *cráter* (1), en la boca misma del ígneo respiráculo, existen pueblos y casitas de labor diseminadas entre el verde montaña de las vides y el negro mate de las concreciones volcánicas. Pórtici, Castel-a-mare, Messina, Puzoli, Torre del Greco y otras muchas aldeas y ciudades han sentado sus cimientos junto a las ruinas de Herculano y Pompeya, destruidas en la antigüedad por el volcán; y sus habitantes, tranquilos y confiados, duermen arrullados por sus rugidos, aunque dispuestos siempre á abandonar sus hogares á la menor señal de una nueva erupción.

En una de estas poblaciones, Torre del Greco, vivia el año 1803 un judío llamado Isaac, que habitaba una de las casas más pobres de la villa, no obstante la fama de rico que en los alrededores se le atribuía. Isáac, era viudo y solo, puesto que la única hija que de su matrimonio le quedara, habia muerto hacia poco tiempo á causa de una fiebre maligna, segun el dictámen facultativo, ó minada su salud por las privaciones á que la avaricia de su padre la condenara, si atendemos á la maledicencia de sus convecinos. El judío era en verdad excesiva-

(1) Nombre que se dá á la boca ó respiradero del volcán.

mente avaro: dedicado al repugnante tráfico de la usura, con el cual habia ocasionado la pérdida de más de una familia de Torre, solo vivia para su oro, cuya suma contaba y recontaba en su miserable casa del arrabal, mientras su puerta, siempre cerrada y asegurada con triple llave, solo se abria para dar paso al desdichado que necesitaba el préstamo del usurero, ó le devolvía con creces enormes la cantidad por él recibida.

La casa en cuestion estaba edificada en el centro de una pequeña colina, situada al pié del Vesubio, y no tenia más abertura que la estrecha puerta y una pequeña ventana, cruzada por barrotes de hierro, y situada precisamente sobre aquella: ambas miraban al volcán, para impedir que la curiosidad de los vecinos pudiera penetrar los manejos del miserable que la habitaba.

Una tarde se hallaba Isaac encerrado en su casa y ocupado, como siempre, en apilar y contar sumas enormes arrancadas á los infelices labriegos de Torre, Pórtici y demás poblaciones vecinas en el ejercicio de su infame industria. Un golpe dado á la puerta, hizo al hebreo levantarse de su asiento y guardar precipitadamente los sacos de escudos, que aquí y allá tenia esparcidos en su miserable tugurio; hecho lo cual, bajó al za-

guan, y tras un detenido exámen é innumerables preguntas, se decidió á facilitar el ingreso en la casa á la persona que llamaba. Era este un campesino de rostro hermoso, elevada estatura, como de unos cuarenta años de edad, y vistiendo el pintoresco traje de los habitantes de la campiña.

—Buenas tardes, señor Isaac: dijo el aldeano, llevando cortesmente la mano al sombrero.

—¡El Dios de Israel te guarde, Paolo!— contestó el judío con voz gangosa, mientras sus ojillos grises dejaban escapar una mirada de codicia.

—Vengo á pedir os un favor, Sr. Isaac.

—¡Hum! ¡Siempre pidiendo!— murmuró el hebreo.

—Os traigo los ducados que me prestásteis,—prosiguió el labriego;—pero como tengo á mi esposa enferma, desearia que me concedieseis una próroga.....

—¡Imposible! contestó Isaac; yo soy tan pobre como tú, no tengo para comer hoy y necesito ese dinero. Además, hijo mio, que yo no puedo disponer de él; no es todo mio, y el que me ha dado para completar la suma, me apremia y me atormenta pidiéndomelo.

—Pues bien. tomad el interés y dejadme el préstamo por dos meses más.

—¿Qué estás diciendo, insensato? Recibir una mezquindad.... una miseria..... y dejarte el capital....

—¿Y llamais miseria á doscientos ducados? —exclamó Paolo;—¡Una miseria, cuando en un año los ciento que me prestásteis os producen doscientos de interés!

—Y bien, ¿qué? Cada cual coloca su dinero como puede: ¿no viniste tú mismo á pedírmelos? ¿te obligué yo á que te los llevaras? Tú contrataste el préstamo libremente..... Dame mis escudos.....

—¡Por la Santa Madona de Regio! ¡Dejad-melos dos meses más, uno siquiera!—exclamó Paolo, juntando sus manos.

—No, no,— ahulló el hebreo:— traélos, dámelos pronto.....

—Señor, ¡por vuestra salud! ¡Por la salvacion de vuestra alma! ¡Dos meses más, tan solo dos meses!

—¡Ni una hora! ¡me quieres robar! ¡Quieres que perezca de hambre!

—¡Infame! ¡Ladron!—exclamó Paolo, ciego de cólera:— toma tu oro, y baja con él á los infiernos.

Y soltando sobre la mesa un talego, enlazó sus manos al cuello del hebreo que, lívido de miedo, cerró los ojos. Pero Paolo era cristiano: recordó el quinto precepto del Decálo-

go, y lanzando al judío sobre su sillón, exclamó:

—Mas no, no quiero manchar mis manos con un crimen, perro judío: á la justicia divina dejo el castigo de tu infamia.

Y volviendo la espalda al usurero, ganó la escalera y abandonó la casa maldita, seguido de cerca por Isaac, que al verle fuera de ella, cerró la puerta y empezó á subir de dos en dos los escalones, gritando:

—¡Oro! ¡Más oro, más! El oro es el rey del mundo, y yo seré el de los dos: ¡voy, escudos míos, voy en seguida! Mis malditos años entorpecen mis piernas.....

Y abalanzándose sobre el talego de Pablo, le abrió y hundió las manos en su fondo, sonando las monedas, mientras la codicia hacia brillar sus ojos.

II

Han pasado dos meses desde la escena con que termina el párrafo anterior. Tocaba el sol en el horizonte: una atmósfera pesada y caliginosa se extendía sobre la Torre del Greco, y un calor asfixiante, impropio de la estación, se dejaba sentir en la campiña. El

cráter del volcán aparecía envuelto en una niebla espesa, y empezábanse á sentir en la villa ruidos subterráneos, parecidos á un trueno lejano. De tiempo en tiempo, y envueltas en el humo, veíanse fulgurar llamaradas azules ó rojizas, y desvanecerse en la nube de arenas y escorias, que la fuerza eruptiva lanzaba á los aires envueltas en cenizas: todo anunciaba una erupcion próxima y violenta, y los habitantes de la Torre del Greco procuraban poner sus vidas é intereses en salvo, antes que los rios de lava cortasen su retirada. La confusion más espantosa reinaba en la villa: *carricolos* (1), coches, caballerías cargadas de personas, muebles, ropas ó granos, y conducidas por los atemorizados habitantes, cruzaban las calles en revuelto tropel, mientras las madres, con sus hijos en brazos, y los padres con los niños mayores sobre sus hombros, corrian en direccion á Nápoles, reflejando el espanto en su rostro. Torre quedaba desierta, y sus habitantes en masa emigraban: solo una casa aparecía habitada, á juzgar por el ruido que se oía á través de su única reja. Era la del judío Isaac, que, sordo á los rugidos del volcán, se entretenia en cubrir de escudos la mesa de su habitacion,

(1) Especie de coche de dos ruedas, parecido á nuestras tartanas.

apilándolos unos sobre otros, y gozando con la vista de tanta riqueza.

La erupcion estalló, potente, formidable (1): la tierra temblaba con violentas sacudidas; el cráter arrojaba enormes bloques de piedra á pasmosa distancia; un penacho de llamas coronaba el cono, y horribles estallidos llenaban los aires de un ruido atronador imposible de describir.

—¡Ruge, maldito Vesubio! — exclamaba Isaac:— ruge de envidia al ver mi tesoro, la alegría de mi vida! ¡Y aun no tengo lo bastante! ¡Más oro, más! Necesito llenar el mundo y cegar los mares con mis escudos: quiero fundir una columna que desde la tierra toque en el cielo.... ¡Oh, qué hermosos sois, escudos míos!

Y besaba el oro maldito, mientras la naturaleza exhibía el sublime espectáculo de su grandeza, y el cielo y la tierra empeñaban rudo combate. De pronto, un horrible silbido escapó del volcán, y olas inmensas de incandescentes lavas, corrieron despeñándose por la montaña, y destruyendo á su paso árboles y rocas, que se disolvían en sus olas como pavesas en el incendio. Las sacudidas

(1) Fué una de las más horribles que registra la historia del Vesubio,

terrestres se hicieron más violentas: la casa del judío tembló en sus cimientos, desparramándose el oro que su morador apilaba sobre la mesa, y presentando anchas grietas en sus paredes, á través de las cuales se filtraba una luz intensa y un calor insoportable.

Isaac corrió á la ventana, la abrió, asomó su amarillento rostro entre los barrotes de la reja, y retrocedió exhalando un grito de espanto. La corriente de lava había rodeado la colina, dejando apenas unos cuantos pasos alrededor de la casa, que brillaba á la luz siniestra de aquel río de fuego como una pequeña roca.

— ¡Favor! ¡Socorro! — gritaba el judío, mesándose la barba y los cabellos.

Y el silbido de agua evaporada y el incessante estallido que las burbujas de aire producían sobre la lava, semejando carcajadas infernales, era la contestación que el cielo daba al que no conocía en su corazón la piedad.

Loco, delirante, vagando como un espectro en torno á su morada, y sin poder salvar la corriente ígnea que le cercaba, Isaac parecía la estatua de la desesperación. Pobre, en medio de tanto oro, impotente para dominar la situación en que se encontraba, veía llegar la muerte hasta él, acompañada del hambre y de la sed.

—¡Soy perdido!!—exclamaba:—¡No tengo salvacion ni esperanza alguna.

Y así pasaron quince dias terribles, quince dias en que, sitiado por un círculo de fuego, agotó las escasas fuerzas de su vejez. Hambriento y desesperado, encerróse en su casa; y arrojándose sobre el sucio jergon que le servia de lecho, y cubriéndose la cara con las manos, llamó á la muerte.

Cuando los habitantes de Torre del Greco pudieron regresar á sus hogares despues de la catástrofe, vieron convertida en ruinas la casa del viejo Isaac, y el cadáver de éste en un rincon de su misera estancia, recostada su cabeza en un saco lleno de monedas, y teniendo entre sus apretados dientes un trozo de zapato, cuya mayor parte habia devorado entre los tormentos del hambre. El oro de aquel miserable se empleó en reedificar las casas arruinadas por la erupcion, y el recuerdo de su avaricia quedó como un adagio en la campiña, cuyos habitantes le emplean diciendo:

—«Morirás de hambre, como Isaac sobre sus doblones.»



CONTRA AVARICIA, LARGUEZA.

Mariano el maniroto.

I.

Sentados á la sombra de unas acacias que adornan el camino que conduce á la Fábrica de tegidos de X^{***}, pueblecillo de la industrial Cataluña, se hallaban conversando dos obreros durante la siesta de un día del mes de Mayo.

—Desengáñate, Juan,—decía el de ménos edad:—en la vida de D. Mariano existe un misterio que nosotros no podemos comprender.

—Ni nos importa, Manuel,—añadía el compañero.—D. Mariano es para nosotros un padre; ¿qué un padre? es la *Providencia*, puesto que provee á todas nuestras necesidades con especial cuidado, nos dá un jornal crecido y escrupulosamente pagado, aun en nuestras enfermedades, y no satisfecho con esto, nos ha creado la *Caja de Huérfanos é Inútiles*, que hace un mes hemos inaugura-

do, sobre la base de seis mil reales con que él y su esposa D.^a Teresa han encabezado la lista de suscripcion.

—¡Dios se lo pague!—dijo Manuel:—yo poco puedo hacer por ellos, pero si algun dia lo necesitasen.....

—Yo seria capaz de no comer para socorrerlos, si ese dia llegara ¡lo que Dios no permita!

—Y yo pediria limosna de puerta en puerta, para que á ellos no les faltase nada en este mundo.

—Pues yo, Manuel, no sé de lo que seria capaz para demostrarles mi agradecimiento, pues gracias á ellos mi Rafael recibe una instruccion esmerada, que con el pan les debe, y ya verás, si algun dia eres padre, los sacrificios que te impones por un hijo.

Así era, en efecto: el dueño de la fábrica donde trabajaban estos dos obreros, y al cual llamaremos con ellos Don Mariano, habia llevado su generosidad hasta el extremo con los braceros de su establecimiento. En él se pagaban los jornales á más alto precio que en los demás de su género; existia una enfermería, servida por Hermanas de la Caridad, para si algun obrero sin familia caia enfermo; una escuela, donde gratuitamente se daba educacion á los niños, mientras sus

padres se dedicaban al trabajo, y una Caja que, con poco sacrificio de parte de los trabajadores, era su garantía para el porvenir.

Los estatutos de este *Banco de prevision*, no podían ser más sencillos: cada obrero dejaba en él dos reales castellanos por semana; de manera que el capital impuesto en ella, ascendía á ciento cuarenta reales semanales, recogido entre los setenta dependientes de la casa. En la inutilidad de uno de ellos, y previo el dictámen de la junta de administracion, la Caja le pasaba diez reales diarios, y si una enfermedad le postraba en el lecho, D. Mariano, de su bolsillo particular, elevaba la cuota hasta completar el jornal que en salud ganaba el enfermo, sin perjuicio de cuidarle en la enfermería de la fábrica y surtirle la casa de medicamentos, alimentacion y enfermera: he aquí por qué Juan habia apellidado á D. Mariano, *la Providencia del obrero*.

La campana de la fábrica, llamando al trabajo, cortó la conversacion que aquellos honrados catalanes sostenian, y se dirigieron á su taller, alegres y contentos. Este parecia una inmensa colmena donde cada abeja trabajaba solícita, sin que hubiese en el enjambre un brazo ocioso, ni un solo individuo que dejase de cumplir con su obligacion. Limpio

y aseado todo, cuanto lo permitia la manufactura á que se dedicaba; surtido de máquinas modernas, que representaban los últimos adelantos de la industria, dejaba ver el orden más perfecto hasta en sus menores detalles.

En una sala trabajaban las *desmotadoras*, hermosas hijas del Llobregat, en quienes no se sabia qué admirar más, si la pureza de su semblante, ó la limpieza de sus pintorescos trajes: más allá estaba el taller de *hilanderos*, á donde el algodón se trasportaba ya limpio por las desmotadoras, y en el cual se convertia en finísimos hilos: en otro departamento estaban los telares, ó sala de *tejedores*, los cuales acompañaban el *tric trac* de su lanzadera con canciones peculiares del país: luego la sala de *aparatos* de estampacion, donde las telas recibian la impresion de esos variados dibujos que deleitan nuestra vista; el *lavadero*, la sala del *plegado*, el *almacen*, todas las dependencias, en fin, de la fábrica, acusaban el mayor orden y la más exquisita limpieza. Don Mariano solia recorrerlas diariamente, preguntando á los obreros acerca del trato que recibian de los mayordomos, y dando por sí mismo las órdenes necesarias al trabajo del dia siguiente: su esposa, entre tanto, visitaba las dependencias en que trabajaban las mujeres, alentándolas

en su tarea con cariñosas frases, ó entreteniéndola su imaginación con narraciones llenas de interés y moralidad: las obreras llamaban á Doña Teresa *su ángel bueno*, y en verdad que no les faltaba razón para darle este cariñoso dictado.

La tarde en que empieza nuestra leyenda, don Mariano se presentó en los talleres antes de la hora acostumbrada, y después de inspeccionarlo todo y dar sus órdenes, pronunció la palabra «*basta*,» cuando aún faltaba una hora para la puesta de sol. Los obreros cesaron en su trabajo, admirados de una alteración que no comprendían, y don Mariano, dirigiéndose á todos, dijo:—Muchachos: mañana es el aniversario de mi matrimonio, y como para mí representa una época feliz, no habrá trabajo en la fábrica. Mas no os alarméis, —añadió sonriendo;—vuestro jornal os será abonado, pero teneis que hacer el sacrificio de venir á almorzar y comer conmigo y con mi esposa, que en este momento hace igual advertencia á las obreras. ¿Aceptais, amigos míos?

Un sí espontáneo y general, respondió á esta pregunta; pero el más caracterizado de los obreros, tomando la palabra, contestó:

—Interpretando los deseos de mis compañeros, señor amo, doy á V. mil gracias por

la honra que quiere dispensarnos, pero que con sentimiento tenemos que renunciar, porque nosotros, oscuros hijos del trabajo, no estamos bien con nuestra modesta blusa entre los caballeros que asistan al convite.

—¿Qué dice V., Sr. Pedro?—exclamó don Mariano:— La blusa del menestral, honra cuando pertenece á un hombre honrado como Vds. todos lo son, y por tanto *exijo* ¿lo entendeis, muchachos? *exijo* que acepteis de buen grado mi ofrecimiento. Así, pues, hasta mañana á las once, y no falteis á la cita.

—¡Viva nuestro amo! gritaron los obreros, agitando en alto sus *barretinas*, y abandonaron la fábrica alegres y alborozados con el *honor* que su amo les dispensaba, y pensando qué obsequio le harian á cambio de esta distincion.

II.

Los obreros han sido exactos á la cita: ahí están alrededor de una larguísima mesa servida con lujo y profusion, y presidida por sus amos: en una de las cabeceras está D.^a Teresa, linda como un ángel, con sus veinticuatro años y el rubor en sus encendidas mejillas: á derecha é izquierda, colo-

cadras por órden de edad, están las obreras con sus trajes de fiesta y sus flores enredadas con coquetería entre el negro pelo de sus rizos. Tras de la última de la derecha, y próximamente en el centro de la mesa, está sentado el párroco del pueblo, y frente á él, en el centro de la izquierda, el maestro de escuela de la fábrica: la cabecera de honor está ocupada por D. Mariano, que tiene á derecha é izquierda á los obreros, colocados por órden de categorías, y vestidos tambien con la mejor ropa que cada cual ha podido proporcionarse. Acababan de servirse los postres, y D. Mariano, tomando una copa llena de *Champagne*, pronuncia el siguiente brindis:

—Amigos míos: en momentos tan felices para nosotros, el sentimiento dice más que las palabras: brindo, pues, en primer lugar por vuestra honradez y laboriosidad, por vuestra salud, por vuestro bienestar, y porque Dios os conceda un porvenir como el que ha dado al que os dirige la palabra.

Un ¡hurra! espontáneo y nutrido, acogió este brindis, al que contestó el Sr. Pedro:

—Si la honradez es un mérito digno de premio, y Vds., nuestros queridos amos, se dignan reconocerle en nosotros, este mérito, más que nuestro, es de Vds., que nos la han

enseñado con su ejemplo. ¡Muchachos! De pie todo el mundo, fuera esas *barretinas*, y bebamos en honor de nuestros amos, tipo de la honradez y de la bondad.

La más cordial alegría sucedió á este brindis del honrado capataz, y el espectáculo de aquellos cuarenta hombres entusiasmados, de pie y con sus copas en alto, arrancó á los ojos de los cónyuges una lágrima dulcísima de felicidad. Despues que se restableció el orden, el Sr. Pedro, enjugándose los ojos, dijo á D. Mariano:

—Acepte V. esta pequeña muestra de nuestro cariño; y le entregó un estuche de terciopelo azul con broches de plata.

D. Mariano, trémulo de emocion, le abrió y fijó en él sus ojos. Ceñido con una abrazadera de plata, en la que se leía: ¡A LA FELICIDAD DE NUESTROS AMOS!—1870—, habia una blanquísima vitela que, desdoblada, resultó ser un acta, en la cual, y por medio de una suscripcion hecha la noche antes entre los obreros de ambos sexos, se creaba, bajo la advocacion de SANTA TERESA, un premio anual á la virtud de la obrera que más se distinguiese durante el año por su honradez y esmero en el trabajo. D. Mariano contestó:

—Acepto gustosísimo vuestro obsequio, y Dios sabe cuánto agradecemos mi esposa y

yo esta delicada prueba de vuestro cariño. Yo, obrero como vosotros, solo puedo corresponder á él refiriéndoos mi historia, que tal vez os sirva de algo en adelante: prestadme un momento vuestra atencion.

El más absoluto silencio reinó entre los circunstantes, y cada cual se dispuso á oir el enigma que encubria los actos de aquel amo tan querido.

—Nací..... en un pueblo de la provincia de Tarragona, y ni conocí á mis padres, á quienes perdí siendo muy niño, ni puedo fijar en mi memoria cómo pasé los primeros años de mi infancia: solo sé que tenia ocho y andaba pidiendo limosna por las calles de Espluga de Francolí, y que dormia en los huecos de las puertas, cuando la caridad no me deparaba un pajar en que recogerme. Así pasó mucho tiempo, hasta que un dia (tendria yo unos catorce años) tendí la mano á un transeunte, pidiéndole el pan que me alimentaba, debido á la caridad: aquel hombre fijó en mí los ojos, y tras de algunas preguntas, contestadas por mí con franqueza, me propuso colocarme en una fábrica, de que era dueño; proposicion que yo acepté con júbilo, ingresando en ella á los tres dias, y empezando á ganar mi pan con el sudor de mi rostro. Mi bienhechor, ¡santa gloria

haya! era el fabricante más querido de Mataró, porque gracias á su liberalidad, no existían obreros pobres en la ciudad, y yo, que me le habia propuesto por modelo, seguia su ejemplo de tal modo, que en el taller me apellidaban *el maniroto*.

Lo que me sobraba del gasto de manutencion, iba á parar á manos de aquellos de mis compañeros que más obligaciones tenían; y yo (no lo digo por orgullo ni amor propio, sino en obsequio de la verdad), yo vivia feliz y contento, porque lo que con una mano daba, con la otra lo recibia de Dios en salud, y de mi amo D. Luis en aumento de sueldo y categoría, hasta el punto de ser nombrado capataz de la fábrica en que trabajaba.

Un dia mis ojos atrevidos se fijaron en la hija de mi amo, y mi corazon sintió amor por ella.... ¡Cuánto sufrí en aquellos dias! ¿Cómo podia yo, infeliz obrero, aspirar á merecer su mano? ¡Imposible! Y sin embargo, en mi corazon latia la esperanza; me apliqué al trabajo y al estudio, pasé noches y noches en vela, encerrado con mis libros en mi modesta guardilla, y un dia, sin saber por qué, D. Luis me nombró sub-jefe de la fábrica y *tenedor de libros* de su escritorio. Mi corazon latió con violencia; iba á

estar al lado de la mujer en quien reasumia mis esperanzas, aumentaba en sueldo y categoría, y podia dedicarme con más provecho á la especie de monomanía que me habia conquistado el apodo de *maniroto*. ¿Qué hice en los primeros meses? No lo sé, porque solo vivia para mi amor; pero indudablemente, D. Luis sorprendió mi pasión, puesto que un dia, llamándome á su despacho me dijo: «Mariano: sé que amas á mi hija, »aunque nada le has dicho aún; sospecho que »ella tambien te ama, y como veo en tí las »mismas inclinaciones que yo tengo, quiero »llamarte *hijo* antes de morir, en la seguridad »de que labrarás la felicidad de tu esposa.»

Poco tiempo despues, se realizó el más grato sueño de mi vida, y hoy hace cuatro años que Teresa y yo nos unimos ante el altar como nuestro padre deseaba; pero la muerte nos le arrebató bien pronto, y hoy el obrero de Mataró, el mendigo de la Espluga, posee como heredero de aquel santo hombre, una fábrica donde trabajan los artesanos más honrados de X*** y una esposa dulcísima en quien cifra su dicha y el amor de su alma.

Calló D. Mariano, despues de abrazar á su esposa, y entonces el digno párroco dijo á los obreros:

—No os admireis, hijos míos, de lo que solo es un efecto de la providencia de Dios. El hombre que no gasta en lo supérfluo mientras otro carece de lo necesario, y pone á contribucion para el bien de los demás su honradez y LIBERALIDAD, comprende la doctrina de Jesús, y, como vuestro amo y mi querido amigo, será feliz en la tierra, mientras llega la hora de su ingreso en el cielo.

TERCER VICIO.

Pasion funestísima que mata nuestra alma y destruye nuestro cuerpo; camino cuyas flores ocultan entre sus hojas la punzante espina del remordimiento; fétido lago cuyas muertas aguas envenenan el espíritu narcotizando el pensamiento: esto es lo que llamamos Lujuria.

Repugna describir este vicio, os ha de repugnar leer cuanto sobre él se diga, porque el alma es como el *armiño* y huye del cieno donde puede manchar su blancura.

Opuesta á él, y esparciendo el claro brillo de sus glorias, aromatizando el aire con la fragancia dulcísima de su perfume, crece en el alma LA CASTIDAD. ¿Qué es, pues, *la castidad*? Una virtud que, opuesta á los deleites sensuales, se adorna de la pureza y se corona con la virginidad.

La castidad es el sello de la divinidad de nuestra alma, puesto que sus puros y

tranquilos placeres giran más allá de la atmósfera emponzoñada de la carne, y son tan inmateriales como el seno de donde nacen. Sublime aspiracion que tiende al infinito, hace al alma desplegar sus blancas alas y cruzar la inmensidad, para ofrecerse como inmaculada flor ante el trono de Dios: la carne es su esclava, porque como todo lo material se descompone y lo espiritual subsiste eternamente, no mira al cuerpo como rey, sino como prision pasagera que detiene al espíritu y le mortifica mientras dura su destierro en este mundo.

El que posee esta hermosa virtud, vive tranquilo y alegre, gozando de una paz perfecta en su conciencia, y esperando sereno, y aun con vehemente deseo, el terrible paso de la vida á la eternidad. Nada le acobarda, ni hay cosa alguna que le parezca insuperable, porque estando continuamente sobrecitado su espíritu, posee un criterio recto y seguro para juzgar de las cosas, una inteligencia clarísima y siempre fecunda, y una fuerza de voluntad inquebrantable. Respetado de todos en la sociedad, porque en su rededor se siente el aroma de su alma; considerado y atendido, porque de su boca brota siempre el más sano consejo; viviendo en esa envidiable atmósfera de luz que envuelve á la

pureza, principia á recibir su premio en este mundo para completarle en el de la eternidad. El cristianismo tiene á *la castidad* por virtud principalísima y signo de predestinacion para la vida eterna, y las demás religiones, aunque erróneas y muchas de ellas plagadas de impurezas, exaltan la virginidad, suponiéndola la perfeccion suma dentro de nuestra imperfecta vida.

San Juan Evangelista tuvo la dicha de reclinar su cabeza en el pecho de Jesús, porque su alma estaba pura de toda sensualidad: la Virgen María, emblema de la castidad y la pureza, mereció por ellas, no solo su divino carácter, sino el aplauso del mundo y las alabanzas de la Iglesia, que en su honor compuso *la letanía*, que quiere decir *expresion de nuestra alegría*.

Cuáles sean los respectivos efectos del vicio tercero y de la tercera virtud, lo hemos de ver en los dos cuadros siguientes: no debemos, pues, insistir más en descripciones imposibles, ó cuando ménos incompletas.

LUJURIA.

El enemigo de sí mismo.

I.

Alfredo era el niño más aplicado de la escuela, y de su edad: á los catorce años, y dedicado á la segunda enseñanza, habia logrado reunir tantos premios como años de estudio llevaba, tanto en la instruccion primaria cuanto en el de la lengua latina. Citado como modelo por sus profesores, tratado con respetuosa deferencia por sus compañeros y querido de sus padres como el que más, nada faltaba á su dicha..... y sin embargo, estaba triste.

Alfredo sufría, á juzgar por su carácter taciturno y su color pálido como la cera. En vano su padre inquiría y trataba de saber la causa de esa tristeza y esa palidéz que notaba en su hijo; éste le contestaba sonriendo que nada sentía, y los médicos le aseguraban que no encontraban en Alfredo otra no-

vedad que cierta sobrecitacion nerviosa, tal vez propia de su incipiente desarrollo, y que, por el presente, no ofrecia cuidado alguno. Pero pasaban dias y más dias, y el niño continuaba empeorando y languideciendo cada vez más; entónces su padre, creyendo que el excesivo trabajo le habia de perjudicar, dispuso que dejase el estudio por un año, á ver si de este modo se curaba radicalmente.

Su plan no tuvo el resultado apetecido: Alfredo aparecia cada dia peor, y no solamente padecia su salud, sino que habia perdido su parte moral. Su carácter, hasta entónces amable y expresivo, tornóse de pronto irascible y violento; á su aplicacion y diligente amor por el trabajo, sucedió la más insólita pereza, y el que ántes era modelo de escolares, fué bien pronto citado como tipo del holgazan y del maldiciente.

Nada le era tan grato como permanecer en su lecho hasta una hora bastante avanzada del dia; encerrarse despues en su habitacion, de la que sólo salia para comer, y buscar siempre la soledad, aun en el paseo, única distraccion á que se le veia inclinado. Una tristeza inesplicable, traducida por frecuentes suspiros y por alguna silenciosa lágrima que de vez en cuando escapaba rodando por su descarnada mejilla, era la compa-

ñera inseparable de su demacracion fisica. Los criados se quejaban del mal tratamiento que de Alfredo sufrían; los amigos le abandonaban porque se habia hecho imperioso y tacaño, y en torno de aquel desdichado se notaba el vacío cada vez más grande, á cada momento más desolador.

Alfredo cayó enfermo realmente, y esto fué un nuevo dolor para sus cariñosos padres: quejábese de fuertes dolores en la cabeza y en el pecho, espasmos y punzadas en la columna vertebral, flojedad en los músculos, y una inapetencia tal, que no podia tomar más que líquidos.

Un dia su infeliz padre se encerró con el médico que le asistia, y le dijo entre lágrimas de dolor:

—Ruego á V., doctor, que me saque de la incertidumbre en que vivo, y me diga de una vez qué es lo que debo esperar del estado de mi pobre Alfredo, ó qué medios emplearemos para curar su dolencia. Sabe V. que como padre nada omitiré por devolver á su cuerpo la salud, que deseo tanto como la mia, y que cuanto tengo y pueda tener en mi vida me parecerá bien empleado gastándolo en su curacion.

—Sr. D. Diego, contestó el médico: la mision que me impuse al jurar mi cargo me

obliga á ser sincero con V., por más que comprenda cuán dolorosa le ha de ser mi contestacion, porque soy padre tambien y comprendo lo que un hijo cuesta.....

—¿Conque es decir, que mi Alfredo está muy grave? exclamó consternado D. Diego.

—Alfredo está efectivamente grave, por más que el peligro no sea inminente por ahora: tenga V. calma, y escuche. La medicina, Sr. D. Diego, lucha con la enfermedad del hombre cuando esta es efecto de un desnivel natural entre la sangre, los nervios ó el aire; pero cuando ese desnivel procede de una perversion moral, de una pasion, por ejemplo, la medicina nada puede hacer en pró del enfermo si este no la ayuda, porque mi ciencia alcanza á réformar el organismo alterado, pero no á cambiar los instintos del corazon.

—No comprendo á V., doctor; contestó el afligido padre.

—Pues seré más claro, aunque para usted aparezca cruel. Ni yo, ni creo que ningun médico del mundo (y no tome V. mis palabras como dictadas por vana presuncion), podemos curar á Alfredo, si él se obstina en no curarse, huyendo de un vicio que corroee su alma al par que destruye su salud. Su hijo tiene la desgracia de hallarse dominado

por el horrible vicio de la lujuria; y si él mismo, por un esfuerzo de su voluntad, no se domina y corrige, en vano será todo tratamiento médico y en vano los sacrificios que V. se imponga. Por nuestra parte haremos lo poco que nos queda que hacer: es preciso obligarle á dejar más temprano el lecho; proporcionarle la distraccion de los viajes, sin dejarle abandonado á sí propio; cuidar que no se le sirvan condimentos excitantes, nada de licores ni perfumes, y, como medida preventiva, llevarle á las *aguas* de Panticosa, pues ahora estamos á tiempo de atajar el mal.

D. Diego siguió al pié de la letra las recomendaciones del doctor, y llevó á Alfredo á Panticosa tan luego como le fué posible ponerse en camino: desde allí visitaron la Francia, Suiza é Italia, y á su regreso encontrábase Alfredo tan animado, de tan buen color y con tal apetito, que sus padres le creyeron curado. Mientras tanto, D. Diego enfermaba, minada su salud por los disgustos y la pena, hasta que por fin llegó el día terrible de su muerte, sin que la medicina fuese bastante á curar una dolencia que radicaba en el alma.

Libre Alfredo de su vigilancia y cariñoso cuidado, volvió á recaer en el vicio, y por

consiguiente en su enfermedad, hasta el punto de hacerse insufrible en la casa: su pobre madre, aún no repuesta de la pena que hacía escasamente un año experimentaba con su viudez, fué objeto de malos tratamientos por parte de aquel hijo á quien tanto queria. La santa mártir soportaba la criminal conducta de Alfredo con una resignacion ejemplar, y contestaba á sus dictérios y amenazas con sanos y prudentes consejos, que más excitaban la ira de su infame hijo.

Así pasaron dos años de mortal angustia para la desdichada viuda: un dia Alfredo, reprendido por ella, cometió el sacrilego atentado de alzar la mano sobre su mejilla, y la infeliz dobló su cabeza bajo el peso de aquel crimen, como la caña del trigo bajo la hoz del segador: dos meses despues descendia al sepulcro y se reunia con su esposo, víctima tambien de la conducta de su hijo.

II.

El que una vez pone el pié en el camino del crimen, es muy difícil que se detenga en la pendiente que le conduce al abismo.

Alfredo debió reflexionar que su conducta habia sido causa de la pérdida de sus

padres; pero se vió libre como mayor de edad, rico por la herencia y dueño absoluto de su voluntad, y se dispuso desde luego á dar rienda suelta á sus desordenadas inclinaciones. En su enfermiza imaginacion se fingió el ensueño de que podia estudiar una carrera, y marchó á Madrid, estableciéndose en la gran ciudad apenas cumplido el año de luto, más que por dolor, por cubrir las apariencias del mundo. Una vez allí, se dijo aturdido con el movimiento y constantes atractivos que la corte ofrece:

—Vivir es gozar: ¿qué supone la vida sin el placer? ¿Voy á estar siempre triste porque hayan venido sobre mí desgracias que son una consecuencia inevitable de nuestra finita naturaleza? ¡A vivir! Soy rico, jóven, no mal parecido, y puedo brillar en esa sociedad que me espera con los brazos abiertos, brindándome deleites sin fin. Adelante, pues, y ¡al diantre los libros, que solo se han hecho para fastidiar al hombre y hacerle viejo sin tiempo!

Y efectivamente: el insensato se entregó por completo en brazos de la disipacion y del libertinaje más repugnante, degradándose del nivel en que Dios colocó al hombre y aproximándose al infeliz estado de las bestias. Rodeado siempre de *amigos* tan infa-

mes como él; viviendo continuamente en la frecuencia de trato con malas compañías, el desgraciado Alfredo caminaba á su perdición, guiado siempre por el vicio y sin pararse á reflexionar que sus pasiones y desórdenes le conducian al más espantoso de los abismos. No faltó quien le abriera los ojos; quien, guiado de un noble sentimiento, le pusiera de manifiesto el peligro en que estaba; pero ciego por su perverso instinto, creyó hijo de la envidia lo que solo era nacido del cariño y de la rectitud de sentimientos.

Sus rentas no bastaban á cubrir las obligaciones que se habia impuesto: de baile en baile, de fiesta en fiesta, pasaba meses y meses arrojando el oro á las hambrientas fauces del vicio, hasta que la usura devoró un pingüe patrimonio adquirido por sus infelices padres á costa de mil privaciones, y que debió ser su garantía para el porvenir.

Nada le quedaba, ni aun la casa paterna, bajo cuyo techo habia nacido: llegó un dia en que no tuvo ni aun pan que llevarse á la boca, y entonces..... ¡rodó al fondo! Robó: se hizo ratero para alimentarse y sostener sus vicios, se encenagó en antros de impureza, y débil, demacrado por prematuros excesos, fué á parar á un lecho del hospital.

Allí vió pasar tristemente ante su ima-

ginacion los acontecimientos de su vida; allí la conciencia, testigo inexorable de sus actos, le presentó con vivos colores las consecuencias todas de su torpe inclinacion; allí, solo y abandonado por los que en tiempos más bonancibles le titulaban *amigo*, surgió ante él la sombra de sus padres, muertos á disgustos por su mala conducta; allí le asaltó, finalmente, la desesperacion, y el ángel de su guarda estuvo dispuesto á desplegar sus alas y abandonarle á su destino.

La hora de su paso á la eternidad sonó por fin. En su empobrecido cuerpo, solo quedaban huesos y piel manchada por repugnantes ulceraciones: habia perdido el cabello y la dentadura, y en sus labios aparecia la espuma sanguinolenta de la tisis, cubriendo las escarificaciones que el vicio habia impreso en ellos.

—¡Ay, Padre!—exclamaba dirigiéndose al sacerdote que le auxiliaba.—¡Cuán horrible es mi muerte! Mis miembros se despedazan y dislocan entre agudos dolores; mi lengua, reseca por la fiebre, se pega á mi paladar, negándose á todo movimiento; mis ojos quieren saltar de sus órbitas, y me hacen ver los objetos como cubiertos por un velo de sangre; y mi alma me acusa de su perdicion y de la destruccion de mi cuerpo. ¡Qué horri-

ble agonía, Dios mio! Pero ¡cuán merecida la tengo!

—El sufrimiento, hijo mio—le contestaba el sacerdote,—lavará tu alma de sus pecados, y la presentará pura ante Dios, si lo ofreces en descargo de tus culpas.

—¡Imposible, Padre, imposible! gritaba el infeliz Alfredo. Ved ahí, á los piés de mi cama, la sombra de mi padre que me mira horrorizado, y cuya mirada me hiela de espanto: ved á ese otro lado á mi madre, anegada en llanto y mostrándome su mejilla herida por mi sacrilega mano..... y detrás mis vicios..... mis desórdenes..... la cadena del presidio suspendida sobre mí..... ¡Oh! nó.... ¡no quiero verlos....!

Y el desgraciado se cubria el rostro con las ropas, tomando como realidades las sombras que en su delirio le presentaba el grito aterrador de su conciencia. El sacerdote, de rodillas á la cabecera del lecho, rogaba á Dios por la salvacion del enfermo que, presa de horribles convulsiones, se veia próximo á comparecer ante el tribunal del Juez Eterno. De pronto Alfredo se incorporó gritando:

¡Padre mio! ¡Oidme en confesion! Mi madre me lo manda, en nombre de Dios, para merecer su perdon: aun me creo capaz de él, porque Dios es infinitamente misericordioso

y me concede este momento para mi salvacion. Oidme por piedad, y quiera la bondad divina que vuestra absolucion cierre el abismo que yo mismo he abierto con mis crímenes entre el Criador y la criatura, entre mi alma y el cielo.

La confesion fué penosa, larga, difícil: la tos y la hemorragia contenian á cada momento el relato de Alfredo, que confesaba sus culpas sin atenuar ni la más horrenda, y sin dejar la menor circunstancia que ilustrara al confesor. El enfermo, presa de una indecible angustia, y empapado en un sudor copiosísimo, se veia precisado á suspender la confesion á cada momento, y el sacerdote murmuraba en cada interrupcion, elevando sus ojos al cielo:

—¡Señor, Señor! ¡Tened misericordia de él y de mí! ¡Dejad, Dios mio, que este desgraciado termine, y dadle el perdon de vuestra divina bondad!

Por fin, á costa de mil fatigas, terminó la confesion; y el sacerdote, arrodillado junto al lecho del dolor, dió la absolucion al enfermo. Una hora despues, el desgraciado Alfredo entraba en el estertor de la agonía, torturado por los más crueles padecimientos. Todo aquel dia y parte del siguiente, los pasó el infeliz destrozado por las convulsiones

de la epilepsia y por los dolores de sus llagas: el mismo día que cumplía 28 años, fué á rendir á Dios cuenta de su vida y del empleo que habia dado á su cuerpo. El sacerdote llamó á todos los jóvenes que existían en el hospital y estaban en disposicion de poder dejar su lecho, y mostrándoles el cadáver ulcerado y casi descompuesto de Alfredo, les dijo:

—Ved aquí, hijos míos, las terribles consecuencias del vicio: huid de todos ellos con horror; no atendais á sus infames sugestiones, ni deis oídos á sus pérfidos consejos; pero separaos en particular del que con esta obra os dice lo que puede LA LUJURIA.

CONTRA LUJURIA, CASTIDAD.

La azucena misteriosa.

I.

Zahara, asentada sobre una roca y coronada de fuertes muros, semejaba en tiempo de Isabel I la Católica, el nido del águila colocado en la inaccesible punta de una peña,

Poco tiempo hacia que el estandarte musulman habia caído de *la torre del Homenaje* á los certeros golpes de los cristianos, que izaron en el mismo tope la bandera de la cruz, y sin embargo, Zahara dormia, confiada en su inexpugnable posicion y el valor de los guerreros castellanos.

Entre los jefes de estos, se encontraba un esforzado capitan, llamado D. Fernando Arias, cuyo cuerpo, cubierto de honrosas cicatrices, pregonaba suficientemente su valor y la justicia que la Católica reina hiciera á sus méritos, colocando sobre su pecho la roja banda, distintivo de su graduacion. D. Fernando era tan pobre como generalmente lo eran los caballeros castellanos en aquella época de continua lucha; pero si carecia de bienes y vivia en la pobreza, poseia en cambio tesoros inestimables en su nobleza é hidalguía, y en dos hijas que consolaban su viudez y se llamaban Blanca y Estrella.

Era Blanca hermosa como la realizacion de un sueño; poética como el delirio de un enamorado, y tan dulce, tan buena, que se la apellidaba *el ángel humano* por todos los caballeros y gente de armas de Zahara. Vestida siempre de blanco y con modesta sencillez, dejando ver en sus negros y rasgados ojos la inocencia de su alma y en sus esbel-

tas formas la pureza de su sangre, era el ídolo de los oficiales castellanos, que á porfía aspiraban á merecer la dicha de llamarla su esposa. Pero Blanca, agradeciendo como á su linaje cumplia los obsequios de que era objeto, ni la más leve esperanza concedia á sus adoradores, á despecho del ejemplo que su hermana le diera contrayendo matrimonio con un jóven guerrero, tan digno de su mano como fecundo en ingénio y valor. Un amigo de éste, alferez de *mesnada*, y muy querido en el campo cristiano por haber peleado con valor como paje del Gran Capitan D. Gonzalo de Córdoba, fijó sus ojos en Blanca, y la rindió tal amor, que Estrella se propuso favorecer la causa del galan caballero.

Al efecto, solicitó de Blanca una entrevista, y obtenida ésta, solas las dos en un camarín, le dijo:

—Blanca, hermana mia: hora es ya de que elijas esposo entre los caballeros que te tributan sus obsequios. Rodrigo Ponce, que aunque apenas le apunta el bozo, es ya tenido por un héroe; cuya noble familia cuenta en su genealogía más de un esforzado guerrero, y cuyo blason en nada desmerece, si no aventaja al nuestro, te ama con todo su corazon y desea hacerte su esposa.

—Mucho lo siento, Estrella mia, y muchísimo agradezco al Sr. Rodrigo Ponce la honra que quiere dispensarme; pero por más que comprenda cuán feliz sería á su lado, no puedo aceptar su amor ni su mano sin faltar á lo que la nobleza me ordena.

—¿Acaso estás enamorada, mi querida Blanca?—exclamó Estrella con júbilo.—¡Sí! Lo noto en esa turbacion, en el carmin que tiñe tus mejillas..... ¡Oh, hermana mia! Completa tu sincera confesion: ¿quién es el venturoso mortal....?

—Ninguno, Estrella querida, ninguno,—se apresuró á contestar Blanca.

—Eres un enigma para mí, hermana mia; te veo palidecer y enrojecer á un mismo tiempo cuando del amor te hablo, y, sin embargo, me niegas que sientes amor. ¡Vaya, no seas esquivo con tu hermana que tanto te quiere!—proseguia Estrella, besando la frente de su hermana:—¿cómo te habia yo de proponer un enlace que no fuese digno de tí?

—Bien conozco, Estrella, tus rectas intenciones, y ni por un momento supuse que tus proposiciones no fueran dictadas por el más sincero afecto: la hidalguía y nobles prendas de D. Rodrigo me constan y las admiro, pero no puedo premiarlas con mi mano.

—Vamos, niña mia; te dejo á solas para que reflexiones sobre ello, y creo que no has de hacer un desaire á tu Estrella.

—¡Ay, querida mia! Mi resolucion es irrevocable.

—Allá veremos,—dijo Estrella, besando á su hermana con amoroso delirio:—¡piensa, y decide!

Y devolviendo á Blanca sus besos, salió de la cámara con aire de triunfo, suponiendo efecto de la timidez lo que en aquella niña era resolucion firmísima como terminantemente habia manifestado.

D. Rodrigo no tardó en visitarla para saber el resultado de la entrevista: pálido, convulso de dolor, oyó la contestacion que á Estrella diera su hermana, y la muerte de su esperanza apareció como un hecho ante sus ojos. Estrella, no obstante, le animó á pedir á su padre la mano de Blanca, alegando que tal vez un escrúpulo de obediencia fuese la causa de la negativa por no provenir del padre la consulta. D. Rodrigo visitó á D. Fernando: expuso con frase clara y sencilla sus ensueños de dicha, y le rogó encarecidamente le concediese la mano de Blanca, si ella accedia á premiar su amor.

Aquella misma noche, D. Fernando, encerrado con Blanca en su habitacion y re-

teniendo entre sus manos las de su hija, le hablaba de esta manera:

—No comprendo, hija mia, las razones que te asisten para negarte á aceptar el amor de D. Rodrigo, ni pretendo usar de la autoridad de padre para imponerte un matrimonio que te repugna. Yo ya soy viejo y achacoso: tu hermana Estrella ha contraído un enlace que me llena de orgullo, porque solo su esposo D. Jáime hubiera yo elegido para entregarle su mano, y viven felices y tranquilos como las aguas del sereno lago. Mi única ambicion es que tú seas tambien feliz y que, si la muerte me sorprendiese, no quedases en el mundo sin un protector. ¿Acaso notas algo en D. Rodrigo que no te parezca aceptable? ¿No es bueno, honrado y leal? ¿No cumple como debe sus prácticas de caballero cristiano? ¿No te parece el más digno de tu estimacion y cariño? Habla, vida mia, habla, que tu pobre viejo solo desea verte feliz.

—Mucho, muchísimo lo soy, padre mio, viéndoos á mi lado, gozando de vuestro cariño sin limites, y absorbiendo sonido por sonido la dulce melodía de vuestras palabras. ¿Qué más deseais si esto os puede bastar? ¿Por qué he de dar á nadie un corazon que ya no es mio?

—¿Luego amas?—exclamó con sorpresa D. Fernando.

—Sí, padre mio: amo..... ¡y adoro! Amo vuestra voz, vuestra sombra, vuestras canas, todo cuanto sois y representais para mí; pero el primer lugar de mi corazón está ocupado por la imagen de ese protector cuyo auxilio invocais, y que estoy segura no me faltará jamás. A él he consagrado mi vida y mi virginidad, y sería felicísima muriendo por él como para él vivo: ya veis, padre mio, que amo y adoro, y aun me parece tan poco, que desearia tener mil vidas para dárselas todas. Ahora bien: ¿quereis saber su nombre? ¡Jesús, mi amado Redendor! Ved por quién me niego al enlace que me proponéis. ¿Qué mejor protector deseáis para mí?

D. Fernando exhaló un grito de alegría, y abrazando á su hija, besando con delirio su rostro, exclamó:

—¡Oh, hija mia! ¡Luz de mi vida! Si tal esposo elegiste; ¡dichoso el padre que te engendrò! Dices bien: tu bondad no es de este mundo, y tu alma inmaculada le cruzará como blanca paloma sin rozar siquiera sus alas en el cieno de nuestra miseria; porque el estado más perfecto es la pureza del cuerpo y del espíritu.

II.

Pocos meses despues, en una noche oscura y tormentosa, reinaba en Zahara la confusion y la muerte. Los árabes granadinos, aprovechando el estruendo de la tempestad, habian verificado una sorpresa, y degollando á los centinelas de la muralla, se desparramaban por la plaza, sembrando el espanto entre los confiados guerreros, y la desolacion doquier sentaban su planta. Don Fernando, medio desnudo y armado con un hacha, defendió su casa con el valor que dá la desesperacion, y cayó espirante y cubierto de heridas á la puerta misma del camarín de su hija Blanca, que fué conducida prisionera á Granada entre una turba de cautivos que los árabes hicieron en la sorpresa de la ciudad.

La infeliz castellana, ahogada de pena por la reciente y desastrosa muerte de su padre, tenía mil motivos de dolor en su terrible situacion, y las lágrimas no se secaban de sus ojos ni un solo instante.

Abén-Omár, su dueño, habia puesto en ella su amor, y perseguia su castidad con tan cruel obstinacion, que la pobre vírgen solo

tenía su esperanza en la muerte; pero Blanca, antes que todo, era cristiana, y no podía atentar contra una vida que no era suya. La infeliz oraba de continuo, y su oracion la fortalecia: de una manera providencial habia salido incólume en su alma y en su cuerpo de los repetidos ataques que de su amo sufriera, y esta firmeza, esta obstinacion, exasperaban más y más á Omár, que se propuso usar de la fuerza con su esclava, ya que por cariño, atenciones y regalos no conseguia vencer aquella alma de roca. Este era el peligro que Blanca tenia, y por el cual no cesaba de rogar á su Divino Esposo que la quitase una vida que para su pureza era un constante peligro, porque, ¿cómo ella, débil mujer, sabria luchar y vencer á su obstinado perseguidor? Los cristianos sitiaban la ciudad, que no debia resistirles mucho tiempo; pero ¿llegarian sus libertadores en ocasion oportuna? ¿Podria ella resistir y defender su pudor hasta entonces?

Abén-Omár penetró una tarde en el *alhamí* (1) de Blanca, y de pié ante ella, guardando una postura respetuosa, le dijo:

—Bien veo, mi altiva castellana, cuán poco te mueve mi amor; antes por el contrario,

(1) Especie de alcoba.

te hastía y repugna de tal modo, que me aborreces. ¿Por qué has de mostrarte esquiva con quien te ama sobre todo lo creado? ¿Qué deseas que yo no sea capáz de darte? Yo te adornaré de joyas y brocado desde los piés á la cabeza; te haré dueña de inmensos tesoros, cuya pedrería hace palidecer de envidia al mismo sol que con sus rayos la besa; tendrás millares de esclavas que satisfagan tus menores caprichos; haré construir para tí alcázares como no los han soñado las hadas, y tus piés, menudos como gotas de rocío, hollarán por alfombra mi corazón. Ámame, cristiana incomparable; ámame, y verás de cuanto es capáz el más terrible guerrero de Boabdil.

Blanca, inmóvil junto á una ventana, escuchaba la arenga del moro sin fijar en él su vista. Abén-Omár, despechado con este insultante silencio, avanzó hasta colocarse próximo á ella: Blanca, apoyando su mano en el calado *agiméz*, exclamó con resolución:

—Si dais un paso más, ¡juro á Dios vivo que me arrojo por esta ventana!

Abén palideció y se detuvo; pero pudiendo en él la pasión más que la prudencia, prosiguió:

—El león vive del desierto, el águila del aire, y Abén-Omár de tu amor. Basta de sú-

plicas, basta de ruegos; ¡esclava, obedece á tu señor!

Blanca le vió llegar á ella, y quiso cumplir su amenaza, pero no pudo: los brazos del árabe sujetaban los suyos, y la infeliz cristiana se vió precisada á luchar con él cuerpo á cuerpo. Las fuerzas, sin embargo, la abandonaban, y conociéndolo Abén-Omár exclamó:

—¡Ah, miserable cristiana! Por fin.....

No pudo concluir. Blanca, haciendo un supremo esfuerzo, habia logrado desasirse de sus brazos, y saltando hácia atrás, le miraba con furor, blandiendo el puñal del moro, de cuya arma se habia apoderado en la lucha, y procurando ganar la salida. Aben-Omár, indeciso un momento, se precipitó hácia ella; la cautiva retrocedió sin volver la espalda, y cayó..... ¡para no levantarse más!

Arrollada bajo sus piés la alfombra que cubria el pavimento, sus arrugas le hicieron perder el equilibrio, y cayó de espalda, desnucándose contra el borde de un taburete. ¡Dios habia salvado su pureza y castidad, sin que se viera precisada á acudir al suicidio ó al crimen!

.....
El día 2 de Enero de 1492, los cristianos

entraron en Granada, y al ocupar la casa de Abén-Omár, observaron que en el jardín, seco y helado por el beso glacial del invierno, se mecía á impulsos del viento una azucena en flor. Maravillados de aquel extraño fenómeno, lo pusieron en conocimiento de la Reina, la cual comisionó al Cardenal Arzobispo de Toledo para que hiciese las oportunas averiguaciones que explicasen el suceso. Instalado en el jardín, mandó á dos soldados castellanos que cavasen la tierra en derredor de la planta, y á los pocos piés apareció un cadáver incorrupto, envuelto á la usanza morisca, aunque vestido con ropas cristianas. Uno de los cautivos de Zahara, reconoció el rostro de Blanca Arias, en cuyos labios se ostentaba una sonrisa de celestial felicidad. La planta misteriosa fué arrancada del pecho del cadáver con religioso respeto por el Cardenal, y entonces se vió que la raíz salía del corazón de Blanca, como si de él hubiera germinado.

El cadáver y la gentil azucena fueron transportados á Zahara con gran pompa, y el prelado, al dar cuenta á la Reina Isabel de los detalles y hechos que hemos descrito, y cuya historia habia recogido de labios de un esclavo, dijo:

—Blanca Arias, hermosa azucena del jar-

din cristiano, tenia su raíz en el cielo, donde su CASTIDAD ha recibido el premio que merecia: vea V. A., Señora, por qué su divino esposo ha querido que de aquel corazón puro y sin mancha brotara LA AZUCENA MISTERIOSA.



CUARTO VICIO.

La agitacion violenta de las pasiones, especialmente del orgullo, la vanidad y la soberbia, hacen sentir al hombre otra pasion que, coartando su inteligencia y amortiguando todas las potencias de su alma, le hace su esclavo, embriagándole con el placer de la venganza.

Esta pasion es la constante lucha del hombre con todo cuanto le rodea y se opone á la satisfaccion de su voluntad ó sus caprichos; el despotismo que vive de la fuerza y se alimenta de la sangre; la injusticia que tantas veces armó la mano de Saul contra el pacífico David; la fuerza impulsiva que agita el brazo de la discordia, y el rencor que eleva los ojos en son de amenaza al cielo que le cubre y al Dios que en él suspende una inmensidad de mundos enormes con solo su Divina voluntad.

Sentimiento que hace al hombre sufrir anticipadamente el martirio de su condenacion y trocar su vida en un mar de sinsabores; que arrebatada al corazon esa dulce paz que hace al hombre hermano del hombre y enlaza voluntad con voluntad, á semejanza del engranaje de un reloj; que antepone la propia estimacion á la concordia de la humanidad, y sólo vé por los ojos del egoismo, LA IRA se presenta como enemiga del alma á quien domina.

¿Qué es *la ira*? El apetito ó deseo de *injusta venganza*. Con la definicion de este vicio, nos debe bastar para comprender sus perniciosos efectos. Enciérrese en ella la síntesis de su misma naturaleza, se compendian sus móviles, y se reasume en un adjetivo toda su malicia.

Es el *deseo de venganza*, deseo prohibido por Dios que, como suma justicia, no quiere que el hombre usurpe sus atribuciones; pero hay más, y es, que este deseo de venganza, no lleva en sí la idea de la legalidad humana: el *injusto* nos hace ver una doble maldad. ¡Injusta! ¿Luego el iracundo no mira en su pasion las circunstancias del hecho que quiere vengar? ¿Luego sabe que obra mal vengándose, y agrava su delito con una injusticia? Ved aquí el delito enjendrando al

crimen: la cadena del *deseo injusto* juntando eslabon con eslabon y convirtiéndose insensiblemente en cadena del presidio.

¿Qué falta, pues, para que adorne la cintura del penado? Un primer acto; un arrebatado de ira que empuje al hombre en la pendiente.

Contra este inmoderado é injusto deseo, existe una hermosa virtud: LA PACIENCIA. ¿Qué es *la paciencia*? El sufrimiento y conformidad del hombre con sus infortunios, penas ó dolores.

¿Qué grandeza revela su misma definicion! Es la voluntad humana, doblegándose ante la divina voluntad; es la pequeñez del hombre, reconociendo la superioridad de Dios; es la aceptacion del sufrimiento en una vida corta y miserable, para adquirir el derecho de gozar en otra vida inmensa y llena de grandiosa majestad.

Por esta virtud, el hombre prueba su valor, no contra el hombre á quien puede vencer, sino contra la invencible adversidad: su triunfo no tiene por altares la sangre y el exterminio, sino el olivo de la paz; no va acompañado de la estruendosa alegría de fiestas populares, pero sí coronado por la satisfaccion del alma. Es el héroe de los héroes, el triunfador de lo insuperable.

La sociedad se burlará alguna vez de él, si por sociedad entendemos la mísera agrupación de aquellos que solo comprenden la satisfacción de sus pasiones; pero si por esta sociedad significamos la reunión de hombres honrados, de espíritus pensadores que conceden más á las aspiraciones del alma que á la materia, hará justicia á su paciencia y admirará sus triunfos envidiables.

IRA.

El criollo Luis.

I.

Los funestos arrebatos de la *ira*, conducen al hombre muchas veces á su perdición por los motivos más fútiles, y cuando más lejos se cree de ella.

Luis Herrera, era un *criollo* (1) que había contraído en la Isla de Cuba el hábito de

(1) Americano de nacimiento aunque de padres españoles.

hacerse obedecer ciegamente de sus esclavos, á quienes castigaba sin cesar, creyendo que la diferencia de color suponía diferencia de especies, y que por tanto, los negros no eran hombres como los demás: hé aquí porqué, al empezar la guerra *separatista*, el joven Herrera, que se encontraba dueño de una inmensa fortuna, se habia visto precisado á malvender sus *ingenios* ó *haciendas* y trasladarse á España, huyendo de su *negra* *ta* que se habia hecho *cimarrona* (1). Solo uno de sus esclavos le permanecía fiel y le acompañaba en la emigracion: José, negro de raza africana, aunque nacido en la casa, habia crecido con *niño Luis* como él llamaba á su amo, y el continuo roce de sus juegos infantiles, habia hecho nacer en el corazon del esclavo un entusiasta cariño por el hijo de sus amos. Luis tambien sentia afecto por el negro, pero no tanto que le impidiera tomarle por objetivo de sus iras al menor disgusto, ó la más leve falta.

—Amo Luis,—decia José cuando reflexionaba sobre estas diferencias de carácter,—es *banco* y no quiere amistad con *niño negro*: *pasiensia* y *cayá*, ¡*po que si no.....!*

Y haciendo ademán de sacudir un látigo,

(1) Que habia huido á la *manigua* ó bosque.

reia con inocencia, dejando brillar sobre el negro mate de su rostro, la blancura de sus hermosos dientes.

Frecuentemente la espalda del pobre José pagaba culpas ajenas, si Luis regresaba mal humorado á su casa; pero el fiel esclavo, libre ya desde el momento en que pisara la noble tierra española, no queria quejarse para no comprometer á su amo: ántes por el contrario, cuando el látigo azotaba su espalda, temeroso de que los vecinos se apercibieran, salia riendo á la escalera y decia:

—Niño Luis es bueno, bueno: juega con *pobe nego* al esconder y á los *cabayitos* y toca el látigo... ¡já... já... já! ¡Qué bueno amo Luis, qué bueno!

De esta manera pretendia hacer creer á los vecinos que era un puro juego el ruido de los latigazos, é iba despues á encerrarse en su cuarto para dar rienda suelta al llanto que amargaba su alma.

Una tarde, despues de la siesta, Luis llamó al esclavo y le dijo:

—Quita de enmedio ese servicio de the, arregla estos muebles, y vete al Teatro Real á comprarme una butaca para la funcion de esta noche.

José empezó á desembarazar la mesa de los objetos que le habia mandado quitar su

amo, y mientras colocaba en su sitio las desordenadas sillas, murmuraba:

—¡Miren el niño!... *Teato Deal... butaca...* ¡qué bueno será esto, si viera *pobe nego!*... ¡qué bueno!...

—¿Qué murmuras ahí, animal?—exclamó Luis.

—¡Ay! nada, señó: *Teato Deal*, cosa buena que ver nada más. ¡*Nego* no vá *teato*!

—Donde vas á ir á escape, es donde te he mandado, y listo aquí. ¿Oyes? Es la una y media—prosiguió Luis, mirando á un rico reloj de sobremesa,—y ya estará el despacho abierto: con que *vira en redondo* (1) y largo.

El negro tomó el dinero que le alargaba su amo, y salió corriendo de la habitación: media hora despues estaba de vuelta y entregaba á su amo la localidad pedida.

—Vamos, bergante,—exclamó Luis;—has empleado una hora para este viaje.

—Una hora no, niño Luis; la *mitá* de una hora.

—¡Siempre contradiciéndome!—murmuró Luis con ira.

—¡Son *la dos*, *la dos*, *caramba!* *Niño nego* vé reló: contestaba riendo José, y creyendo que su broma desarmaría á Luis.

(1) Voz de mando en marina, que significa dar una vuelta el buque.

—¡Pues lo vas á ver mejor!—dijo su amo dando libre curso á la ira.

Y levantándose de la mecedora y soltando sobre la mesa el periódico que leía, tomó el reloj con ambas manos y lo arrojó á la cabeza del negro, que cayó de espalda exhalingo un grito y cubierto de sangre. Otro ménos inhumano que Luis, hasta se hubiera arrepentido de su accion; pero el criollo, una vez dominado por la ira, no era capaz de reflexionar, y tomando el látigo, empezó á descargar sobre su víctima furiosos golpes, y á herirle más y más con el tacon de su bota, mientras gritaba:

—¡Perro! Yo te enseñaré á obedecerme como debes y á creer lo que yo diga.

—¡Máteme, niño, máteme!—exclamaba José en voz baja: máteme si quiere, pero no grite, que gente *banca* oye y cuenta luego.

Pero Luis nada oía, y sólo cuando se encontró fatigado del esfuerzo, dejó de golpear al infeliz esclavo, que yacía sin movimiento á sus piés. Entonces, notando que el negro estaba desmayado, tomó su abrigo y su sombrero, y salió murmurando:

—¡Eh! ¡Qué diablo! Estos negros tienen carne de perro: ya se curará si quiere, y si no..... ¡uno ménos!

Apenas habia salido Luis, dejóse oír un

gruñido lastimero, y en la puerta del gabinete apareció un hermoso perro de Terranova que, moviendo la cola con ademán de interés, se acercó á José y empezó á lamer sus heridas. El negro abrió sus grandes ojos, y rompiendo en copioso llanto, exclamó acariciando la cabeza del animal:

— ¡*Pobe* Milord! Tú solo me quieres, tú eres amigo de *pobe nego*: tú *ser nego* también y castigado de *niño Luis*. *Massa* (1) *ser* malo, malo con amigos suyos..... Perro Milord leal, y *querer* á José.

Y sentado en el suelo, besaba la cabeza de Milord, que gruñía de satisfacción, mientras José lloraba la ingratitud de su amo.

II.

El carácter de Luis hacíase cada día más irascible: sus amigos le abandonaban por esta causa; enamorado de una jóven bellísima y de grandes cualidades, perdió su cariño en una de esas reyertas á que tan frecuentemente daba márgen su genio violento; y so-

(1) Lo mismo que *amo*.

lo, sin afecciones de ningún género, su vida era un continuo martirio, cuyos sufrimientos hacían más dura la esclavitud del honrado José. Buscando los placeres que la sociedad le negaba, vertió el oro á manos llenas sobre el tapete de las casas de juego, y bien pronto abrió en su bolsa un déficit que ningún sacrificio bastaba á llenar. Esto, que hubiera inducido á otro á reflexionar, excitó más la ira de Luis y aumentó la desdichada pasión que desde niño sentía.

Un día salió á paseo por los alrededores del canal de Isabel II: su fiel Milord le acompañaba corriendo delante de él, y quedándose atrás cuando notaba que sus alegres ladridos y continuas caricias no lograban arrancar una sonrisa al rostro de su amo. El animalito, temiendo excitar su ira, tomó distancia y empezó á correr por la pradera, trazando círculos y ladrando como acostumbra los perros cuando juegan. Luis se había sentado sobre una piedra, y allí permanecía mudo y pensativo, siguiendo con la vista los movimientos de Milord, si bien su imaginación estaba muy lejos del sitio en que se hallaba. Un caballero y una señora se acercaron á ver las maniobras del hermoso animal, que ya se tendía en el suelo con el cuerpo pegado á la yerba, ya dando un gran

salto se precipitaba en veloz carrera prosiguiendo su juego.

—¡Qué animal tan lindo!—decía la señora;—¡qué fuerza debe tener para dar esos saltos y proseguir las vueltas tanto tiempo!

Y Milord, como si adivinase que aquellas palabras eran pronunciadas en alabanza suya, redoblaba su velocidad y sus giros, ladrando con alegría. En una de estas vueltas pasó cerca de Luis, y sin duda en el esfuerzo que hizo para saltar, removió un poco de arena, cuyos granos, lanzados en alto por la violencia de la sacudida, vinieron á caer en menuda lluvia sobre la ropa y el sombrero de su amo.

Este se levantó, pronunciando una terrible blasfemia, y, lívido de ira, esperó que Milord pasara ante él; le llamó, y empezó á golpearle con su baston.

—¡Pobrecito!—exclamó la señora:—¡délolo V., caballero, hágame ese favor! No ha hecho mal á nadie: ¿por qué le castiga V. así?

—¿Y á V. qué le importa?—contestó Luis, sin reflexionar que faltaba á su buena educacion:—¿me mezelo yo en sus asuntos? El perro es mio, y estoy en el derecho de castigarle.

—Tambien tiene V. el deber,—contestó el



caballero,—de no faltar á las consideraciones que una señora se merece, contestando un ruego suyo con duras palabras.

—Caballero,—dijo Luis, ardiendo en ira; —no acostumbro á recibir lecciones de nadie, y ménos de un advenedizo; pero ya que usted se empeña en tomar parte en esta cuestion, lo celebro, porque así podré desahogarme de la impertinencia de esa..... ¡mujer!

Y sin mediar más palabras, se lanzó sobre el caballero, y le cruzó el rostro con el baston. El agredido, loco de dolor, contestó la agresion con otra, sin cuidarse de los gritos de su compañera que pedia socorro; y entonces Luis, dominado por la pasion, echó mano al bolsillo de su levita, sacó un revolver, y apuntó al pecho del desconocido. Sonó la explosion: una mancha roja cubrió instantáneamente la pechera de camisa del caballero, y su cuerpo se desplomó en tierra sin haber podido pronunciar siquiera una palabra. La pareja de Guardia civil que allí prestaba su servicio, y que llegaba ya tarde para impedir un crimen, intimó á Luis la rendicion; pero el criollo les hizo frente, y un nuevo proyectil hirió á un guardia en el antebrazo. El agresor continuó disparando hasta que consumió la carga del arma, que

arrojó con furor al suelo, y cuando se vió preso por el otro guardia y por los curiosos que se habian acercado al estruendo de los tiros, empezó á comprender lo triste de su situacion.

Muerto de vergüenza paseó las calles que conducian al juzgado de guardia, seguido de una multitud que le amenazaba y pedia su muerte: solo un amigo encontró en tan suprema ocasion, y este era Milord que, triste y con la cabeza baja, le seguia, olvidando los golpes que momentos antes habia recibido. En el juzgado se le mostró el cadáver de su víctima, le reconoció como agresor el guardia herido y los curiosos que le seguian, y Luis fué conducido *al Saladero* (1).

Siguióse la causa. El desdichado José no comió, ni durmió, ni descansó un momento mientras se sustanciaba el proceso: apeló á todos los medios imaginables por sacar á *niño Luis* de aquel compromiso; pero el delito era gravísimo y la pena terrible. La causa terminó pidiéndose para el reo la pena de muerte en garrote en primera y segunda instancia, como autor de *homicidio, de atentado á la autoridad, y heridas graves á uno de sus agentes en la persecucion del delito.*

(1) Cárcel nacional de Madrid.

El Código penal estaba terminante, y por otra parte, la Direccion general de la Guardia civil tuvo la triste necesidad de certificar que á consecuencia de la herida recibida por el guardia, habian tenido los facultativos que proceder á la amputacion del brazo, quedando inútil este individuo para el trabajo.

Levantóse el cadalso, y Luis se vió ofrecido en espectáculo á los ojos de un pueblo que ha llegado á mirár este acto con curiosa indiferencia. Solo el pobre José le acompañaba, si bien no pudiendo subir al tablado, se acomodó en primera fila: desde allí le dijo llorando al pasar:

—¡Adios, *niño Luis!* ¡Acuérdese su *mersé* del *pobe negro* que le acompañará pronto á la tumba, *pogue* no puede vivir sin su amo!

Luis se volvió hácia su fiel esclavo, y dos lágrimas silenciosas surcaron su mejilla: subió al cadalso, y dirigiéndose al pueblo, dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Dos palabras! Pido perdon de mis crímenes á la sociedad que tan justamente me castiga: á las familias de mis víctimas, y á vosotros que me oís, recomendándoos que huyais del enemigo que más daño puede haceros: ¡LA IRA!

Momentos despues, entregaba su alma al

Criador, y un grupo de gente rodeaba al negro José que había caído desmayado.

CÓNTRA IRA, PACIENCIA.

El tío Paciencia.

I.

La Huerta de Murcia es uno de esos vergeles que presenta el privilegiado suelo del Mediodía, de los cuales decían los árabes que eran copia de los jardines descritos por su profeta en el Korán (1).

Sobre la deliciosa vega, regada por numerosas acequias que conducen al más apartado rincón el fecundante limo de los ríos Mundo y Segura, dibujan el variado matiz de sus verdes los pantanosos *arrozales*, cer-

(1) Libro sagrado de los que siguen la religión de Mahoma.

cados de vallas formadas por almendros y granados que, con la variedad de sus flores blancas y rojas, hacen del conjunto una inmensa esmeralda encerrada en un marco de perlas y corales. La erguida palmera sacude la cabellera de su copa sobre el apiñado bosque de naranjos, limoneros y *ponciles* que embalsaman el ambiente con su dulce perfume, y el aristocrático geranio abre el cáliz de sus flores entre las esbeltas varetas del rojo clavel, al beso del aura que se filtra á través del apiñado ramaje de florida adelfa que borda la ribera de ambos rios. La parra ofrece, al par que sombra, el sabroso fruto de que sus sarmientos están cargados, y hace de marco á la puerta de las blancas casitas ó *barracas* que sirven de habitacion al colono ó *huertano*, como en el país se le llama, mientras una cerca de robustos nópales corre en derredor de su perímetro, como si quisiera cerrar el paso al curioso paseante.

Como figura principal de cuadro tan bello, aparece el colono, cubierta su cabeza con la tradicional *monterilla* de terciopelo, y dejando ver el blanco mate de su *saragüell* entre el verde follaje de la huerta; ó la agraciada *nena* (1) que, con su pintoresco traje,

(1) Cariñoso nombre con que en Murcia se designa á las solteras

su trigueño color, sus rasgados ojos y negro cabello, parece una Virgen de Murillo entretenida en revolver de flor en flor como pintada y ligera mariposa. Todo este armonioso conjunto, encerrado en un anfiteatro de montañas cónicas y estériles que á primera vista acusan su origen volcánico, es lo que en España se llama *Huerta de Murcia*.

En el centro de ella, y colindante con la márgen izquierda del Segura, se veía en 1868 una magnífica posesion esmeradamente cultivada, á la que los colonos llamaban «La Esperanza» y que era propiedad del Sr. Pepe Rodriguez, más comunmente conocido por el apodo de «el tio Paciencia,» debido á la gran suma que de dicha virtud poseía. Efectivamente: nada era capaz de alterar la tranquilidad de alma de Rodriguez, que, buen cristiano además, comprendia que la ira solo malos frutos produce. Si la cosecha era escasa y no alcanzaba á cubrir los gastos, solia exclamar:

—¡Paciencia! Lo que Dios hace bien hecho está: Dios aprieta, pero no ahoga.

Si la flor de sus árboles se marchitaba por prematuros calores, ó caía á impulsos del viento abrasador del Mediodía, perdiéndose, por consiguiente, el fruto, Rodriguez se contentaba con decir:

—¡Paciencia! ¿Qué le hemos de hacer? Lo que habíamos de ganar con la fruta, ya veremos de obtenerlo en otra cosa. A bien que aún nos queda nuestra amiga la palmera, y haciendo cestos y escobas de la *hoja muerta*, podemos mandarlos á Castilla y sacar el jornalito. Dios nos dá salud, y si nos quita lo que es suyo..... ¡paciencia!

Y la constante repetición de esta palabra habia valido al Sr. José el apodo con que en el país se le conocia y que jamás llegó á herir su amor propio.

El honrado colono era muy propenso á prestar favores, ya de índole puramente amistosa, ya en el campo de la política, si bien en este creia de buena fé que hacia un bien á su país protegiendo con especial empeño, y gracias á su crecida influencia, la candidatura de cierto diputado que, merced á su intachable conducta, á su talento y á su celo por sus representados, se habia creado grandes simpatías en el distrito. Teresa, la esposa de Rodriguez, no miraba con igual entusiasmo los afanes políticos de su marido, y más de una vez le reprendia por ello; pero el buen hombre se contentaba con decirle:

—¿Qué sabes tu de eso, mujer? Cuidate de tus labores y de Marieta, y déjame que tenga mi opinion como todo el mundo.

Marieta era su única hija; una *nena* de diez y ocho años, alta, esbelta, morena, con unos ojos que á cien leguas acusaban su procedencia árabe, una boquita como una flor de granado, un piececito inverosímil, y un genio como un angel. La *nena* era el orgullo de sus ancianos padres, porque cuando se ponía su justillo de *lentejuelas* y su vestido de fiesta, no la habia más hermosa en toda la *huerta*; y cuando iba á Murcia, los amigos de Rodriguez, entre los cuales habia algunos que disfrutaban gran posicion, no la dejaban volver sin tenerla en sus casas ocho días: es verdad que el talento de Marieta y la educacion que sus queridos padres la habian enseñado, no daban motivo más que para quererla.

No se la oía una palabra inoportuna, ni un desco extemporáneo, ni una frase que no revistiese la modestia: sentada á la mesa, manejaba el cubierto con tal soltura, y comia con tal delicadeza, que más se la hubiese creído una dama disfrazada, que una pobre aldeana de la *huerta*; y nadie, finalmente, como Marieta, sabia cantar con tanto *sentimiento* una *murciana* ó un *jaleo*, que ella misma se acompañaba en la guitarra. El orgullo de sus padres era, pues, justísimo, y digno de ser tolerado: los viejos, felices

cuanto su situacion y sus cortas aspiraciones les permitian, empezaron á ser envidiados por los *huertanos*.

Un dia el Sr. Pepe se vió citado ante un tribunal por un vecino de huerta, que le disputaba el mejor derecho sobre la posesion de un terreno que acababa de comprar; y por más que el honrado colono quiso transigir la cuestion, se vió enredado en un pleito cuya tramitacion habia de ser larga y costosa.

Este incidente cayó como una bomba sobre la modesta familia, y los gastos, unidos con los disgustos, aceleraron la muerte de la pobre Teresa, cuya salud estaba minada por una lenta enfermedad.

Marieta lloró su pérdida de una manera inconsolable; el dolor la hizo temer por su razon, la desesperó, y los dias y las noches eran sus ojos un continuo raudal de llanto: su pobre padre procuraba consolarla en su afliccion, rodeándola de atenciones y cariño, y diciéndole cuando su propio dolor se lo permitia:

— ¡Vamos, hija, ten paciencia! ¡Cómo ha de ser! Si Dios nos ha enviado estas pruebas, ¡hágase su voluntad! Muy justo es que llores á tu madre..... ¡yo tambien la lloro con lágrimas de fuego! pero vas á caer en

ferma, *nena* mia, y entónces.... ¿que vá á ser de mí?

Y la pobre Marieta, arrojándose al cuello de su padre, ahogaba su dolor con besos dulcísimos, y secaba las silenciosas lágrimas del anciano con la púrpura de sus labios.

En tanto el pleito seguía devorando las utilidades que la huerta daba á Rodriguez: un edicto del juzgado dispuso el embargo de la cosecha, y los infelices colonos vieron aparecer ante sus ojos el pavoroso fantasma del hambre. En vano el Sr. Pepe acudió á sus amigos de Murcia, porque en la desgracia no hay amigos, y cada cual inventó un pretexto para negarle su auxilio: solo aquel amigo ex-diputado se le mostró propicio; pero..... ¡no era ministerial, y sus esfuerzos se ahogaron bajo las influencias oficiales! Su modesta posición tampoco le permitía otro género de sacrificios, y, profundamente conmovido, manifestó al labrador el mal éxito de sus gestiones.

—¡Cómo ha de ser! ¡paciencia!—decía José regresando á la huerta:—Dios quiere probar mi alma en el sufrimiento. ¡Bendito sea Dios!

Su modesto bienestar empezó á trocarse en miseria, y los colonos vecinos, haciendo causa común con la desgracia que le perse-

guia, si no se alegraban de su mal, decian por lo ménos con escasa caridad:

—Él se tiene la culpa de lo que le sucede. Más valía que cuidara de sus asuntos y no estuviese diciendo siempre ¡*paciencia!* ¡*paciencia!*!

José sabia todo esto, porque nunca falta quien diga lo que oye, pero callaba y sufría, contentándose con apropiarse á su situacion aquel cantar popular que dice:

«Yo soy como aquella piedra
que está enmedio de la calle,
y á quien todo el mundo pisa
sin que ella se queje á nadie.»

II.

En esta situacion, y faltando cada vez más recursos á la infortunada familia, pasaron los años hasta que llegó un dia de terrible desolacion para la huerta.

Nubes preñadas de electricidad mancharon el limpio azul de su horizonte, y las sombras de la noche, rasgando sus vaporosos senos, vertieron sobre las cumbres de Sierra-Segura torrentes inmensos de agua,

que se despeñaron de la sierra engrosando el caudal de los rios durante veinticuatro horas. ¿Quién no recuerda, ó mejor dicho, quién no recordará mientras viva la horrosa inundacion de Murcia el año 1879? La historia la trasmitirá á las generaciones escrita con lágrimas de la pátria y orlada de la generosidad de las naciones.

El Mundo y el Segura desbordados, convirtieron el valle en un inmenso océano alumbrado por la sulfúrea luz del rayo, y á cuyas rugientes oleadas contestaba la potente voz del trueno. Muebles, restos de *barra-cas*, árboles desarraigados, cadáveres flotando en las olas, gritos de agonía..... ¡todo aparecia y desaparecia al brillo de las chispas eléctricas y entre el fragor de la horrible tempestad!

«La Esperanza,» la hermosa huerta de Rodriguez, ha desaparecido entre las turbias olas, y solo las palmeras, bruscamente movidas por la corriente, oscilan en sus raíces amenazando á cada momento ceder á la fuerza que las combate. Al pié de una de ellas, acaballado en un madero y sosteniendo entre sus brazos un bulto blanco, se ve un hombre que con lastimera voz grita «¡socorro!» Es el Sr. Pepe, que procura salvarse y salvar á su querida Marieta, haciendo he-

róicos esfuerzos por dominar la corriente y ascender á la copa de las palmeras. Desgraciadamente el madero que aprisiona entre sus piernas empieza á *derivar* en direccion opuesta, y el buen padre se ve perdido: en tan crítica situacion, hace un supremo esfuerzo, ata con su faja el cuerpo de Marieta sujetándole á su espalda, se pone en pié y abrazando el tronco de una palmera, empieza su ascension lenta, penosa, difícil.....

Los relámpagos se negaron á alumbrar esta escena de suprema angustia, y cuando la luz vino á disipar la negra envoltura de la noche, se vió al desgraciado Rodriguez aún acaballado en el tronco sosteniendo con febril ansiedad el inanimado cuerpo de su hija. Una lancha, impulsada por cuatro vigorosos remeros, se acercó al grupo de palmeras, y atracando en ellas, expidió dos hombres de su tripulacion en auxilio de los náufragos: poco despues la débil embarcacion los recibia en su cala; Marieta, semi-desnuda, era abrigada con la manta que generosamente le diera uno de los remeros, y Rodriguez rezaba en silencio dando gracias á Dios por haberles conservado la vida.

Cuando las aguas descendieron, se vió la huerta de «La Esperanza» totalmente destruida: no quedaba un solo árbol en pié ni

casi tierra vegetal en ella, y un monton de ruinas señalaba el sitio donde estuvo la *barraca*, techo tan querido de Marieta, bajo cuya sombra tanto habia sufrido y gozado.

—¡Paciencia!—decia el infortunado Rodríguez cuando dias despues referia sus desgracias á la Junta de Socorros.—Dios me lo dió y Dios me lo ha quitado: ¡Él me dará medios para que alimente á mi hija! Quien cuida de los pájaros y de las hormigas, no dejará perecer de hambre á sus criaturas.

La resignacion de José conmovió á los circunstantes, y un respetable sacerdote que formaba parte de la Junta, asombrado de la virtud del colono, exclamó:

—¡Dichoso tú, hijo mio, que de tal modo acatas los decretos inexcrutables del Señor! ¡Confía y espera en su bondad y justicia, porque el don que más acerca al hombre á su Dios, es la paciencia!

Rodríguez poseia esta virtud en alto grado, y hubiera vivido de la caridad pública si aquel amigo ex-diputado que tanto le queria, no le hubiera sentado á su mesa y vestido á su Marieta. La Europa, el mundo entero se apresuró á mostrar su generosidad con estos desgraciados, y efecto de la suscripcion y limosnas recibidas, empezó la inmediata reconstruccion de algunas *barracas*,

entre ellas la del Sr. Pepe Rodriguez, que de este modo volvió á tener un albergue donde poder recogerse con su hija.

Esta recibió dos meses despues por el correo, y bajo sobre certificado, un voluminoso pliego que contenia diez billetes del Banco de España de mil pesetas cada uno, y una carta concebida en estos términos:

«Señorita María Rodriguez:

»Una señora que ha tenido el placer de conocer á V., y el sentimiento de oír referir sus desgracias; que ha admirado como se merece la heróica resignacion de su señor padre, ruega á Vds. acepten los dos mil duros adjuntos, como premio que á LA PACIENCIA tributa—*La caridad.*»

El Sr. Pepe Rodriguez ha podido volver á cultivar su huerta, mejorándola considerablemente, y aún suele decir á su *nena*:

—Ya ves cuánto concede la mano de Dios al que temiéndole y acatando su ley, recibe sus desgracias con resignacion, por más que algunos le llamen por mofa EL TIO PACIENCIA.



QUINTO VICIO.

Los sentidos perjudican muchas veces al hombre cuando de ellos abusa, y le hacen tomar sus pasajeras delicias como goces eternos y dulcísimos en los cuales la fantasía le hace ver el ideal de su felicidad.

El grosero contentamiento de la materia embrutece al hombre que, dado al deleite de la carne, hace de su vientre el Dios á quien más devotamente rinde culto, suponiendo que el gusto de sabrosos manjares es la única dicha real que en la tierra existe. Comer lo mejor que se conoce, y sobre todo mucho; pasar horas y horas, la vida entera, si posible fuese, sentado á la mesa y entre las emanaciones del condimento ó el alcohol de los vinos; gozar con toda la variedad posible de platos, y despues narcotizado por la digestion, dormir el sueño del puerco: esta es la suprema dicha del que se halla dominado por LA GULA.

Y ¿qué es la gula? Apetito desordenado de comer y de beber. Como apetito, vemos que la gula es censurable, y como desordenado, es digno de castigo en la divina justicia.

El guloso, ó goloso, como vulgarmente se le llama, no es capaz de sentimiento alguno que no sea la satisfaccion de su vicio: mientras él tenga manjares succulentos en su despensa y cocineros inteligentes, no le importa un bledo que la humanidad perezca de hambre. Cuanto tenga lo invertirá en su placer favorito y aún le parecerá poco; el que carezca de pan, que no se acerque á su puerta á mendigarle, porque el goloso es completamente sordo á los gemidos del pobre, y no se ocupa más que en hozcar en el cieno del placer inmundo, como el cerdo, que es su representacion genuina.

El castigo no se hace esperar para la otra vida, sino que, muchas veces, casi la mayor parte de ellas, empieza en el mundo para proseguir en la eternidad. Las fuerzas gástricas, excitadas de continuo por el constante uso de la digestion, se debilitan y destruyen acaso demasiado pronto, dando lugar á dispepsia, fiebres gástricas, ulceraciones en el estómago, y otras mil enfermedades que destruyen el organismo, ocasionando la

muerte del individuo en medio de los más crueles dolores.

La sociedad mira con repugnancia al goloso, porque, como nada concede á los goces de la inteligencia y todo lo refiere á su vientre, sólo desdeñando inspira al hombre pensador y aficionado al saber. Puesto que *vive para comer* y no se contenta con *comer para vivir*, la sociedad le desprecia y le deja ennegarse en el placer grosero de su paladar, y en el sueño letárgico de la digestion.

Contra ese vicio repugnante, se alza una virtud que sostiene la naturaleza y procura una longevidad notable: LA TEMPLANZA.

Y ¿que es la *templanza*? Una virtud que modera los apetitos y deseos de los sentidos sujetándolos á la razon y posponiéndolos al goce intelectual.

La templanza, ó *sobriedad*, sobre ser una virtud *cardinal*, y con este adjetivo podemos comprender su importancia, es una virtud *cívica* ó propia del buen ciudadano, que dá valor y energía al cuerpo, luz á la inteligencia y respeto y consideracion en la sociedad al que la practica. Los *germanos* dominaron al mundo, porque Roma, su metrópoli, habia caído en la gula: la armadura de hierro, cuyo peso colosal nos asusta hoy, era llevada por nuestros antepasados con la

misma soltura que hoy llevamos nuestros ligeros vestidos de tela. Y ¿por qué? Porque su sobriedad les conservaba fuertes y vigorosos: este es el secreto de la Edad Media.

GULA.

La invernada en el polo.

I.

Si los vicios todos producen el efecto contrario al que el vicioso desea, ninguno es de tan pronto y funestos resultados como el de la gula, puesto que no solo mata el alma, sino que destruye el cuerpo. Frecuentemente el que adolece de este vicio, cierra sus oídos á las súplicas del pobre, faltando á la misericordia que Dios nos manda tener con el desgraciado: se hace avaro, porque todos los tesoros del mundo le parecen poco para satisfacer su innoble pasión; contrae el vicio de la embriaguez, porque es una de las ramificaciones de la gula, y merma su salud por el abuso de la comida y los licores.

Ricardo habia contraído desde muy niño tan funesta pasión: aficionado en extremo á las golosinas, pronto empezó á tocar los resultados de su gula, sufriendo un continuo dolor en la boca, que casi le duraba meses enteros. Inútilmente sus padres procuraban corregirle este defecto por cuantos medios estaban á su alcance: los amigos de la casa que encontraban gracia sin fin en el carácter resuelto del niño, le obsequiaban ocultamente con todo género de dulces, y aumentaban más y más la afección que Ricardo sentia por esta clase de comida.

Los padres pensaron, muy cuerdamente, separar á su hijo del contacto de tales amigos; y deseando corregirle con la abstinencia de dulces y la sobriedad de la comida, dijeron:

—Mandémosle al comercio, que al fin es un medio honroso de procurarse la subsistencia, y así no tendrá más comida que la que sus amos le den, con lo cual conseguiremos dos cosas: separarle de su tenaz afición, y ponerle en camino de que otro día pueda adquirirse un modesto bienestar.

Y así lo hicieron, acomodándole en un comercio de quincalla de la ciudad de Valencia.

Ricardo sufrió mucho los primeros días,

careciendo de lo que tanto le agradaba; pero al fin, como el hombre se acostumbra á todo, llegó á encontrar muy natural lo que antes miraba como una desgracia. Así pasaron algunos años: la salud del futuro comerciante se robustecía, y la alegría de sus padres no conocia límites, cada vez más satisfechos de la reforma de costumbres de su hijo. El dueño del comercio les escribía continuamente, mostrándose muy satisfecho de su dependiente, á quien solo un defecto encontraba, y era comer muy deprisa y con ansia los manjares que se le servían; pero todo lo encontraba tolerable en él, porque su talento, diligencia y aplicacion, le colocaban á la altura de un verdadero comerciante, augurándole un buen cálculo y una posicion brillante para el porvenir.

Paulatinamente fué ascendiendo en sueldo y categoría, y á la muerte de sus padres encontróse consocio de su principal y dueño de una fortuna que, si bien no era grande, le rendia lo suficiente para no distraer sus ganancias del fondo de sociedad, con lo cual iba aumentando su capital, de manera que muy pronto le fué dable *establecerse por su cuenta* y montar un comercio de *peletería*. Hábil, cuando afortunado en sus negocios, al cabo de algunos años habíase hecho arma-

dor (1), y tres ó cuatro fragatas de su propiedad recorrían los mares polares en busca del *género* á cuya expencion se dedicaba; pero en esta apacible dicha, Ricardo no era feliz mas que á medias. Habia vuelto á recaer en su antiguo vicio, y los placeres de la mesa mermaban su salud y su capital de una manera notable.

Sus comidas, más que la satisfacción de una exigencia natural, eran siempre un costosísimo banquete. Los manjares más gratos del mundo, traídos á peso de oro de países lejanos, y los vinos más caros de Europa se veían siempre sobre su mesa: Ricardo, no obstante, sentía cada vez ménos apetito, y se veía precisado á mezclar á sus platos favoritos, excitantes que, obrando enérgicamente sobre su paladar, le obligasen á estar en accion continua. Este sistema no podia ménos de dar sus resultados, y una *gastralgia* tenaz puso á Ricardo al borde del sepulcro; pues incapaz ya su estómago para digerir, é irritado con el abuso de los excitantes y licores, volvía los alimentos apenas habia empezado su descomposicion, lo cual exasperaba más y más el padecimiento.

Semejante estado es el *potro* del gloton,

(1) Dueño de uno ó más buques.

porque la mesa se convierte en su martirio debiendo ser su regalo. Ricardo estaba completamente aburrido: joven aún, pues no contaba cuarenta años, había envejecido de una manera rápida, y su color amarillento le hacía semejar a un cadáver. Comía sin pan, puesto que habiéndose acostumbrado a pasarse sin él, sustituyéndole con pasteles. cuando le probaba le encontraba insípido e indigesto: las legumbres tampoco le hacían provecho, por lo mismo que las había proscrito de su alimentación; y á tal extremo llegó su inapetencia y su enfermedad, que solo podía sustentarse con líquidos. En busca de su perdida salud, recorrió todos los establecimientos balnearios indicados para esta clase de enfermedades, desde el aristocrático Vichy hasta el modesto Puertollano, sin que en ninguno consiguiese la más leve mejoría.

Una tarde que paseaba con su médico por el Grao, se les acercó una pobre mujer llevando un niño á la espalda, y tendiéndoles la mano, exclamó:

—Buenos señores, ¡una limosna por amor de Dios!

Ricardo quedó inmóvil, mirando aquel grupo de la miseria, y echando mano al bolsillo, dió una peseta á la mendiga, que murmuró besándola:

— ¡Dios se lo pague, señorito, y dé á usted salud para hacer bien!

— ¿De dónde viene V., buena mujer?—preguntó el comerciante.

— De Castellon, señorito: he salido ayer mañana y.....

— ¿Va V. á pié?

— ¡Ay, si señor! Y gracias porque tengo salud para llevar á mi hijo á cuestas:—añadió la mendiga sonriendo.

— Mamá, ¡pan!—murmuró el niño.

— Toma,—dijo su madre,—y come poquito porque no vas á tener para luego.

Y le alargaba un pedazo de pan de maíz negro y duro, en el cual pugnaba el niño por clavar sus menudos dientes.

Ricardo lanzó un suspiro, y continuó su paseo, diciendo al doctor:

— ¡Qué feliz es esa criatura en medio de su miseria! La mitad ¿qué digo? toda mi fortuna daría yo por tener su apetito.

— Pues vea V. lo que es este mundo,—contestó el médico:—la pobre madre daría su vida por colocar á su hijo en la posición que V. está respecto á riquezas.

— ¡Ah! Entonces el niño no comería ese pan tan asqueroso.

— Pero comería pan comprado con su dinero y no pedido por caridad: yo le aseguro

á V. (y no por esto se ofenda) que no llegaría á contraer la enfermedad que V. padece, porque todo es debido al método.

Ricardo sintió clavarle en su alma esta punzante alusion, pero tuvo el buen criterio de sufrirla, añadiendo para variar la conversacion:

—¿No le parece á V. que me convendria viajar?

—Sí; sobre todo á un clima menos cálido.

—Pues en el primer buque mio que se haga á la vela para el Norte, tomo pasaje y me voy á Rusia. Desembarcaré en un puerto del Mar Blanco é iré á esperar en San Petersburgo el regreso de la expedicion que debe cargar pieles en la costa de Siberia.

Dos meses despues, la fragata *San Ricardo* soltaba el cañonazo de *leva*, y partia para el Norte, llevando á su bordo al rico armador.

II.

Un año hace que el buque salió del puerto de Valencia, y ni la menor noticia existe de su paradero: quién le supone viajando al capricho de su dueño; quién le cree dando la

vuelta al mundo en un viaje de recreo; quién, y desgraciadamente está en mayoría con la opinión, roto y deshecho por alguna tempestad en el Océano Atlántico. Ninguna de estas conjeturas es cierta, porque *la casa* averigua que la fragata ha tocado en algunos puertos de Europa, y que del último ha salido con direccion á los mares de Rusia.

Nosotros, sin embargo, podemos dar alguna noticia más: al acercarse á la entrada del mar Blanco, frente al Spitzberg, una *racha* de viento arrojó el buque hácia el Norte, internándole en el círculo polar, donde á pesar de los esfuerzos de su inteligente tripulacion, se vió precisado á invernar, cortada su retirada por *ice-bergs* ó montañas de hielo.

Nada existe tan imponente y magnífico como las regiones polares. Inmensas moles de agua congelada elevan sus brillantes siluetas, afectando formas fantásticas é indifinibles: ya son dislocados arcos de inmensas catedrales góticas; ya colosales agujas de brillante punta; ya prismas romboidales, truncados en su cúspide y semejando las ruinas de un anfiteatro; ora arcos completos y caprichosos, ora grutas estalactíticas que, descomponiendo la luz en su incomprensible cristalización, aparecen como palacios de

brillantes, mientras á su lado se elevan montañas y valles que semejan la tierra firme: todo esto, soportado sobre el mar por una inmensa capa de hielo cubierto por una alfombra de menuda nieve, y apareciendo bajo un cielo gris oscuro, en cuyo horizonte apenas se levanta el sol, es lo que, aunque mal descrito, constituye el invierno dentro del círculo polar.

El cielo jamás está despejado veinticuatro horas: la temperatura atmosférica, siempre bajo cero, continuamente refrescada por aires violentos, que, enfriados á su paso por los hielos, congelan hasta el vapor de la respiración y le hacen caer bajo la forma de nieve: los oblicuos rayos del sol, faltos de calor á través de aquella atmósfera completamente helada, se quiebran y refractan en la superficie de los hielos formando *halos* (1); una noche de cuatro meses, que empieza el 26 de Octubre y termina en Febrero, y una naturaleza muerta, representada por alguno que otro musgo en el reino vegetal, y por la *foca*, el *sorro azul* y el terrible *oso blanco* en el animal, nos dan motivo á juzgar de la

(1) Fenómeno óptico que hace ver la imagen del sol circuida de una faja luminosa en forma de arco, y reproducida en ella dos y aun cuatro veces.

terrible situación en que se encontraban los marinos del *San Ricardo*.

Arrojado el día 10 de Octubre más allá del 80° paralelo, enmedio de un crepúsculo incierto, puesto que el sol se pone por primera vez en aquellas latitudes el día 24 de Agosto; sin bastimentos para sufrir la *invernada* en un país donde no podían esperar socorro de ninguna parte; aprisionado el casco entre una armadura de potentes hielos y con una temperatura de 14 grados bajo cero, el capitán y tripulantes del buque no se hacían ilusiones sobre la suerte que les estaba reservada. Ricardo, sin embargo, entretenido con la vista de tantos y tan variados fenómenos, y confiando imprudentemente en la despena de la fragata y en su magnífico traje forrado de pieles, no hubiera conocido el peligro si el capitán no se lo advirtiese con ruda franqueza.

Su gastralgia había desaparecido casi por completo; pero ¡ay! que cuando él se creía curado, la enfermedad, dormida por aquella temperatura tan fría, despertó con más violencia: entonces le fué preciso guardar el lecho, y privado de toda alimentación líquida, empezó á sentir los horrores del hambre. En el momento que introducía en su boca algún alimento, las contracciones de su irri-

tado estómago le obligaban á expelerlo entre agudos dolores, y como si este martirio no fuese bastante, se veia forzado á presenciar el reparto de raciones á los marineros y el placer con que devoraban la parte que les correspondia.

Dos meses despues, la enfermedad de Ricardo cesó; pero..... ¡cuándo! ¡Cuando en la despensa no habia una migaja de galleta ni un sorbo de licor! Cuando para alimentarse la tripulacion tenia que comer zorro ó carne de foca; cuando no era posible subsistir á causa de la carencia de alimentos frescos, y el escorbuto, esa terrible enfermedad del polo, empezaba á manifestarse en los invernantes.

—¡Ay!—exclamaba Ricardo con suprema angustia:—¡Quién pudiera lograr aquel pedazo de pan negro que la mendiga del Grao daba á su hijo!

El que dominado por la gula surtia su mesa de los más caros manjares y con los más esquisitos vinos; el opulento comerciante que despreciaba en otros tiempos el blanco pan de hermoso trigo como cosa insípida, se veia obligado á envidiar el mendrugo de maiz que comia el mendigo. ¡Altos juicios de Dios, única justicia inmutable! Tendido en su lecho, comiendo alimentos salados, que no otra

cosa existia ya en el buque, y bebiendo nieve derretida, el moderno *Baltasar* veia escrito entre las majestuosas tintas de la *aurora boreal* (1) el anatéma que pesaba sobre él por haberse dejado dominar de la gula.

La situacion no podia prolongarse más sin intentar la salvacion: celebrado consejo, se decidió que el carpintero construyese un *trineo* (2) que arastrarian tres hombres de la tripulacion, y en el cual se embarcaria el *armador* y el *contramaestre*, encargándose este último de dirigir el rumbo de la expedicion. Así se hizo, y el dia 19 de Febrero, primero en que alumbraba la luz solar, se puso en marcha este que podríamos llamar *tren de socorro*, mientras el capitán quedaba en el *San Ricardo* cumpliendo con su deber, y vigilando por el resto de la tripulacion.

Pasó un mes y otro mes, y los expedicionarios no volvian de su viaje en busca de tierra firme ó de la costa. El dia 14 de Junio, un buque ballenero recogió al capitán y dos marineros, únicos que quedaban de la dotacion de la fragata, pues los demás habian

(1) Fenómeno luminoso formado por la refraccion de la luz en los hielos, que aparece en forma de una inmensa pluma de color de fuego sobre el cénit, y le llena de resplandores brillantes.

(2) Carro hecho para resbalar sobre la nieve, y ordinariamente arrastrado por perros ó renos.

muerto del escorbuto. En cuanto al *armador* y al *contramaestre*, con los tres marineros que salieron en el *trineo*, no se ha vuelto á tener noticia suya. Tal vez perecieron de hambre ó de frío en su arriesgada travesía de los hielos: ¡quizá el cuerpo de aquel esclavo de LA GULA, sirvió de espléndido festín al oso polar!!



CONTRA GULA, TEMPLANZA.

El cazador de gamos.

I.

Un método frugal y sóbrio en la alimentación, es señal cierta de longevidad en quien lo emplea, y acaso antídoto contra tantas y tan graves enfermedades como las producidas por el desarreglo gástrico: nada más fácil, pues, que gozar de la primera y evitar las segundas si nos acostumbremos á ello

desde la infancia, pues la sobriedad solo consiste en comer lo necesario para vivir, sin usar de supérfluos alimentos. No es raro ver individuos que pasan de los setenta años y aun de más edad, y, sin embargo, no recuerdan haber padecido enfermedad alguna, al ménos de carácter grave. Esta salud robusta, y pocas veces ó ninguna perturbada, no reconoce otra causa que la sobriedad.

Suiza, el país más encantador del globo, es donde parece que la naturaleza se ha excedido á sí misma en presentar todos los accidentes geológicos y toda su salvaje grandeza en el más pequeño territorio. Gozando de una temperatura suave y templada en sus valles, presenta en los agudos picos de los Alpes los caracteres esenciales al clima polar, puesto que algunas de sus montañas, como el Simplon, el Pequeño San Bernardo y el Monte Blanco, ostentan sus cimas cubiertas de nieves perpétuas, y el enrarecimiento del aire dificulta en gran manera la ascension del viajero que salva las dos terceras partes de su altura.

Estas montañas, formadas por bloques inmensos de piedra cubiertos de arcilla, están erizadas de rocas movibles arrancadas de su acantilado por los agentes atmosféricos, por las *avalanchas* ó terremotos de nieve, y aun

quizá por las convulsiones geológicas que, no obstante verificarse continuamente, pasan desapercibidas para el hombre. Los torrentes, por otra parte, descarnando la montaña y desnudándola del sudario de arena con que se halla cubierta, han abierto profundos álveos en sus costados y arrastrado grandes masas graníticas á enormes distancias, las cuales en su vertiginoso voltéo, han tronchado y destruido árboles seculares que hoy se encuentran aquí y allá desarraigados y adelantando el esqueleto de sus desnudas ramas hacia el abismo. Enormes grupos vegetales manchan á intervalos el paisaje, abrigando en su seno al esbelto gamo y preservándole de la voracidad del *Monge de los Alpes*, especie de águila que anida en las quebradas rocas de la montaña, si bien, aunque les libren de estas aves, no bastan á conjurar todos los peligros, y el gamo parece muchas veces precipitado en los *ventisqueros* (1) ó sumergido en el lago donde baja á apagar su sed.

Los suizos son excesivamente sóbrios, como todo pueblo que comprende la verdadera misión del hombre. Cazadores de gamos la mayor parte de ellos, viviendo de

(1) Oquedad ó concavidad del suelo que, cubierta por nieve menuda como la arena, presenta el aspecto de terreno firme ocultando de esta manera la profundidad muy notable á veces de su seno,

continuo en la montaña y debiendo ir poco cargados por la índole del oficio á que se dedican, sus costumbres no pueden ser más frugales. Jaime Balmat, ó el *tio Monte-Blanco*, era uno de estos cazadores cuya historia entraña gran fondo de doctrina para probar cuán ventajosa es al hombre la sobriedad.

Vivia en Chamouny dedicado desde su infancia á trepar por la montaña guiando viajeros que por curiosidad iban á admirar la *Cruz de la Flegera*, ó el *Mar de Hielo*, maravillas naturales en que cifran su orgullo los habitantes del país. La Cruz de la Flegera es una colosal aguja situada en la vertiente de las montañas opuestas al Monte-Blanco, por cuyas faldas es necesario ascender para llegar hasta la cúspide de la Flegera, que está adornada por una cruz de hierro de donde recibe su nombre. Desde allí presencia el curioso un espectáculo sublime: descubre delante de sí, y como si solo le separasen de ellos algunos centenares de pasos, todos los panoramas de nieves, hielos, rocas y bosques que puede soñar la fantasía, y que la caprichosa naturaleza ha acumulado en el país.

El Mar de Hielo es un valle colocado entre la aguja de Charmóz y el Pico del Gi-

jante; inmenso ventisquero colocado entre las dos montañas y generalmente helado todo el año, avanza en uniforme superficie hasta la llanura, y abriendo en ella su verdinegra garganta, arroja sobre la tierra baja el helado caudal del torrente de Arveyron, con un ruido atronador y una violencia incomparable.

Tales eran los sitios que Jaime Balmat acostumbraba á frecuentar cuando niño: la ascension era penosa y difícil, expuesta á peligros no ménos terribles que próximos, y en la cual el *vichero* (1) de Jaime habia resbalado más de una vez en el hielo, viéndose casi precipitado en las espantosas cortaduras del abismo. Jaime llegó á ser hombre, y comprendió que no debia estarse cruzado de brazos ó encerrado en su hogar como una *marmota* cuando no hubiese viajeros que conducir á la montaña: era robusto, ágil y sóbrio en su alimentacion, tenia un golpe de vista certero, y bien pronto tomó su partido.

—¡Qué diablo!—se dijo;—me haré cazador, y así distraeré el pesado invierno y desentumeceré mis piernas cuando Chamouny se cubra con su manto de nieve; fuera pereza y

(1) Baston con punta de hierro para poder conservar el equilibrio en la montaña.

quédese la casa para los pobres viejos de mis padres, que ya me han alimentado toda mi vida: justo es que yo trabaje ahora para ellos.

Firme en su decision, y deseando poner en práctica el proyecto que habia meditado, compróse un magnífico fusil, se proveyó de municiones, y esperó á que llegara *la estación de los rastros*. El invierno se presentó triste y sombrío, pero no por eso desmayó Jaime, sino que emprendiendo con fé su nuevo oficio, le inauguró matando su primer gamo: gracias á esta hazaña, sus padres tendrían abundante *tasajo* (1) para los primeros meses, y el producto de la piel les proporcionaría otras comodidades.

El cazador que tan brillantemente habia empezado su nueva vida, no tardó en ser el mejor tirador de la comarca y el compañero más querido de los gamuceros de Chamouny. Sentaba la bala de su fusil donde dirigia su vista; era el más diestro en desollar su caza, el más infatigable en perseguirla, y el que más reses mataba durante el invierno: por último, sus padres, gracias á él, tenían mesa bien servida, cómodos vestidos, un

(1) Carne de gamo seca y curada al humo. En España decimos *cecina*.

fuego constante en el hogar y la inmensa alegría de recibir pruebas continuas de su acendrado cariño. Balmat, satisfecho y orgulloso de su conducta, no se daba punto de reposo; sentábase á la mesa con sus padres, exclusivamente por la noche, puesto que el día lo pasaba en la montaña, y su cena era tan modesta como lo habia sido siempre la de su padre: un trozo de carne cocida con poca sal, un poco de pan y un sorbo de vino. Sus cariñosos padres le instaban á que comiese más, pero fijo en el método que se habia impuesto, les contestaba:

—Me basta con lo que he tomado; ¿por qué he de cargar el estómago? Así ha vivido V., padre mio, y, ¡Dios sea bendito! no ha tenido aún la menor enfermedad. Además, el hombre debe comer para vivir, no vivir para comer.

Por la mañana, mucho antes de amanecer, Jaime limpiaba sus armas, bebia un sorbo de leche, y con un poco de pan y queso en su morral y un poco de aguardiente en su calabaza para reanimar su estómago en las regiones heladas, tomaba el camino de la montaña, de donde no volvía sin una res por lo ménos. Así pasaron muchos años, y aunque la muerte le robó el cariño de sus ancianos padres, el cazador no renunció á

su vida semi-salvaje sino en las épocas en que los extranjeros que anualmente visitan el país, reclamaban su auxilio como guía.

La caza del gamo está erizada de peligros, cuya sola perspectiva aterra al que no está acostumbrado á examinarlos de cerca. Gustando á este cuadrúpedo los sitios más agrestes de la montaña, especialmente los bordes de los torrentes y las cortaduras de las rocas; estando estos parajes entre profundos ventisqueros y enormes grietas del terreno, y cubriéndose el suelo de nieve todos los días, nada más fácil que resbalar, á pesar de las puas de hierro que el cazador usa en su calzado, y caer á un precipicio de donde pocas veces se sale con vida. Debien-do para evitarlo apoyarse en las ramas de los pinos y de los abetos, ¿quién asegura que una de ellas no puede ceder con el peso del cuerpo y desgajarse? ¿Quién puede pre-ver que al sentar el pié en el lomo de una roca se rueda con ella al abismo?

A veces un solo grano de arena desprendido de su base, es lo suficiente á precipitar una inmensa mole de piedra por las vertientes de la montaña; ¿cuál no será esta probabilidad soportando el peso de un hombre! Cubiertas de nieve en su cúspide y en su base, no es posible conjeturar si están senta-

das en firme ó solamente se sostienen en equilibrio inestable, y esto es causa de infinitas desgracias que á cada momento suceden entre los gamuzeros suizos.

Un dia Balmat culebreaba por las asperezas del Monte Maldito, llevando á su espalda una res y persiguiendo el rastro de una manada entera: una gamuza saltó á poca distancia, y Jaime la derribó de un balazo, pero el animal estaba solamente herido y trató de huir. El cazador aceleró lo posible su paso, se arrojó sobre ella con el cuchillo desnudo y se disponia á degollarla, cuando un formidable ruido le hizo levantar la cabeza. Un *alud* ó terremoto de nieves se desprendia de la cima del monte arrasando su paso los pinos y los abetos y arrancando enormes piedras que rodaban envueltas en blanco sudario.

Jaime se consideró perdido, y cerró los ojos encomendando el alma á Dios: el *alud* le cubrió completamente, y aunque tuvo la fortuna de que no le encontrase en su camino ninguna de las rocas desprendidas, cayó despeñado al cauce de un torrente, cuyas aguas, rechazando su cuerpo, le acostaron sobre las rocas de la orilla. El cazador estaba desmayado: una ancha herida le cruzaba la frente, y aunque interesando solamente el

cuero cabelludo, cubria de sangre su rostro; pero la herida principal de Jaime era la fractura conminuta del brazo derecho, en la que las esquiras del cúbito habian roto la piel y favorecido la hemorragia.

Por primera vez en su vida se vió obligado á guardar el lecho, y, gracias á su naturaleza robusta, no hubo necesidad de hacerle la amputacion como se creia: quedaba, no obstante, inútil del brazo, y no pudiendo dedicarse á la caza, tuvo que volver á su antiguo oficio de guia.

Mil veces habia subido á los picos más altos, como el Monte Maldito, el Pico del Pájaro, el Simplon, etc., y jamás habia mirado desde ellos sobre su cabeza: un dia lo hizo, y vió al Monte Blanco elevar sobre él su nevada cima.

—¡Hola!—exclamó Jaime sonriendo con ironía y mirando al monte:—¡muy buenos dias, abuelo! Estais muy alto, pero no os riais de los que estamos abajo, porque aunque el pié humano no ha logrado aún pisar vuestra cabeza, es muy posible que Jaime Balmat lo consiga.

Desde entonces nació en su cerebro la idea de ascender al Monte Blanco, cuya cima estaba virgen de la planta humana. El dia 8 de Agosto de 1786, á las cinco de la

tarde, Jaime salia de Chamouny para ascender al monte, seguido del Doctor Paccard, que habia querido compartir con él los peligros y fatigas del viaje: llevaban por único alimento un pan, un queso y una calabaza de aguardiente, porque los dos eran sobrios y comprendian que no hay cosa que más embarace la progresion que el exceso de comida en el estómago.

Cruzando horribles ventisqueros, sobre puentes naturales de hielo que crugian bajo sus pies; teniendo siempre ante su vista insondables abismos, cuyo fin no se alcanzaba á ver, y neveras de pavoroso aspecto, llegaron al anochecer del primer dia á la de Taconnay, en cuyos bordes pasaron la noche. Al amanecer volvieron á emprender la marcha y ascendieron á una punta, desde la cual podian descubrir á Chamouny, y en ella hicieron alto para comer: bajo sus piés se extendia el valle en una profundidad de doce mil piés, y, merced á sus anteojos de larga vista, pudieron distinguir que los vecinos los miraban desde la plaza valiéndose del mismo medio. El frio que sentian en aquella inmensa altura era intensísimo, y el Doctor Paccard se negó á andar un solo paso: Jaime avanzó aunque con gran dificultad, porque enrareciéndose el aire á medida

que iba subiendo, se veía precisado á pararse de diez en diez pasos para respirar. Cada vez notaba mayor intensidad en el frío, y aunque solo tenía veintisiete años, se fatigaba en extremo por la dificultad que el pulmón sentía al ejercer sus funciones.

Una hora larga tardó en ascender escasamente un cuarto de legua, y ya su fatigado cuerpo se negaba á andar, cuando parándose dijo para sí:

—¡Diantre! ¿Y me voy á volver como he venido? No, no puede ser: un esfuerzo más, y arriba, donde la gloria me espera.

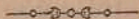
Y volviendo á emprender la marcha, llegó á costa de fatigas á una eminencia desde la cual distinguió el Piamonte, la Alemania y la Francia tendidas á sus piés; pero la violencia del viento le impedía levantar la cabeza, y la altura en que se hallaba le causaba vértigos. Serenóse un poco, afianzó su baston en la nieve, y logró erguir su cuerpo: entónces conoció que había llegado á lo más alto de la montaña y oyó los ¡hurra! que sus vecinos le dirigían desde el valle aclamándole en su triunfo.

—¡Abuelo!—dijo golpeando con el pié la tierra:—Parece que ahora no nos reimos de los que están abajo ¿éh? ¡pues ya veis como ahora soy yo más alto que vos!

Jaime Balmat aparecio en el horizonte como la estatua de la Perseverancia, teniendo por pedestal el coloso que la geografia llama Monte Blanco. ¡Habia conseguido fijar su pié donde no ascendian los gamos ni se remontaban las aguilas! ¿Qué mucho que el intrépido cazador sea tenido por el Cristóbal Colon de Suiza y sus vecinos le llamasen «el tio Monte Blanco?»

En 1852, á pesar de sus 74 años, aun servia de guia á los viajeros, á quienes decia refiriendo esta aventura:

—Jamás he tenido ni la menor enfermedad, y creo que aun viviré lo bastante para probar al mundo que la mejor medicina y el mejor preservativo del hombre es LA TEMPLANZA.



SEXTO VICIO.

Pasion de los pequeños ha llamado siempre el mundo á este odiosísimo vicio, y ciertamente que no le ha faltado razon para ello. Pequeño y bien pequeño, psicológicamente considerado, es el ser infeliz que abriga en su seno el venenoso reptil que se llama ENVIDIA, y que tantas lágrimas ha costado á la humanidad, convirtiendo en enemigo de Abel á su hermano Cain.

¿Quereis saber qué es la envidia? Alegrarse del mal ajeno y sentir su bien.

¡Cuán *pequeño* es efectivamente este sentimiento! Analicémosle con reflexion. El envidioso no tiene hora de paz ni sosiego, por que odia á la humanidad entera, y casi podíamos decir que se odia á sí mismo. Si otro hombre le supera en talento, en dotes corporales, en riquezas, en honores, conspirará para rebajar ante los demás esa suma de ta-

lento que no posée, para aminorar esa perfeccion plástica de que él carece, para hacerle perder esas riquezas que él no tiene, y para desposeerle de esos honores que no alcanza: no discutirá medios, porque para el envidioso todos son buenos si por su ayuda se llega al fin. La difamacion, la calumnia, la falsedad de una denuncia, los males físicos, el mismo puñal del asesino, y hasta la condenacion eterna, si de ella pudiera disponer, le parecerian poco para arrojarlos de una vez sobre aquel á quien envidia.

Semejante á la víbora que, oculta entre la yerba, acecha el calcañal del pasajero para inocular en él su veneno, el envidioso se arrastra ante la víctima que quiere herir, la adula y la halaga cuando se halla en su presencia, y despues..... ¡le clava el puñal en la espalda!

Obrando con criminal intencion en todos sus actos, lo mismo desliza al oido una calumnia que destruye una familia entera, que forja una intriga contra el envidiado, ó contrata el puñal de un asesino para privarle de la vida. Siempre triste, siempre cobarde, porque la envidia excluye toda idea de valor, jamás afronta un peligro, ni entreabre sus labios una sonrisa. Decimos mal; sonrie cuando ve satisfecha su innoble pasion, cuan-

do su inmunda baba empaña la honra del envidiado ó la desgracia le colma de amargura. ¡Miserable!

Basta, pues, de descubrir vergonzosas llagas, porque hablando de ellas manchamos nuestra boca y degradamos nuestra alma: la envidia solo puede merecer el silencio del desprecio.

¡Qué hermosa es, por el contrario LA CARIDAD! Y ¿qué es *la caridad*? Una virtud que inclina al corazón del hombre á sentir el mal y alegrarse del bien ajeno como si fuesen propios.

Virtud opuesta á la *envidia*, es el iris de esperanza que sonríe á la humanidad en sus amarguras; para ella no hay castas, no hay condiciones, no existen privilegios, y forma su corte del afligido y el mendigo. El niño que viene al mundo, costando la vida ó la deshonra á su madre, el anciano que carece de apoyo en su decrepitud, el obrero enfermo que no puede ganar su pan y el huérfano abandonado, son sus predilectos.

Nada le intimida cuando de obrar el bien se trata: las catástrofes, las epidemias, la guerra misma, son los vehículos de la caridad, que se aprovecha de sus horrores para llevar un consuelo ó secar una lágrima á sus semejantes. Para la caridad no existe la ene-

mistad, porque alimentándose del bien, no puede fomentar el mal: *ama á tus semejantes, haz bien á los que te odian*, es la divisa del caritativo, y por cumplir sus preceptos no repara en exponer su vida mil veces, en la seguridad de que «la caridad en la tierra, es un tesoro en el cielo.»

ENVIDIA.

Tomaso y Pietro.

I.

No hay defecto en el hombre ni pasión más repugnante, que la envidia. Si la ira conduce al que domina al abismo del crimen, deslumbrándole con el deseo de una injusta venganza, la envidia le impele á cometerle con plena conciencia del acto, y le medita y prepara con criminal complacencia.

Tomaso Leonide y Pietro Canti eran citados en Florencia como el tipo de la amistad. Juntos habian crecido, juntos habian

entrado en el estudio de un escultor para aprender el divino arte, juntos recorrían las majestuosas ruinas de Roma en los frecuentes viajes que emprendían á la ciudad eterna, y juntos vivían en una magnífica *villa* (1) de los arrabales de Florencia. El que veía en la calle á Tomaso, adquiría la seguridad de que no tardaría en ver á Pietro, y, debido á esta íntima union, á que ambos tenían próximamente la misma edad, y á cierto parecido que en sus fisonomías se notaba, eran llamados por los florentinos *gémmini*, ó los gemelos.

Tomaso era de constitucion robusta, bien conformado, dotado de unos ojos vivísimos, en cuyo negro color y rasgado trazo se adivinaba el genio; frente alta y espaciosa en que reverberaba la inspiracion, y cabello y barba negros como el ébano y cuidadosamente limpios. Pietro era un poquito más bajo que su compañero; como él tenía los ojos rasgados y negros, aunque no tan expresivos, y su frente corta y deprimida reflejaba más la astúcia que el genio; su barba y cabello rara vez cuidados, hacían que en el taller se le designase con el apodo de *Mala-testa*, y Pietro recibía las bromas de sus

(1) Casa ó palacio rodeado de jardines.

compañeros con aparente calma, aunque en su corazón rugía el deseo de la venganza.

De esta manera pasaron del estado de discípulos al de oficiales, y quedaron solos en el taller ayudando á su maestro y dedicándose al estudio de las obras de arte de la antigüedad para perfeccionar su educación artística. Tomaso, más activo que Pietro, era el primero en terminar sus obras; pero no sabiendo estar ocioso, ayudaba después á su amigo á fin de que en el día señalado para la presentación de los trabajos, pudiese acudir á la cita del maestro.

Cierto día, Tomaso había salido del taller á entregar una estatua de mármol que debía colocarse en un palacio, y el maestro y Pietro se ocupaban en modelar yesos, cuando llamaron á la puerta. Eran unos extranjeros que llevaban un busto encontrado en las ruinas de Pompeya, al cual faltaba parte del coronal, destruido por la azada del bracero que había hecho la escavacion.

—Venimos—dijeron,—á ver si vos que tenéis fama europea, podeis remediar este defecto de tal manera que el busto quede como si no hubiese sufrido deterioro alguno.

—¡Oh, señores!—Contestó el maestro inclinándose.—Os doy gracias por vuestra galantería, y podeis creer que me será muy

grato serviros; pero, puesto que no creo que os sea urgente, desearia que volviesséis en ocasion de encontrar á mi discípulo Tomaso Leonide, que acaba de salir, el cual es una notabilidad en este género de trabajos.

Este elogio hecho sinceramente por el maestro en favor de su discípulo, hizo palidecer á Pietro, que lanzó una mirada de odio al escultor. Sin embargo, siguió trabajando sin manifestar la menor emocion, por más que en su alma empezaba á encenderse el fuego de la envidia.

Los extranjeros volvieron al dia inmediato y ajustaron la obra con Tomaso, el cual se puso á trabajar enseguida en ella: al dia siguiente empezó á esculpir la pieza que habia pegado al cráneo de la estatua, pero el mármol saltaba unas veces en enormes cascarones, y otras blando como la cera, se desmoronaba bajo el cincel, sin que el artista consiguiese darle forma: eligió otro pedazo más duro, y volvió á empezar de nuevo con increíble paciencia y trabajando con tanto afan que la obra quedó casi terminada al dejar el trabajo aquel dia, y Tomaso marchó satisfecho y contento de sí mismo. Al inmediato, fecha citada para entregar la obra, fué al taller más temprano que de costumbre, y ¡cuál sería su sorpresa al notar



que el mármol, no solo no recibia el pulimento como el dia anterior, sino que desaparecia el esculpido bajo la presion de su mano como si trabajara sobre yeso muerto! Desesperado al ver que no podia cumplir su palabra, tomó el martillo, y al desprender el trozo superpuesto, observó que estaba como podrido y no habia fuerza de union en sus moléculas. Acercó los bordes á su lengua y la retiró vivamente: el pedazo disgregado estaba empapado de un ácido que habia hecho de él un trozo de yeso.

Tomaso conoció que en ello andaba la mano de la envidia. y empezó á sospechar que tenia un enemigo: pero ¿quién era este? ¿Pietro? ¡Imposible! ¿Cómo habia de pensar que su compañero más querido era capaz de semejante villanía? Desgraciadamente, se equivocaba: al dejar el trabajo, Pietro volvía al taller bajo cualquier pretexto, y regaba con ácido sulfúrico la obra ejecutada aquel dia por su compañero, haciendo de este modo estéril su laboriosidad é hiriendo su amor propio.

Leonide aquel dia no se permitió momento de reposo, y sin darse por sentido y trabajando aun en las horas destinadas á la comida y al descanso de la tarde, eligiendo por sí mismo el mármol y no dejándole de la

mano, pudo cumplir su palabra y recibir, al mismo tiempo que el estipendio, los plácemes de los que le habían confiado la obra. Pietro con tal motivo no escaseó elogios en favor de su compañero, y desde aquel momento se atrajo á Tomaso de tal manera, que fué el confidente de sus más recónditos secretos.

Convocábase por entonces un certámen artístico en que la ciudad distribuía tres premios: uno al mejor cuadro al óleo, otro á la mejor composicion musical y otro á la mejor obra de escultura que se presentasen al concurso, y Leonide concibió el proyecto de tomar parte en él, para lo cual, previo el permiso de su maestro, marchó á Roma, donde queria inspirarse en la contemplacion de creaciones antiguas. Cuatro meses estuvo ausente de Florencia, y durante ese tiempo, ni un solo dia dejó de escribir á Pietro dándole cuenta de sus obras ni recibir carta de su amigo animándole al trabajo y dándole noticias del estado en que el proyecto se encontraba, y terminando con la descripcion de la ansiedad con que esperaba su regreso y el placer que sentiria estrechándole entre sus brazos.

Tomaso regresó por fin de Roma trayendo consigo un precioso grupo que repre-

sentaba *la muerte de Cleopatra*: la desgraciada reina aparecía espirando con toda la majestad de su belleza, y una esclava, arrodillada á su lado, lloraba sobre su cadáver, besando una mano de su señora. Jamás escultura alguna habia logrado interpretar tan fielmente este pasaje histórico: la figura de Cleopatra tenía tal tinte de majestad y grandeza, que, aun en la sublime escena de su muerte, se reconocia el valor de la desgraciada amante de Marco Antonio, y en el rostro de la esclava habia tal expresion de dolor y desesperacion, que todos los amigos de Tomaso no dudaron en próclamarle rey del certámen y felicitarle por su seguro triunfo.

El Jurado de la Exposicion así opinó tambien, agraciando la obra con el premio de honor, «en justa recompensa,—decia el informe,—al mérito de esta escultura, en que »no se sabe qué admirar más, si la grandeza »y vigor de las figuras, ó el suave y natural »plegado de sus vestidos, que hace recordar »la edad de oro de la Grecia.» Como si la suerte hubiera querido favorecer en todo á Tomaso, un acaudalado banquero compró el grupo en el precio que su autor le señaló, á condicion de no poderlo retirar del salon, interin durase el certámen y se hiciese la distribucion de premios.

Un dia el maestro de Leonide y Pietro volvió al taller dando muestras de una terrible agitacion y poseido del más extraordinario furor: sus discípulos soltaron el cincel, y corrieron á enterarse de la causa que así le exasperaba. ¡Al abrirse aquel dia la exposicion, el grupo de Cleopatra habia aparecido horriblemente mutilado á martillazos!

Tomaso, víctima de esta incalificable profanacion, no solo se sintió herido en lo más íntimo de su alma, sino comprometido ante la opinion pública: el grupo no le pertenecia ya, y hasta podia suponersele autor del atentado para estafar al comprador. Esta consideracion arrancó á su alma un suspiro y á sus ojos una lágrima, y cayó al suelo desmayado.

II.

Seis dias estuvo Leonide en un continuo delirio y batallando entre la vida y la muerte: al sétimo cesó la fiebre, y Pietro, sentado á la cabecera de su lecho, empezó á animarle diciendo:

—¡Animo, Tomaso! Es preciso tener va-

lor y vivir para la gloria y la venganza: yo te juro que poco hemos de poder ó descubriremos á tu enemigo, y entonces..... ¡pobre de él!

¡Infame! Mientras alentaba á su compañero con estas pálabras, su corazon rebosaba júbilo, porque él, sobornando al conserje que tenía á su cargo el cuidado del salon, comprando el crimen á peso de oro, habia sido el alevoso mutilador del grupo. ¡Y no satisfecho aún con una venganza tan pobre, aún tenia valor para burlarse de Tomaso y unir el sarcasmo al ultraje! ¡Qué miserable es la envidia!

El enfermo recobró la salud, é inmediatamente se dedicó á recomponer su grupo para cubrir el compromiso que con el comprador tenia adquirido; pero como en su delicadeza creyese insuficiente la recomposicion, tomó un nuevo trozo de mármol y modeló un grupo más bello, si cabe, que el premiado en el concurso, aunque era su copia exacta. El comprador le reprendió cariñosamente, porque encerrado en el taller, durmiendo muy escasas horas y sin dejar el trabajo, habia terminado, en virtud de un esfuerzo supremo y en muy pocos dias, una obra que necesitaba uno ó dos meses de asiduidad.

—Vuestra salud, Sr. Leonide, está muy resentida, y no habeis hecho bien exponiéndola tan imprudentemente,—le dijo el comprador.—Yo me conformaba con la recomposicion; ¡á qué hacerle de nuevo? Mas puesto que os empeñais que acepte este último, no quiero privaros de ese gusto, pero á condicion de que acepteis estas mil *liras* (1) que agrego como albricias á la cantidad convenida, y este abrazo que dedico al artista más honrado del mundo.

Y al estrechar al escultor entre sus brazos, murmuró á su oído:

—¡Desconfiad de Pietro Canti!

Tomaso desde aquel momento empezó á observar á su amigo, pero este aparecia tan tranquilo, le daba tales muestras de cariño, que el honrado Leonide se arrepintió de haber dudado de su *gémine*.

Un suceso inexperado vino á hacer estallar el volcan que rugia en el alma de Pietro: las autoridades de Florencia compraban para el Museo el grupo recompuesto, y Tomaso pudo notar una arruga de despecho en la frente de su compañero. Pero ¡era tarde! Por la noche, al retirarse Tomaso á la *villa*, y fuera ya de los muros de Florencia, sintió

(1) Moneda italiana que equivale á una peseta.

que le sujetaban los brazos, y un agudo dolor en su costado izquierdo que le hizo exhalar un grito de angustia: Pietro Canti, ayudado por dos *brigantes* cuyo auxilio y silencio comprara, le habia sepultado un puñal en el corazon. Tomaso cayó sin vida á los piés de sus asesinos, y una patrulla recogió el cadáver á la madrugada siguiente.

La fatal noticia se extendió rápidamente por Florencia y resonó en el taller de su maestro: la voz pública acusaba de este crimen á Pietro Canti, porque el malvado habia desaparecido; y el maestro, derramando lágrimas ante los restos de su discípulo predilecto, exclamó tendiendo una mano sobre su ataúd:

—¡Yo te juro, mi desgraciado Tomaso, no descansar un momento hasta entregar en manos de la ley al que tan vilmente te ha asesinado!

El mismo dia del entierro cerró el maestro su taller y empezó á poner en práctica su proyecto. Desesperando que la policía italiana descubriese el paradero del asesino, regó el oro entre los vagabundos y perdidos de Florencia, y pronto adquirió la seguridad de que Pietro se hallaba en Paris, viviendo bajo el nombre de Angelo Grotta. El infatigable escultor se dirigió inmediatamente á

la capital de Francia, y allí, despues de un año de incesantes investigaciones, encontró á Canti empleado como oficial de albañil en una construccion particular.

Obtenida una órden de extradicion, siguió sus pasos y averiguó que el miserable habia pasado hambre é implorado la caridad pública, fingiéndose emigrado político, hasta que, para no morir de necesidad, se habia visto precisado á cargar sus hombros con la espuerta del bracero.

Un dia se presentó en la obra con el cónsul de Italia y *dos guardias de la paz*, y señalando á Pietro les dijo:

—¡En nombre de la ley, prended al asesino Pietro Canti!

—¿De qué me acusais?—exclamó Pietro temblando al verse detenido por los guardias.—Sin duda os equivocais.....

—Te acuso, miserable,—contestó el maestro,—de haber asesinado á tu compañero Tomaso Leonide. La causa del crimen, tú la sabes mejor que nadie: ¡LA ENVIDIA!

Dos dias despues, Pietro atravesaba la frontera franco-italiana con las manos atadas y entre dos gendarmes que llevaban los cabos de la cuerda: detrás, en un carruaje, le seguia el escultor, gozoso por haber podido cumplir su juramento entregando á

la ley el asesino de su discípulo Tomaso.

La envidia habia armado su diestra y abierto á sus pies una fosa, á la que descendió el cadáver de su honra con el de su víctima: ¡la envidia le hizo ascender al cadalso de la deshonra!

CONTRA ENVIDIA, CARIDAD.

La deuda del desierto.

I.

Una calurosa mañana del mes de Julio, numerosa caravana, compuesta de personas de ambos sexos y edades, dejaba los últimos confines del Africa habitada, para entrar en el desierto, largo y penoso camino que, á través de inmensos arenales, los conducia al término de su viaje. Los camellos y las bestias de carga aspiraban con avidéz el aire sano y húmedo que les regalaba aquella tierra

productiva, que pronto habia de trocarse en un suelo infructífero y abrasador donde solo reinan vientos que, en vez de ayudar la respiracion, sofocan al viajero fatigado, que en vano busca una sombra que le refrigere ni una gota de agua con que humedecer sus calenturientos lábios. Los hombres, las mujeres y los niños vuelven la vista hácia el país que van á abandonar, y en su rostro se pinta el dolor traducido por silenciosas lágrimas.

Ante su vista tienen un mar de arenas, árido, monótono en su salvaje desnudéz; un sepulcro movedizo que, al menor soplo de viento, puede envolverlos en sus ardientes sábanas; ni una palmera, ni un espinó, nada turba la monotonía del Sahara que se presenta á los ojos de los viajeros con toda su espantosa verdad. Ya han hecho la *azala* (1) prescrita por Mahoma, y aún permanecen en pié, con la cara vuelta al Oriente, mirando aquella tierra que ván á abandonar para siempre quizá.....

¡Huíd, árabes infelices! Montad en vuestros camellos y cabalgaduras; no olvidéis los odres de agua que no habeis de encontrar en este suelo inhospitalario..... ¡Ay de vos-

(1) Oracion de la mañana.

otros, si por desgracia el ruido de vuestra marcha despierta al *beduino* (2) que duerme en el *oasis*! (3) ¡Ay de vosotros, si el grito del camellero excita la ferocidad del leon oculto entre las rocas!

II.

Ocho dias llevan caminando á través del Sahara, y en ellos casi han consumido el agua y los alimentos que creyeron necesarios para hacer su viaje. Las madres aplican á los labios de sus hijos sus pechos exhaustos, sin jugo, y la caravana camina en silencio, aguardando una muerte lenta producida por el hambre, la sed y la fatiga; tres nuevos enemigos que se presentan á su vista para completar el horrible cuadro de su infortunio.

Los guías tienden su espantada vista por doquier, y solo ven cielo y arena: ni un ave, ni una planta alegran el desierto, y los viajeros caminan en buen orden, llevando en el centro á las mujeres, los ancianos y los niños, mientras la gente útil empuña las ar-

(2) Ladron del desierto.

(3) Grupo de vegetacion que indica la existencia de pozos con agua.

mas para rechazar cualquier sorpresa de que pueden ser víctimas. Los pobres esclavos que caminan á pié caen estenuados de fatiga; vuelven á levantarse para caer de nuevo, y piden que les dejen morir en el desierto, porque sus piés se niegan á dar un paso más..... De pronto el guía palidece, rasga su turbante, y se golpea el pecho con furor, mientras fija su penetrante mirada en el Sud.

—¡Huyamos!— exclama.—¡Ved allá en el horizonte las nubes precursoras del *simoun*! (1) El viento se acerca... ¡ay de nosotros!

Los árabes, mudos de terror, excitan sus cabalgaduras, sin cuidarse de la suerte de los peones que, conociendo el peligro y ante la imposibilidad de huir, se tienden en la arena esperando la muerte. Durante cuatro horas de veloz carrera, los caminantes consumen el vigor de los camellos, y sienten el pavor en sus almas: la atmósfera se enrarece cada vez más, el calor sofoca, y ya se advierten á simple vista gigantescas trombas de arena que avanzan con espantoso rugido hácia la caravana. Los niños piden á gritos

(1) Viento del desierto que, levantando con su potente fuerza trombas inmensas de arena, sepulta bajo ellas las caravanas enteras.

agua con que humedecer sus secas gargantas, y la naturaleza les niega hasta la leche de las camellas, único refrigerio del desierto.

Los viajeros caminan á escape.... y de pronto se detienen ante un espectáculo que hiela su sangre. Cadáveres, ropas despedazadas, camellos heridos, armas, monturas, cuanto lleva una caravana, yace esparcido al azar y revuelto con la arena: allí ha tenido lugar un drama terrible, un duelo á muerte entre perseguidores y perseguidos: ¡allí ha quedado impresa la inmunda huella del *beduino*! Apartan la vista de aquel cuadro de horrores, y se disponen á partir, cuando Fátima, la caritativa esposa de Alí, siente gemidos que llaman á su buen corazón.

—¡Deteneos!—exclama.—Aquí hay alguna persona viva.... he oído sus sollozos....

—Aparta, mujer,—contesta su esposo.—No podemos detenernos: ya ves que el viento se acerca.

—¡Alí! ¿Vamos á dejar perecer aquí de hambre y sed á un infeliz á quien podemos salvar? Ayudadme á socorrer á vuestro hermano, que *Alhá* (1) premia la caridad. ¡Os lo ruego por la santa Kaaba! (2)

(1) Dios.

(2) Piedra sagrada de la muralla de la Meca, que es tradición sentó Mahoma.

El árabe no desoye nunca una súplica hecha en este nombre: los peregrinos echan pié á tierra, remueven los cadáveres, y uno de ellos encuentra á un niño como de ocho años, que al ver á un hombre armado junto á sí, exclama con terror:

—¡No me mates! Yo seré tu esclavo, pero dime donde están los restos de mis padres: que yo los bese por última vez, y despues.... ¡soy tuyo!

—No, hijo mio,—contesta Ali;—nosotros no pertenecemos á esa raza maldita. Si has perdido á tus padres, ven conmigo, habitarás mi tienda, y serás mi hijo: levanta, y huyamos, porque el simoun viene sobre nosotros.

—Tengo sed; ¡dadme agua!—murmura el niño, montado ya en el camello que lleva á Fátima.

—Hijo mio,—contesta la caritativa mujer,—nosotros tambien tenemos sed, y siento en el alma no poder satisfacer tus deseos: ¡se ha concluido ayer nuestra provision!

—Dirigíos al Oriente un poco: yo recuerdo que esta mañana descansamos en un oasis que tiene agua y *dátiles* en abundancia.

—¡Alhá es grande!—exclaman los viajeros; y poniendo al niño de guia, parten en la direccion que les señala con su índice.

Tres horas despues llegaron al oasis, á

tiempo que resonaba en el lado opuesto el imponente ruido del simoun, de quien se habían salvado. Hombres, mujeres, niños, animales, se arrojan en tropel á los pozos, apagando la sed que momentos antes les tenía al borde del sepulcro; las palmeras se doblan bajo el peso del árabe, que escala su copa para arrojar dátiles á sus compañeros, y postrados éstos de rodillas, dan gracias á su Dios, que los ha sacado del peligro, apareciendo enmedio de ellos, radiante de orgullo, la noble figura del niño á quien deben la vida.

Hijo de un opulento comerciante de Marruecos, volvía con sus padres de la peregrinación á la Meca, cuando la caravana fué asaltada por los beduinos, y deshecha como la paja que consume el incendio.

Fátima le adopta, en su inagotable caridad, y al regreso á su *aduar*, (1), Mahomet, *el hijo del desierto*, como sus padres adoptivos le llaman, va á habitar su choza y á partir con sus bienhechores el pan de su mesa.

(1) Aldea ó campamento.

III.

Han trascurrido algunos años. Fátima, la caritativa viajera del desierto, encorvada bajo el peso de los años, sirve de guía al ciego Ali, implorando en los aduares y ciudades una caridad que no siempre encuentran. Su alimento se reduce á unos dátiles mal sazonados, ó á las sobras de un miserable *alcuzcúz* (2), que el labriego generoso les dá para que no fallezcan de hambre: su único vestido es una súa *chilaba* ó capote blanco, y unas *babuchas* que por doquiera dejan ver sus piés amoratados por el frío ó ulcerados por la marcha. ¿Cómo se ven tan pobres en la decrepitud? ¿Dónde está aquel Mohamet recogido por su caridad en el desierto?

¡Ay! Mohamet ha huido hace años de la casa de sus bienhechores, dejándolos en la mayor amargura. Han tenido otro hijo, pero la guerra civil ensangrienta los campos del Riff, encendida por la ambicion de un jóven, que lleva tras sí los aduares enteros, pretendiendo formar un reino con las dise-

(2) Mezcla de arroz, harina y manteca.

minadas tribus: Osmán ha sido llamado á las armas por el Emperador, y ved aquí cómo esta desgraciada lucha les ha arrebatado el hijo de su corazon. Fátima y Ali han recorrido los campos de batalla, y reconocido uno por uno los cadáveres; su hijo no está entre ellos; y murmurando una plegaria, vuelven á emprender su camino. A todos preguntan en vano: ¡nadie ha visto á su querido Osmán!

Un dia los pobres ancianos se sientan á descansar á la sombra de unos naranjos; llevan tres dias de incesante caminar, y sus piés se niegan á sostenerlos. La pobre Fátima seca en silencio el sudor que corre por su frente, y mira á su esposo que le dice:

—Fátima, ¿dónde estamos?

—A dos jornadas de Mequinez, donde debemos encontrar á Osmán.

—¿Qué fatigada estarás!

—¡Oh, no, Ali! Voy en busca de mi hijo, y una madre es incansable cuando de su hijo se trata.

—Te creo, Fátima, te creo: tu eres buena, por más que tu caridad sea la causa de nuestra desgracia. ¡Ah! Por qué recogimos en el desierto al infame Mahomet? ¡Hemos alimentado al cachorro del leon, para que despues destroe nuestro pecho!

—Ali, ¡tus palabras hieren mi alma! ¡No

premió Alhá mi buena accion mitigando nuestra sed y arrancando la caravana entera á una muerte inevitable? Si Mahomet nos ha abandonado, Alhá le juzgará segun sus obras, y su conciencia le acusará de su crimen.

Alí, penetrado de la razon que encerraban las palabras de su esposa, inclinó la cabeza, y no contestó. Una hora trascurrió sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra; pero de sus ojos se desprendian gruesas lágrimas que, surcando sus mejillas, iban á perderse en las rotas vestiduras. De pronto se sintió el galopar de un caballo, y un soldado árabe se presentó ante ellos: su traje desordenado y lleno de sangre, su roto *yatagan* (1) pendiente de la diestra, y la palidez de su semblante, acusaban al combatiente herido y fugitivo.

—¡En nombre del cielo!--exclamó--¡Quien quiera que seais, ayudadme á curar mis heridas!

Fátima se levantó, sirvió de apoyo al soldado para que desmontase, y buscando unas yerbas medicinales cuya virtud conocia, empezó á curar al herido, y á preguntarle por su hijo Osmán.

(1) Sable corvo de dos filos.

—¡Osmán! ¿Es un jóven, —contestaba éste,—cuyo rostro cruza una cicatriz morada como los lirios de Salí?

—Sí, jese es!—exclamó Fátima.—¿Dónde está? ¿Le has visto?

Y besaba con amoroso delirio las mejillas del soldado llorando de alegría.

—Hace dos horas se batía á mi lado contra numerosas fuerzas de insurrectos; me vió herido, y queriendo defenderme, porque es mi amigo, cayó prisionero.....

La pobre Fátima lanzó un grito desgarrador, y ayudando á su esposo á levantarse, tomó nuevos informes del herido, y corrió á buscar á su querido hijo.

IV.

Al oscurecer de aquel día, Fátima y Ali llegaban al campo de los insurrectos, y se instalaban ante la tienda del jefe. Una numerosa y escogida guardia rodeaba su perímetro, impidiendo acercarse á los curiosos, y honrando con su vigilancia al caudillo que servían. Fátima intenta burlar su celo, y rechazada por los soldados, les dice con ademán suplicante:

—¡Dejadme! ¡Quiero ver á vuestro jefe;

quiero pedirle que me permita abrazar una sola vez á mi hijo!

Los centinelas la rechazan; pero ella, firme en su decision, vuelve á suplicarles:

—¡Por vuestra madre! ¡Compadeceos de mí! ¡Permitidme que llegue hasta los piés del caudillo, y Allá os lo premiará!

Los espectadores unen sus ruegos á los de la anciana, y al ruido de su confusa gritería, aparece el jefe en la puerta de la tienda: los guardias le abren paso con respeto, y acercándose á la anciana le dice:

—Habla, mujer: ¿qué deseas de mí?

—Que me permitas abrazar á mi hijo, que es uno de tus prisioneros.

Accede á tan justa peticion, y los ancianos parten á desahogar su corazon en brazos de su querido Osmán: poco tiempo despues vuelven á presentarse ante el guerrero para darle gracias, y postrándose á sus piés le dicen:

—¡Gracias, señor! ¡Nunca olvidará Fátima tu noble conducta!

—¡Siempre vivirá tu recuerdo en el alma del pobre Ali, señor!

Al oir el caudillo estos nombres, palidece, y dice á Fátima:

—Vé tú misma á la prision, y tráeme á tu hijo.

La anciana desaparece con cuanta velocidad le permiten sus años, y el jefe, tomando á Ali de la mano, le introduce en su tienda, donde habiéndole sentado en un divan, le ruega que le cuente su historia: el caudillo escucha anhelante los detalles de la narracion, y llega un momento en que no puede contener sus lágrimas: Fátima y su hijo le encuentran llorando.

—Fátima,—le dice,—tu hijo es libre. ¡Id en paz!

La pobre madre no se sacia de besar á aquel hijo á quien creia perdido para siempre, y llora de alegría estrechándole contra su corazon.

—Fátima, ¿no reservas un beso para aquel Mohamet tan querido? dice el jefe con visible emocion.

—¡Ay, señor! ¡Aquel huyó de mi lado para siempre, dos meses despues de nacer mi querido Osmán! ¡Ojalá pudiera compartir mis caricias entre los dos!

—Pues bien; tus deseos se han cumplido, porque aquel Mahomet soy yo, que os pido perdon; yo, que abandoné vuestro hogar, para mi tan sagrado, por procurarme una posicion brillante, y ofrecerla á mis padres adoptivos á cambio de su caridad..... ¡Osmán, hermano mio, vén á mis brazos!

Fátima y Ali exhalaban un grito de alegría, y se unieron con Mahomet y Osmán en estrecho abrazo, jurando no separarse jamás.

Mahomet dió libertad á todos los prisioneros; pactó un tratado de paz con el Emperador, que le nombró jefe de una provincia y le concedió la posesion de grandes terrenos, y desde aquel momento no faltó á los mendigos una regalada mesa y las comodidades que dan las riquezas. Cuando los cuatro reunidos recordaban el pasado, decia Fátima á Osmán y Mahomet:

—Si se os presenta, hijos míos, ocasion de hacer un bien, acordaos de vuestra propia historia, y abrid vuestra alma á LA CARIDAD. ¡Quién sabe si en ella no consiste la verdadera dicha!



SÉTIMO VICIO.

«Regarás el pan con el sudor de tu rostro,» ha dicho Dios al hombre en el período de la creacion, segun el Génesis, imponiéndole el ineludible deber de tener en constante actividad sus fuerzas físicas y su inteligencia; pero las inclinaciones de la carne, contraviniendo las órdenes del Supremo Hacedor, nos inclinan á la inaccion, inspirándonos repugnancia al trabajo, y horror á todo lo que nos sea impuesto como obligacion.

De esta pugna entre nuestro deber y la comodidad de nuestro cuerpo, de esta continua lucha entre los opuestos principios del espíritu y la materia, nace y se desenvuelve en el hombre el funesto vicio de LA PEREZA.

¿Cómo, pues, definiremos *la pereza*? Negligencia, fastidio ó descuido en las cosas á que estamos obligados.

Siente el vicio de la pereza segun esta

definicion, el que á sabiendas, y con perfecto uso de su voluntad, *no quiere* cumplir el precepto ú obligacion impuesta por Dios al primer hombre de trabajar para procurarse la subsistencia.

El que, aún cumpliéndola en todas sus partes, lo hace á disgusto como si fuese una carga pesada ó una imposicion injusta, siempre que sus condiciones físicas y el buen estado de su salud le permitan cumplir con este deber.

Y finalmente: el que manifiesta poco interés, descuido en todo ó en parte de cuanto al trabajo concierne, y no aplica sus reglas con perfecta regularidad, si por ello intenta abreviar el tiempo que emplea y desasirse de la obligacion.

Los resultados de la pereza son llorados más tarde con amargas lágrimas, y se convierten despues en acusadores testigos de nuestra conciencia. La pereza es el contrario del hombre, porque aspirando este á la comodidad y al disfrute de los goces de la vida, y teniendo en el trabajo los medios de satisfacer esta aspiracion, se entrega en brazos del ocio, que solo puede ofrecerle privaciones y tristezas. ¡Es el hombre convirtiéndose en enemigo de sí mismo, y alejando de sí aquellos bienes que tanto desea!

La mayor parte de las acciones humanas, consideradas como punibles en todas las legislaciones del mundo, tienen su origen en el vicio de la pereza: registrad si no esos anales del crimen, que se llaman archivos de las Audiencias, y os persuadireis de esta verdad. El vicio que nos ocupa es el primer eslabon de la cadena del presidiario: de la pereza nace la holganza, de la holganza la necesidad, de la necesidad el primer hurto, del hurto el robo, y del robo la vida del presidio. He aquí el árbol genealógico de la pereza.

La sociedad arroja de su seno al perezoso, porque sabe que la anestésia del vicio, paralizando sus fuerzas y sujetando á la atonía su inteligencia, no le permite ser útil a la gran colectividad humana: de aquí que no le considere como uno de sus miembros, y haga abstraccion de él, como las abejas del zángano que se come su miel.

Pero contra la pereza existe una virtud, fuente del bienestar y de la dicha: *la diligencia*.

¿Qué entendemos por *diligencia*? El amor al trabajo: la aplicacion, cuidado y actividad para hacer alguna cosa.

¿Qué de bienes reporta á la sociedad, y al hombre en particular! Abrid la historia,

leed los nombres de esos grandes genios, Newton, Guttenberg, Franklin, Buffon, Ticiano, Murillo, Benvenuto Cellini, Erwin, Canova, etc., y vereis que todos ellos, físicos, naturalistas, artífices, pintores, escultores, de cualquier profesion que sean, deben su nombre á la diligencia ó amor al trabajo. Esta es su genealogía: ¡comparadla con la progenie del vicio!

El amor al trabajo eleva al hombre hasta la altura en que Dios quiso colocarle durante esta miserable vida; la diligencia es el escabel por donde asciende al sôlio de su dignidad, y la gloria de su nombre la inmortal corona que ciñe sus sienes. Por la actividad se crea un placer en el trabajo; por su aplicacion le perfecciona, por su cuidado no dá oídos á las seducciones del vicio; y por todas estas condiciones, que, reunidas, forman la diligencia, empieza á merecer en este mundo la corona y el premio que se le reserva en el otro.

Sintiendo en su alma una febril ansiedad por perfeccionar la creacion de su obra, aplica á ella sus sentidos, su inteligencia y voluntad, teniendo por norte y divisa el axioma que dice: «Querer es poder.» Entonces la sociedad le abre los brazos, y en ellos le recibe como á hijo predilecto, le colma de

aplausos, inflama su esperanza, y le dice al oído: «No desmayes: ¡el porvenir es tuyo!»

PEREZA.

Héctor el alsaciano.

I.

En una aldea de la Alsacia existia, no hace mucho tiempo, una familia de noble procedencia, aunque de modesta posicion, la cual, por haber defendido la causa del rey en la memorable revolucion francesa de 1789, se veia precisada á vivir oculta y con pocos recursos para atender á sus muchas necesidades.

Renato de Brisac, descendiente de aquella orgullosa nobleza de Luis XVI, que todo lo posponia al brillo de sus blasones, habia conservado por toda herencia un castillo ruinoso y unas cuantas tierras de labor enclavadas en aquella miserable aldea, con cuyo producto vivia y educaba á su hijo. Su

esposa, angelical como su nombre, María, le ayudaba á sostener sus obligaciones, ya economizando en todo lo que no fuese la educacion de su querido Héctor, ya trabajando en coser ropa blanca para los comercios de la ciudad, en cuya incógnita profesion la ayudaba Genoveva, que le procuraba el secreto contratándose ella en el comercio para obtener trabajo, pues habiendo estado muchos años á su servicio en los buenos tiempos de opulencia, no habia querido abandonarlos en la desgracia. Renato, antiguo coronel de dragones, no solo administraba con prudencia sus escasos bienes, sino que cultivaba por su mano un trozo de terreno anexo al castillo, bajo el pretexto de hacer un jardin, si bien era con objeto de obtener verduras que, vendidas en el mereado por mano ajena, aumentasen con su precio los escasos medios con que contaba para la subsistencia de su familia.

Héctor manifestaba desde niño ideas poco armónicas á las de su padre: faltaba con alguna frecuencia á la escuela del pueblo, y rara vez se le veia con un libro en la mano, como el padre no estuviese á su lado. Todo hacia en él presumir que no seria nunca útil á la sociedad, y no era ciertamente porque careciese de talento, nó: en su frente ancha

y espaciosa, brillaba una inteligencia y un criterio natural que le hacian juzgar de las cosas con entero acierto apenas se le indicaban. Pero estaba dominado por la pereza, y no comprendia más vida que el reposo, ni más felicidad que estarse mano sobre mano sin pensar en nada absolutamente. Su pobre madre, deseando que adquiriese un oficio ó profesion honrosa que le diese pan para el porvenir, le decia con frecuencia:

—Héctor, hijo mio: ya no eres tan niño que se te oculte nuestra precaria situacion, y debes tomar un partido: elige una profesion cualquiera, un oficio á tu gusto, y mañana tendrás que comer.

Héctor elegia repentinamente, y adoptaba su partido sin reflexionar. De este modo entró sucesivamente en un taller de pintor, en casa de un maestro de música, y despues en un obrador de ebanisteria; pero bien pronto se despidió de este último, excusándose con que no podia sobrellevar un ejercicio tan violento, y volvió al castillo para dedicarse á su ocupacion favorita: no hacer nada.

El antiguo coronel, cuyas manos habian encallecido en el trabajo, no pensó en procurar á su hijo nuevo aprendizaje, porque supuso que seria completamente inútil: sin

embargo, enajenó parte de un magnífico bosque de su propiedad, tomó un par de bueyes con su importe, y montó una casa de labor, beneficiando por sí mismo sus tierras, á fin de ver si Héctor se aficionaba á la vida del campo. Los primeros meses de esta nueva existencia, fueron muy agradables para su hijo: por la mañana se levantaba muy temprano, montaba en un caballejo que su padre le habia comprado, y salia al campo á inspeccionar el trabajo de los braceros y á vigilar por sus intereses, regresando por la tarde al castillo contento y satisfecho. La produccion de las fincas aumentaba de una manera considerable, bajo esta buena administracion: la familia del emigrado, no solo cubria sus necesidades con desahogo, sino que habia podido realizar algunas economías y empezaba á crearse un capital, cuando la madre de Héctor enfermó gravemente.

La infeliz Maria bajó al sepulcro tras una larga y penosa enfermedad que consumió las economías hechas en dos años, y estas aflicciones hicieron enfermar tambien á Renato. La energia de su carácter venció al padecimiento, y el ex-coronel convaleció á los dos meses, pudiendo desde entonces dedicarse á sus habituales ocupaciones. Héctor le ayudaba en todo, demostrando un

ardor que era el consuelo del pobre viudo, porque creia á su hijo curado de la pereza, y juntos examinaban las reformas que el padre creia oportunas para el mejor éxito de su nueva industria, siendo más de una vez acogidas por el padre las observaciones del hijo, cuyos resultados venian muchas veces á probar el buen criterio de Héctor.

—He pensado—decia Renato una noche á su hijo,—probar una explotacion que creo nos dará algun resultado. Consiste en criar unas cuantas docenas de gallinas y vender sus huevos en el mercado ó llevarlos á los almacenes de la ciudad cuando se haya reunido cantidad de ellos: la alimentacion de estas aves no debe sernos muy costosa, puesto que la huerta dá legumbres en gran cantidad, y con sus despojos y un poco de grano que distraigamos al pienso del ganado, tendremos lo suficiente para lograr nuestro objeto.

El proyecto fué puesto en práctica inmediatamente, y, gracias al cuidado de Renato, empezó dando resultados tan satisfactorios como casi no esperaban aquellos nuevos labradores. La granja, modelo en su género, centuplicaba sus rendimientos, y todo auguraba un buen porvenir á los que habian sufrido estrechez y miseria; pero como nada

hay completo en el mundo, Renato de Brissac enfermó nuevamente y no tardó en reunirse bajo la losa del sepulcro con su querida Maria.

Héctor quedó solo en el mundo á los 25 años, teniendo por único patrimonio su talento y la granja que su padre habia creado á costa de sacrificios y desvelos. El sacerdote que con el cargo de rector dirigia la iglesia de la aldea, no abandonó al huérfano en aquellos primeros dias en que el luto se enseñoreaba en su alma, sino que con sus consejos y exhortaciones le ayudaba á llevar la cruz de sus penas y el justo dolor que por tan irreparable pérdida sentia. Héctor era bueno en el fondo, amaba con delirio á sus padres, y, creyendo que sin ellos seria imposible su vida, decia al rector:

—Padre mio: es imposible que yo sufra mucho tiempo así: el dolor que amarga mi alma acortará los dias de mi existencia.

—Dios, hijo mio,—le contestaba el venerable sacerdote,—envia al hombre dias de prueba, y contrista su corazon con la pérdida de lo que más ama, para que aprenda á conocer que su fin no está en la tierra. Sois jóven, ágil, robusto, pintais á maravilla, poseeis con perfeccion la música, y estais dotado de un talento clarísimo para com-

prender que Dios os ha dado la vida para su servicio, y que estais obligado á conservársela.

—Pero, ¿para qué quiero yo los bienes, si me falta el cariñoso apoyo de mis padres? ¿A quién he de dedicar mis economías y mis afanes, si no existiendo ellos todo me sobra?

—Vuestras economías han de formar el capital con que habeis de responder al porvenir. Quizá mañana reconstituireis vuestra familia uniéndoos á una mujer, y entonces os persuadireis de lo bien que obrásteis cuando recolectabais, como la hormiga, para el invierno.

II.

Pasó el año de luto: Héctor, sumido en el dolor de sus desgracias, no habia liquidado cuentas con los almacenistas de granos á quienes vendia el producto de sus tierras; y tanto para esto como para regularizar la administracion en adelante, se vió en la necesidad de hacer un viaje á Strasburgo, capital del departamento. Una vez en la ciudad, é ilusionado con el movimiento y alegría que en ella notaba, surgió en su mente quedarse á vivir allí.

—Colocaré,—dijo,—un administrador que

me sustituya en la granja, y viviré en esta ciudad lo más cómodamente posible. ¿Quién me manda estar todo el día tomando el sol ó sufriendo el frío por seguir el surco que el arado traza?

Y así lo hizo, en efecto, si bien conoció demasiado pronto que el administrador *administraba para sí* más que para su amo:

—Ya arreglaremos esto en la primavera,—se decía.

Y la primavera pasaba, y pasaba el verano y el invierno sin que Héctor arreglase sus asuntos. Los productos de sus propiedades iban á ménos, ya por efecto de los malos años, ya porque no faltaba un pedrisco á quien culpar cuando el administrador no encontraba data en sus cuentas. Héctor, en vista del giro que el asunto tomaba, y no permitiéndole su pereza moverse de la capital, se anunció como maestro de música, y enseguida encontró dos discípulos que prometían remunerarle bien su trabajo. El maestro fué puntual los primeros días, pero despues empezó á faltar á la lección, y los discípulos acabaron por cansarse de él y despedirse.

—¡Eh! ¡Vayan al diablo!—decía Héctor.—Aun no tengo necesidad de sufrir sus imper tinencias.

Pasaron dos años, y no alcanzando las rentas para subvenir á sus gastos, vendió el castillo donde sus padres habian muerto. Dueño de unos cuantos miles de francos, marchó á París, deseoso de ver la maravilla de la Francia y gozar de sus atractivos con libertad é independencia. En vano el rector de la aldea le escribió cartas llenas de cariñoso interés, en las cuales, tras de los consejos prudentísimos que su virtud le dictaba, le encarecía que volviese á dirigir su hacienda, puesto que la anciana Genoveva, que aún vivia, podia cuidarle con esmero y hacer economías en sus gastos: Héctor se encogía de hombros y murmuraba:

—¡Es capricho el de este buen señor mezclarse en lo que no le interesa! Yo vivo bien así: además, que para volver á la aldea necesito tomar una casa, y no alcanzan para tanto mis rentas.

Así pasaron algunos años, sin que Héctor adoptase resolución alguna que no fuese vender sus propiedades hasta el último palmo de terreno, y pasarse la vida quieto y tranquilo sin preocuparse del porvenir. Este se presentaba cada vez más oscuro, y entonces el indolente alsaciano volvió á abrir su academia de música y empezó á pintar cuadros que exponía en los comercios de objetos de

escritorio: una y otra ocupacion le producian lo bastante para vivir, y aun le hubieran dado medios de recuperar su antigua fortuna, si la pereza que le dominaba no le hubiera privado de continuar sus obras ó intentar otras nuevas. Hé aquí como Héctor tenia privaciones que solo él hubiera podido evitar.

Un dia, quejándose en un café de lo poco productivo que le era su trabajo, le dijo un conocido suyo bajando la voz:

—Yo tengo medios de haceros ganar 5.000 francos en menos de una hora, y no hallo inconveniente en manifestaros mi proyecto si me jurais el silencio.

—Decid,—contestó Héctor, despues de prestar el juramente exigido.

—Se trata de cobrar este pagaré en casa del Notario Perrier; mas para ello es preciso llenar la firma del obligado, y vos, que sois un buen calígrafo, no hallareis dificultad en imitar bien la letra: mirad.

Y le enseñaba al mismo tiempo que un pagaré de 10.000 francos, una carta en cuya firma se leía: «Conde de Rudolf.» El Conde vivia en Alemania y, segun aquel amigo aseguró á Héctor, probablemente no volveria más á Francia, lo cual facilitaba en extremo la operacion, y garantizaba sus resultados.

—¡Pero esto es una falsificacion!—Exclamó el alsaciano con horror.

—Esto es ganar 5.000 francos sin trabajar, y en una hora, abrirse la puerta para ganar muchos miles más, ó la sepultura á la menor indiscrecion. Reflexionad, y elegid.

Aquella noche Héctor luchó con su conciencia desesperadamente: la proposicion que le habian hecho era una infamia..... ¡Pero es tan hermoso ser rico sin trabajar! La tentacion venció: al dia siguiente se hizo la falsificacion, y Héctor volvió á su casa con los bolsillos llenos de oro. Al primer pagaré sucedió el segundo, y á este el tercero: ¡si Renato hubiera vuelto á la vida, se hubiera avergonzado de su hijo!

El Notario del Conde llegó á sospechar de la frecuencia con que giraba sobre su caja, y le escribió manifestándole que se moderase ó le remitiese fondos con que atender á los pagos: júzguese cual seria su sorpresa al saber por la contestacion de Rudolf que no habia dispuesto de un solo céntimo.

—¡Luego estos pagarés son falsos!—Decia el Notario;—¡estoy perdido, pero yo sabré castigar al autor!

La Prefectura de policia puso en movimiento á todos sus dependientes, que, tras de penosas investigaciones, dieron por resulta-

do la captura del cómplice de Héctor; pero aquel infame supo manejarse de tal modo, que toda la culpa recayó sobre el inexperto Brisac. Siguió á sus revelaciones la prision del alsaciano, al que se declaró por el tribunal convicto y confeso de su crimen en virtud de un *careo* en que no pudo conservar la serenidad que dá la costumbre del crimen, y la causa no tardó en verse ante el Tribunal de los Assises.

El resultado del proceso no se hizo esperar, y Héctor fué condenado á 20 años de trabajos forzados, debiendo extinguir su condena en el penal de Tolon, y el que propuso el crimen, que no aparecía sino como cómplice, á una pena correccional de dos años; tal supo manejarse aquel infame, que en realidad era el verdadero criminal.

La anciana Genoveva no quiso morir sin haberse despedido de su antiguo amo, y vino á París acompañada del Sr. Rector, llegando á la ciudad el mismo dia que cumplia 79 años. Merced á las recomendaciones de que el sacerdote se habia provisto, pudo acompañar á Héctor hasta el embarcadero, y al despedirse de él le dijo llorando:—¡Vé con Dios, y él te inspire horror á tu crimen! La ley te castiga justamente, pero no es ella quien te lleva á Tolon ni quien marcará tu

espalda con el infamante *hierro del galeote* (1) sino el vicio que desde pequeño te ha dominado: ¡LA PEREZA!



CONTRA PEREZA, DILIGENCIA.



El Españolito.

I.

Corria el año 1547. En una calle de Játiva y en el interior de una casa en construcción, se encontraba cierto día el dueño de la obra, acordando con el Arquitecto algunos detalles del decorado de la fachada, cuando llamaron su atención unos gritos que se oían á la parte de afuera, y que parecían lanzados por un niño.

Salieron á la puerta y vieron que uno de

(1) Hace poco tiempo se estampaba una L candente á los presidiarios de Tolon.

los oficiales tenia sujeto por el pelo á un muchacho mal vestido, al cual propinaba sendos golpes, que así debian dolerle cuando tales gritos lanzaba.

—¿Por qué pegas á ese niño, Ramon?— Preguntó el arquitecto.

—Por que está pintarrajeando mamarra-chos en el friso: véalos vuesa merced.

El arquitecto salió á la calle, y vió trazadas con carbon en el rodapié ó mampostería de la obra, unas figuras que, si bien eran de incorrecto dibujo, ofrecian tal naturalidad en sus rasgos, que, por lo menos, acusaban una gran disposicion en su autor, especialmente una cabeza que era el perfil exacto de la fisonomía de Ramon, y cuyo parecido quizá valió al muchacho los golpes de que se quejaba. Asombrado el maestro de la precocidad del niño, se dirigió á él, y dándole una moneda, le dijo:

—¿Cómo te llamas, hijo mio?

—José Ribera, señor.

—¿De dónde eres?

—De Játiva.

—Supongo que nadie te habrá enseñado dibujo, y si quisieras aprender.....

—¡Ay!—dijo Ribera dando un suspiro.— Eso costaria mucho dinero, y ya ve vuesa merced que yo casi tengo vestido.....

—No importa,—contestó el arquitecto:— si tú quieres aprender, mañana te espero en casa de maese Francisco Ribalta, á la hora de dejar el trabajo para comer.

—Pues.... ¡hasta mañana!—exclamó Ribera.

Y haciendo una mueca de burla á Ramon, dió á correr la calle adelante, mientras el arquitecto contemplaba silencioso los dibujos del friso.

Al día siguiente ninguno de los dos faltó á la cita. y en ella quedó convenido que Ribalta enseñaría á su aprendiz dibujo y colorido, comprometiéndose por su parte el muchacho á moler colores y á llevar el caballete y los lienzos en las escursiones que el maestro hacia fuera de su taller.

Apenas habia empezado su vida de aprendiz, y ya pensaba Ribera aventajar á su maestro: cuando se quedaba solo en el taller, colocábase en punto desde donde pudiera tomar la perspectiva de los cuadros, y mirándolos de hito en hito decia:

—¡Qué feliz debe ser mi maestro! Él puede pintar todo lo que ve, y yo.... ¡yo, moler colores! ¡Si yo llegase á pintar como él!.... ¡Y por qué no? Trabajaré sin descanso, me desvelaré en aprender bien el oficio, gastaré mucho lienzo y mucho color, y ¡vive Dios!

que he de llegar á ser un buen pintor, ó me he de volver los sesos agua. Lo que hace un hombre lo puede hacer otro: todo es cuestion de trabajo y estudio. ¡Adelante, y á conseguir mi propósito!

Así se animaba aquel niño cuando su ocupacion le permitia algun descanso. Ribalta habia sorprendido algunas veces sus monólogos, le veia adelantar rápidamente en el dibujo, y se envanecía del entusiasmo de su discípulo.

Un dia estaba Ribera moliendo color blanco para un cuadro que su maestro pintaba: figuraba este el interior de un salon, en una de cuyas puertas habia recogida en pabellon una hermosa colgadura de raso blanco. Ocupábase en dar las luces al paño, cuando observó que Ribera habia dejado de moler, y que, dando á su cabeza diferentes posiciones y entornando sus hermosos ojos, examinaba el cuadro bajo distintos puntos de vista.

—¿Qué haces, José?—preguntó Ribalta.

—Perdon, maestro: ¡me habia distraido!—contestó el muchacho, volviendó á empuñar el *molon* ó maza de piedra con que batia el color.

Volvió el maestro á tomar el pincel y prosiguió dando toques al cuadro: Ribera

fué aminorando el movimiento que ejecutaba para moler, y concluyó por distraerse de nuevo. Hallábase Ribalta combinando las luces de aquel paño, cuando al colorar una arruga de brillante blanco, le interrumpió su discípulo diciendo:

—Eso no es verdad, maestro.

—¿Qué?—preguntó Ribalta.

—Esta arruga debe ser, cuando más, un *claro-oscuro*; porque si el cortinaje recibe la luz de aquí,—y señalaba la izquierda del cuadro,—mal puede brillar en esta parte, que es precisamente el término opuesto.

—¡Hola, hola? ¿Es tu obligacion darme lecciones, ó echar á perder color?

—¡Es verdad, maestro! Soy un necio: ya se ve, yo quisiera saber tanto como vuesa merced.....

—Lo que has de saber es que el albayalde se endurece enseguida con el secante del aceite, y que hace media hora que lo estás dejando reposar.

—Y diga vuesa merced, maestro: qué es mejor, ¿echar á perder un poco de color, ó un cuadro?

—¡Diablo!—exclamó Ribalta; y añadió para sí:—En verdad que este pilluelo tiene razon; este pliegue no está bien.

Y tomando de nuevo el pincel, enmendó

la torpeza que tan oportunamente habia censurado Ribera.

Así empezaba el jóven pintor á mostrar sus buenas disposiciones para el dibujo y el colorido, cuando oyó hablar en el taller de su maestro de la célebre Academia Romana, en cuyos salones se inspiraban los jóvenes pintores con las mejores obras de la antigüedad. Ribera sintió en su alma un deseo inmenso de ingresar en ella como alumno, y desde entónces el nombre de Roma, que brillaba en su corazon, fomentó el sueño dorado de su vida. Un dia dejó de asistir al taller de su maestro: era el primero que faltaba despues de dos años de asidua asistencia, pero tambien era el último que pasaba en España. Ribera habia desaparecido de Játiva.

II.

Frente á un opulento palacio de los muchos que embellecen á Roma, se hallaba cierto dia un pobre muchacho que, con la cartera sobre las rodillas y el lápiz en la mano, copiaba las hermosas pinturas al fresco que adornaban la fachada del edificio.

Era Ribera, que habia cumplido su sueño de ir á la ciudad de las artes, para tener á la vista sus maravillosos monumentos, inspirarse en ellos y conseguir la perfeccion del arte.

¿Cómo habia pasado á Italia? Nadie lo sabe: quizás á pié, quizás mendigando el pedazo de pan que llevaba á sus lábios, quizás vendiendo por el abrigo de un pajar ó el desván de un castillo, aquellos primeros dibujos de su lápiz que hoy no tendrian precio en el mundo. Ribera habia llegado á Roma sin un sueldo en el bolsillo, ni otra proteccion que su amor al trabajo: habia logrado ingresar en la Academia Romana, Dios sabe cómo, y vivia con lo que de limosna le daban sus condiscípulos, que, encariñándose con él por su aficion á la pintura y su amor al trabajo, le apellidaban *El Españolito*.

Los ratos que en la Academia habia descansado, Ribera copiaba frescos donde le era posible, y hé aquí cómo le encontramos dibujando los de aquel palacio. Un Cardenal acertó á pasar por allí, y se detuvo á verle dibujar.

—¿De dónde eres, muchacho?—le preguntó.

—Español, monseñor, y natural de Játiva.

—¿Cómo te llamas?

—En mi país José Ribera, pero en la Academia Romana me conocen por *El Españolito*.

—¿Pertenesces á la Academia? ¿Y quién te paga los estudios?

—Nadie, monseñor: me alimento con lo que mis compañeros me dán..... por más que yo no pido limosna,—añadió Ribera con orgullo.

—Pues ¿á qué has venido á Italia, pobrecito?

—A trabajar, monseñor, y conseguir con mi trabajo una posicion que no tengo, y una proteccion que nadie me dá.

—Ven conmigo si quieres, y yo te protegeré.

El Españolito cerró su cartera y siguió al Cardenal, que lo llevó á su palacio y le hizo cambiar su raída ropilla por un vestido de paje, ocupacion que cerca de su Eminencia debia desempeñar. La vida de Ribera empezó á entrar en una nueva fase, puesto que su amo le permitia continuar sus estudios en la Academia; pero el jóven pintor no podia estar satisfecho, porque las nuevas obligaciones que sobre él pesaban eran una rémora de sus inclinaciones. Un dia lo manifestó así á su amo, y como este no gustase de advertencias, puso en la calle al infeliz

Españoleto, que volvió á verse sin casa ni hogar.

No se desanimó Ribera por este percance; sino que dejando á Roma, pasó á Nápoles, muerto de hambre, pero sonreído de la esperanza. Fué á ofrecer sus servicios á un pintor, que no solo hacia *originales*, sino que se dedicaba á *restaurar* cuadros deteriorados; pero al verle tan jóven y extranjero, dudó el maestro de su veracidad, y le dijo:

—Pinta una cabeza, y veremos tu habilidad.

Tomó Ribera el pincel, y ejecutó la cabeza con tal prontitud y maestría, que el pintor le admitió desde luego en su casa, adivinando tal vez la gloria futura del Españoleto.

III.

Ribera hacia notables progresos de dia en dia. Aplicándose á estudiar la *escuela* de Caravaggio, logró en poco tiempo que sus cuadros se confundieran con los del famoso maestro: huyó de la pintura apacible y blanda que revelan las medias tintas suaves, y se aplicó de tal manera á dar fuerza y va-

lencia á sus coloridos, que muy pronto sus cuadros se cotizaron á gran precio en Italia y le valieron el título de maestro, á pesar de no haber salido de su condicion de aprendiz.

Hallábase un dia su nuevo maestro sumamente apurado, porque no acertaba á restaurar un lienzo que figuraba un eremita en oracion: todos los *modelos* que habia en Nápoles, habian estado sentados ante su caballete, pero ninguno tenia la expresion y dulce languidez de aquella cabeza, ni el cutis arrugado y seco que el personaje del cuadro presentaba. La fama del maestro se veia próxima á eclipsarse ante aquella contrariedad insuperable, y esto afligia de tal manera al restaurador, que casi lloraba cuando se presentó Ribera en el taller.

—¿Qué teneis, maestro?—preguntó.

—Que veo mi nombre á costa de tanto trabajo adquirido, próximo á desvanecerse como el humo ante esas malditas arrugas que no acierto á rehacer. Estoy deshonorado, José, y esto me costará la vida, no lo dudes,—exclamó el maestro rompiendo en copioso llanto.

—¡Oh!—exclamó Ribera:—no será en mis dias, aunque sepa morirme ante ese caballete.

El Españoletto se sentó delante del cua-

dro, tomó el *tiento*, la *paleta* y los pinceles, y empezó á restaurar con tan pasmosa verdad, prontitud y segura mano, que su maestro casi no se atrevia á respirar por miedo de interrumpir lo que él creia un encanto: Ribera continuó pintando sin cuidarse del tiempo que pasaba, y cuando su maestro le avisó que era la hora de comer, le contestó:

— ¡Comer! ¿Quién se acuerda de eso? Cuando el honor está por medio, el cuerpo se alimenta con el trabajo, y el alma dá fuerzas para olvidar las necesidades de nuestra mezquina carne. Id vos, maestro: yo os he jurado no moverme de este sitio hasta terminar la cabeza, y ¡vive Dios! que no me moveré aunque salga cadáver de esta sala.

Tres horas despues, el Españoleta, solo en el taller, miraba el cuadro restaurado á diferentes distancias, y lo cubria con un lienzo mientras llamaba al maestro. Este corrió al taller pálido, convulso, lleno de angustia, pensando que Ribera habria encontrado alguna nueva dificultad que no pudiera vencer: el discípulo, recostado en la barandilla que aislaba las paredes del cuarto, aparecia tranquilamente cruzado de brazos, y silvando un romance español, puesto en música por ese gran maestro de lo sublime que se llama *el pueblo*.

—¿Está?—preguntó con ansiedad el pintor.

—¡Está!—contestó su discípulo con igual laconismo.

Dirigióse al cuadro, descorrió la tela, y..... ¡no reconoció su misma obra! El maestro exhaló un grito de inmensa alegría, y arrojándose al cuello del Españolito, le abrazaba y le besaba regando con lágrimas sus mejillas. La familia del pintor acudió al grito, y su esposa é hija quedaron extáticas en el umbral de la puerta al ver aquella maravilla que les devolvía honor y nombre. La restauracion superaba al original: aquel rostro lleno de arrugas, parecía salirse del lienzo diciendo al mundo: *soy la vejez y el ascetismo*.

El maestro rompió el silencio, diciendo á Ribera con profunda emocion:

—¡Todo es para ti; todo cuanto poseo es tuyo! Si quieres verme feliz, acepta la mano de mi hija y hazla tu esposa.

Y le presentaba la mano de su hija, que, ruborizada y con los ojos bajos, confesaba el amor que por el español sentia. José, lleno de sorpresa, contestó:

—Sin duda que os burlais de mí, maestro.

—No, hijo mio; ¡te lo juro solemnemente! Sé que la amas, porque hace tiempo que leo

este secreto de tu alma, y si careces de bienes, eres rico en talento: prefiero para esposo de mi hija un pobre virtuoso, más que un rico necio y presumido.

—Pero..... yo no sé si ella.....—balbuceó Ribera turbado.

—¡Oh, sí! ¡Con todo mi corazón!—dijo la jóven completando el pensamiento.

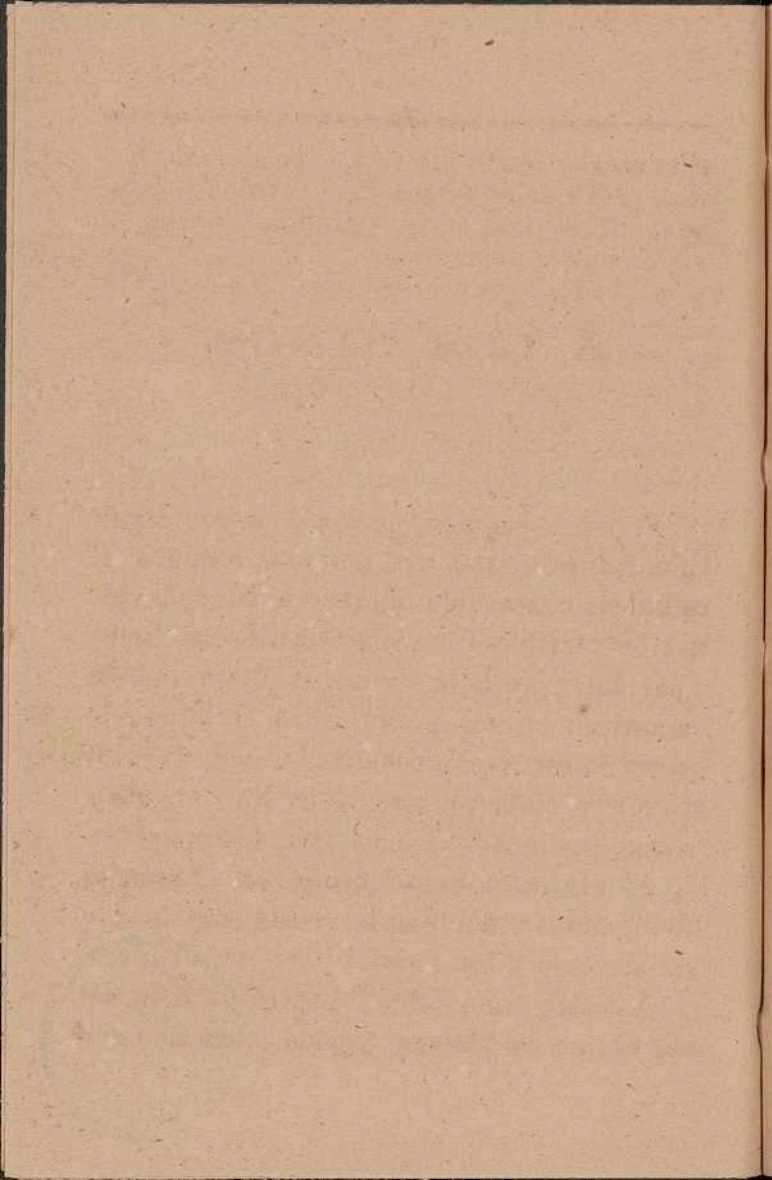
Este fué el principio de la fortuna de Ribera. Su fama llenó pronto el mundo, y el mismo Virey le alojó con su esposa en su palacio.

Un dia del año 1644, el Sumo Pontífice investia al maestro José Ribera con las insignias de la Orden de Cristo, diciendole:

—Sin proteccion ni ayuda te has elevado, hijo mio, hasta la altura más inaccesible. ¡Que Cristo-Jesús te proteja en vida y en muerte!

—Perdonad, Beatísimo Padre,—contestó Ribera,—si en esta ocasion me atrevo á contradecir á Vuestra Santidad. He tenido un protector y una ayuda para elevarme: la ayuda, mi voluntad; el protector, EL AMOR AL TRABAJO.





Á LOS NIÑOS.

Si habeis seguido, queridos mios, hasta su conclusion estas mal trazadas páginas; si os habeis conmovido alguna vez al reflexionar las terribles consecuencias de los vicios y las dulzuras de la virtud; si algun mérito encontrais en mi pobre libro, y digno le creeis de ser recompensado, creed que mi mayor recompensa será veros huir de estos vicios, inclinándoos á las virtudes opuestas.

El vicio solo lleva consigo una herencia de lágrimas y dolores; la virtud engendra la satisfaccion y los goces.

Vuestra alma noble, vuestro corazon, tal vez limpio del primer pecado cometido con

plena conciencia, habrá sentido repugnancia al pasar la vista por estos cuadros, que más revelan lo miserable de nuestra naturaleza que el origen divino de nuestro espíritu. ¡Perdonadme! He querido mostraros en toda su desnudez las llagas de nuestra imperfección; he profundizado demasiado tal vez en sus infectos senos; pero os he mostrado á continuación la medicina que cura, y el antídoto que preserva.

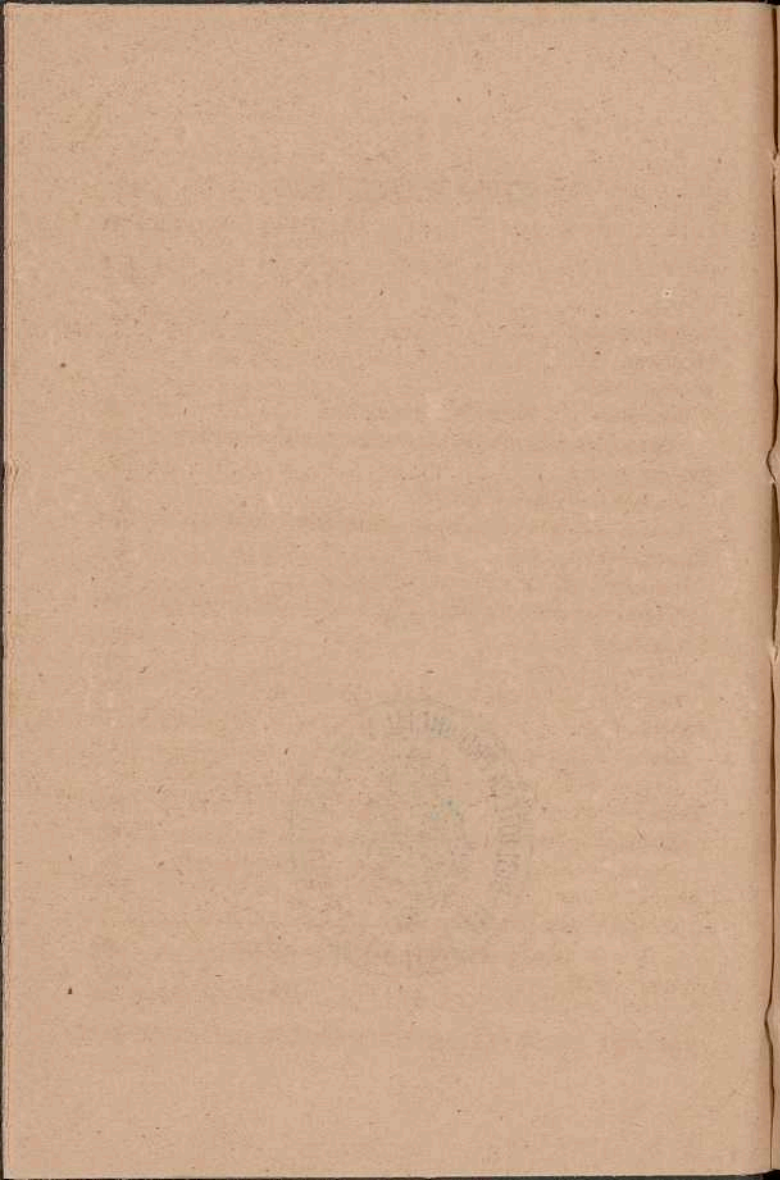
Yo he sido niño como vosotros, y he recogido esta doctrina de unos lábios purísimos, que solo se abrieron para el bien; de un alma que solo comprendió la virtud; de mi querida madre, que hoy desde la eternidad ha alentado mi trabajo. Por ella os ruego que no desoigais mi pobre voz, y vez que os lo pido por lo que más amo en el mundo, que es su memoria.

Sed virtuosos, mis pequeños amigos; sed buenos, porque habeis nacido para el bien, no para el mal; y si alguna vez mis consejos resuenan en vuestra memoria y os apartan

del pecado, agradecedlo, no á mí: á mi querida madre, que es quien me hizo conocer en mi infancia que LAS VIRTUDES SON EL ÚNICO Y EFICAZ REMEDIO CONTRA LOS VICIOS.

FIN.







ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	v
PRÓLOGO.....	vii
PRIMER VICIO.....	11
<i>Soberbia.</i> —El baron de Renonville.....	13
<i>Contra Soberbia, Humildad</i> —Martin el escudero..	24
SEGUNDO VICIO.....	36
<i>Avaricia.</i> —Isaac el hebreo.....	40
<i>Contra Avaricia, Largueza.</i> —Mariano el maniroto.	51
TERCER VICIO.....	63
<i>Lujuria</i> —El enemigo de si mismo.....	66
<i>Contra Lujuria, Castidad.</i> —La azucena misteriosa.	77
CUARTO VICIO.....	90
<i>Ira.</i> —El criollo Luis.....	93
<i>Contra Ira, Paciencia.</i> —El tio Paciencia.....	104
QUINTO VICIO.....	116
<i>Gula.</i> —La invernada en el polo.....	119
<i>Contra Gula, Templanza.</i> —El cazador de gamos..	131
SEXTO VICIO.....	144
<i>Envidia.</i> —Tomaso y Pietro.....	147
<i>Contra Envidia, Caridad.</i> —La deuda del desierto.	159
SÉTIMO VICIO.....	173
<i>Pereza.</i> —Héctor el alsaciano.....	177
<i>Contra Pereza, Diligencia.</i> —El Españolito.....	189
A LOS NIÑOS.....	203

